CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



MADRID
OCTUBRE 1961
142

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Revista mensual de Cultura Hispánica

Depósito legal: M. 3.875-1958

142

DIRECCION, ADMINISTRACION
Y SECRETARIA

Avda. de los Reyes Católicos
Instituto de Cultura Hispánica
Teléfono 2440600

M A D R I D

RELACION DE CORRESPONSALES DEL EXTRANJERO

Eisa Argentina, S. A. Araoz, 864. *Buenos Aires* (Argentina).—Gisbert & Cía. Librería La Universitaria. Casilla, 195. *La Paz* (Bolivia).—Don Fernando Chinaglia. Rúa Teodoro Da Silva, 907. *Río de Janeiro*, Grajaú (Brasil).—Unión Comercial del Caribe. Carrera 43, núm. 36-30. *Barranquilla* (Colombia).—Librería Hispania. Carrera 7.ª, núm. 19-49. *Bogotá* (Colombia).—D. Carlos Climent. Unión Distribuidora de Ediciones. Calle 14, núm. 3-33. *Cali* (Colombia).—Don Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núm. 47-52. *Medellín* (Colombia). — Librería López. Avda. Central. *San José* (Costa Rica).—Don Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, 407. *La Habana* (Cuba).—Distribuidora General de Publicaciones. Galería Imperio, 255. *Santiago de Chile* (República de Chile).—Instituto Americano del Libro. Escofet Hnos. Arzobispo Nouel, 86. *Ciudad Trujillo* (República Dominicana).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Aguirre, 717, entre Bocaya y Francisco García Avilés. *Guayaquil* (Ecuador).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Venezuela, 589, y Sucre esq. *Quito* (Ecuador).—Roig Spanish Books. 576, Sixth Avenue. *New York* 11, N. Y. (USA). — Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga. 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador* (República de El Salvador).—Don Manuel Peláez, P. O. Box, 2224. *Manila* (Filipinas).—Librería Internacional Ortodoxa. 7.ª Avenida, 12. D. *Guatemala* (República de Guatemala). — Don Leopoldo de León Ovalle. 4.ª Calle (Calvario), frente a Telecomunicaciones. *Quezaltenasgo* (República de Guatemala). Establecimiento Comercial de don Jesús M. Castañeda. *La Ceiba* (Honduras).— PP. Paulinas. Casa Cural. Apartado número 2. *San Pedro de Sula* (Honduras). Librería La Idea. Apartado Postal 227. *Tegucigalpa* (Honduras).—Librería Font. Apartado 166. *Guadalajara* (México).—Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, 52. *México, D. F.* (México). — Don Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua* (Nicaragua). — Don Agustín Tijerino. *Chinandega* (Nicaragua). — Don José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, 3. *Panamá* (República de Panamá).—Don Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, 209. *Asunción* (Paraguay).—Don José Muñoz R. Jirón. Ayacucho, 154. *Lima* (Perú). — Don Matías Photo Shop. 200 Fortaleza Sh. P. O. Box, 1.463. *San Juan* (Puerto Rico). — Eisa Uruguaya, S. A. Obligado, 1.314. *Montevideo* (Uruguay).—Distribuidora Continental. Ferrenquín a la Cruz, 175. *Caracas* (Venezuela).—Distribuidora Continental. *Maracaibo* (Venezuela).—Conwa Grossovertrieb GMBH. Danziger Strasse 35a. *Hamburg* 1 (Alemania).—W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel. Gercontrasse, 25 - 29. *Koln* 1, Postfach (Alemania). — Agence et Messageries de la Presse. Rue de Persil, 14 a 22. *Bruselas* (Bélgica). Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París* (Francia).—Librairie Mollat, 15 rue Vital Charles. *Bordeaux* (Francia). — Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes. Rua San Nicolau, 119. *Lisboa* (Portugal). — Stanley, Newsagent Confectioner. 14 Leinster Street (S T H.) *Dublín* (Irlanda)

ADMINISTRACION EN ESPAÑA

Avda. Reyes Católicos (Ciudad Universitaria)

Teléfono 2440600

MADRID

Precio del ejemplar	20 pesetas
Suscripción anual...	190 pesetas

IMPRENTA NACIONAL DEL BOLETIN OFICIAL DEL ESTADO, TRAFALGAR, 29. MADRID 10

INVOCACION A LA ESPERANZA

Texto del discurso pronunciado el día 12 de octubre de 1961 por el Excmo. Sr. Ministro de Asuntos Exteriores, D. Fernando María Castiella, en el Monasterio de La Rábida, con ocasión de la Fiesta de la Hispanidad.

Todas las tierras de España contienen un anticipo o una prefiguración de América, porque en cualquiera de ellas hay un solar desde donde han salido gentes para la aventura americana; en cualquiera de ellas hay una huella o un recuerdo de la voluntad americana de España; en cualquiera de ellas hay una villa o una comarca que ha de encontrar su réplica al otro lado del Atlántico para repetir en el Nuevo Mundo el viejo nombre español.

Tierra de España, anticipo de América

Por eso, cuando en los pasados años nos hemos reunido para celebrar esta fiesta común y mayor de la Hispanidad en diferentes ciudades españolas, siempre ha tenido nuestro encuentro un profundo significado histórico. Primero fué en Las Palmas de Gran Canaria, anuncio de América sobre el borde atlántico; después, en Madrid, centro de España, meridiano mayor de nuestro solar común; luego, en Santiago de Compostela, «corazón de la Galicia jacobea e ilimitada», cuyo santo Patrón dió nombre a innumerables ciudades de América. Finalmente, el año pasado fué Mallorca, patria de Junípero Serra, especie de pequeña California mediterránea, en cuyas costas los cartógrafos mallorquines habían soñado con los perfiles de vuestro mapa.

También cuanto aquí nos rodea tiene una vibración americana. No lejos está Cádiz, trimilenario Cádiz, recalada de todas las naves antiguas en demanda de la última tierra, que guarda aún su aire «indiano» y reproduce la fisonomía de cualquier ciudad de América. Y aguas arriba del Guadalquivir, por donde llega el soplo del mar y la canción del marinero; sobre un paisaje de marismas cruzadas de velas; de campiñas en donde crecen el trigo, el aceite y la vid que enriquecieron las tierras de América; de pampas en donde pastan los padres de los novillos y potros de vuestros ranchos y estancias, está Sevilla, cuartel general del Descubrimiento; Archivo y Casa de Contratación de una empresa de la que nosotros, los españoles, al contemplar el esperanzador fruto de hoy, seguimos sintiéndonos orgullosos.

Pero si hay una tierra española que es pura esencia de América, es esta sacra costa onubense, este pequeño estuario de aguas metálicas, estos arenales que guardan tal vez el secreto de Tartessos y con él, quizá, el viejo misterio de la Atlántida, que ha turbado el pensamiento de Occidente desde Platón a nuestros días. Estamos en el centro mismo de un majestuoso e ilustre arco ibérico que va desde Sagres a Tarifa, y desde cuyo seno han partido los marinos de las «Descobertas» portuguesas y los marinos del Descubrimiento español; es decir, los hombres que le dieron al mundo Africa, la ruta de Oriente y América.

La Rábida, Colón y América entran en la Historia

Y estamos en La Rábida. Apenas tendría yo que decir nada más acerca de este lugar. Casi todo está dicho ya y casi todo aquí se dice por sí mismo. Solamente quería recordar que este pequeño convento franciscano fué el lugar de la fe y del esclarecimiento, fué la clave misma de América y el resumen y símbolo español de toda la inmensa voluntad occidental de darle al mundo su explicación y su dimensión última. Quería recordar también que, hasta llegar aquí, todo en Colón había sido misterioso y problemático, así como, desde este punto, todo se hace claro, preciso e histórico. Aquí Colón se inserta en la historia de España, se hace plenamente español, y todos los que le rodean y asisten en su empresa forman un verdadero corte vertical de la sociedad española de su tiempo, desde los reyes y los nobles hasta los humildes pescadores de la almadraba, pasando por los frailes cultos, los físicos, los armadores, los pilotos y los cartógrafos.

Por eso no se puede arrancar a Colón del fondo histórico en que se mueve, no se le puede desarraigar de la sociedad a que pertenece. Solamente comprenderemos la dimensión de su hazaña si tenemos en cuenta el país que supo poner en marcha y convertir en historia sus pensamientos y sueños, si recordamos que el Almirante no estaba solo, sino que con él iba todo el aliento de un pueblo en trance de universalidad. No podremos ser fieles a la verdad de la Historia más que reconociendo la raíz hispánica del hecho americano. Y así podremos entender la trascendencia de este pequeño lugar andaluz en el que empieza la vida de América.

Actualidad de Iberoamérica

Esta América hispana no es ya el continente olvidado a que nos referíamos en ocasión semejante a la que hoy nos reúne. «Nos duele pensarlo —decíamos el último 12 de octubre—, pero ha sido preciso

que en el actual juego de las grandes potencias una de ellas intente penetrar en lo que se consideraba la esfera de influencia de otra para que, inesperada y conminatoriamente, se plantee, ante el asombro de muchos, la problemática de todo un Continente» (1).

En efecto, la América al sur del Río Grande ha disputado durante el año último al Africa, cuya libertad amanece entre la inquietud y la esperanza, y a las espectaculares pruebas de fuerza entre el Este y el Oeste, que han tenido lugar en otras latitudes, el primer plano de la más acuciante actualidad.

GIGANTESCA MANIOBRA COMUNISTA.
IMPORTANCIA DE ANGOLA

Europa y Norteamérica comienzan a percibir al fin la gigantesca maniobra envolvente que, con la proyectada conquista de Africa y América del Sur, ha planeado el comunismo. Es lamentable, sin embargo, y pudiera ser trágico, el que en los medios responsables de Occidente pocos se hagan cargo de las consecuencias irremediables que puede tener la concertada penetración comunista en los pueblos que habitan en las dos orillas del Atlántico centro-meridional.

Frente a esta gran concepción de la estrategia comunista, cuya última y dolorosa comprobación se nos ofrece en los calculados intentos subversivos de Angola—que por herir a Portugal nos afectan profundamente—, es necesario que el mundo libre acierte a reaccionar con eficacia.

En primer lugar, es evidente—no sólo como respuesta al desafío comunista, sino por previas y más altas motivaciones— que se hace preciso colmar, con toda la urgencia y en toda la medida que ello sea posible, los abismos que separan, en cuanto se refiere al nivel de vida de sus masas populares, a algunos países o regiones de Iberoamérica de los del resto de Occidente.

«LA PAZ, LA PROSPERIDAD Y LA SEGURIDAD SON INDIVISIBLES»

En un mundo como el nuestro hay que tener cada vez más presente—como pudo decirse en la Conferencia de Cancilleres americanos de Washington del año 58—que «la paz, la prosperidad y la seguridad son, en definitiva, indivisibles» (2). *Ni dentro de una nación puede perpetuarse la existencia de provincias subdesarrolladas sin per-*

---

(1) «Conmemoración del 12 de octubre en Mallorca.» Madrid, 1960; pág. 10.

(2) Comunicado oficial de la Reunión informativa de Ministros de Relaciones Exteriores de la OEA, celebrada en Washington los días 23 y 24 de septiembre de 1958.

turbar el progreso del conjunto, ni—dada la creciente interdependencia que los avances técnicos imponen a unos pueblos respecto a otros—va a ser posible que a la larga perduren, sobre todo dentro de una misma constelación político-económica, zonas de hambre y de miseria sin que, a la par que padece la justicia, deje de sufrir las consecuencias del desequilibrio toda la colectividad.

Ayuda tardía. Reiterada solidaridad española con Iberoamérica

En este sentido, resulta prometedor—aunque en algunos aspectos sea acaso demasiado tarde—el camino que se ha abierto con el Pacto de Montevideo y la Conferencia de Punta del Este. Hace ya algunos años, el 12 de octubre de 1957, decíamos en Las Palmas de Gran Canaria—permítasenos recordarlo—que era necesario «prestar más atención y ayuda a estos pueblos hispanoamericanos, cuya fuerza material y espiritual constituye una de las más seguras reservas para el futuro de la Humanidad» (3). *Y en 1958, en esta misma fecha, pronunciábamos en Madrid unas palabras que han resultado a estas alturas un triste vaticinio: «La disyuntiva para nuestros pueblos es clara: o incorporarnos—con los sacrificios que sean necesarios—a la marcha acelerada del progreso técnico, salvaguardando así nuestro credo y nuestra libertad, o dejar que las masas caigan sin remedio en las redes de la demagogia comunista. Lo que ha pasado en otros continentes—añadíamos—puede, por desgracia, pasar en América. Las consecuencias para el mundo entero serían trágicamente irreparables»* (4).

Acuciados por este temor, un año después invocábamos en Santiago de Compostela la reconocida generosidad y la gran misión histórica del pueblo norteamericano, solicitando para Iberoamérica «una constante, cuidadosa y eficaz atención. Atención respetuosa a su ser espiritual y a su perfil cultural, de cuya conservación depende el destino de esos pueblos, y atención al hecho de que el subdesarrollo económico genera en gran parte la inestabilidad política» (5).

España—bien lo sabéis todos—, con una terca insistencia que demuestra su preocupación por el futuro de las naciones del mundo hispánico, ha aprovechado cuantas ocasiones ha tenido para propugnar que no sólo Norteamérica, sino también Europa, presten su colaboración al desarrollo de aquellos pueblos. Así lo hemos hecho en nuestras visitas a Londres, París, Bonn y Washington y en las entrevistas celebradas con los hombres de Estado que han pasado por Madrid.

---

(3) «Conmemoración del 12 de octubre en Canarias.» Madrid, 1957; pág. 13.
(4) Discurso pronunciado en Madrid el 12 de octubre de 1958.
(5) «Conmemoración del 12 de octubre en Compostela.» Madrid, 1959; pág. 15.

Concretamente, el 14 de enero de 1960, y con ocasión de la firma del nuevo Convenio fundacional de la OCDE, dije en París: «España alentará con un interés particular todas las medidas que favorezcan al desarrollo económico de los pueblos de Iberoamérica, ligados íntimamente a Europa por tantos vínculos. Sería necesario no solamente favorecer el progreso de sus industrias incipientes, sino también ayudarles a reducir las crisis periódicas de los mercados de sus productos básicos que constituyen la riqueza fundamental de la mayoría de ellos» (6).

GENEROSIDAD NORTEAMERICANA

En este momento debemos señalar y valorar toda la importancia del liberal ofrecimiento formulado por los Estados Unidos en Punta del Este, que si hace poco hubiera cambiado por sí mismo el curso de los acontecimientos en el hemisferio, ahora puede todavía enderezarlos. Es preciso reconocer, no obstante, como ya advertíamos hace un año en Palma de Mallorca, que sin el estímulo que representa la creciente penetración comunista, Iberoamérica —esa gran comunidad que agrupará seiscientos millones de hombres a finales de siglo— no hubiera podido hacerse oír.

INSUFICIENCIA DE LA AYUDA EXTERIOR. NECESIDAD DE UNA POLÍTICA

No cabe pensar —por otra parte— que la simple ayuda exterior sea suficiente para resolver por su exclusiva virtud todas las incógnitas que ensombrecen al futuro de Iberoamérica.

Una orientación financiera que, sin abandonar los principios ortodoxos, alcance una rapidez y agilidad que puedan servir para hacer frente con eficacia a los urgentes problemas planteados; las oportunas medidas para vigorizar las inversiones públicas y privadas; la creciente cooperación internacional, que ha de ser encaminada en gran parte a la estabilización de precios de los productos básicos, con el fin de asegurar a los países iberoamericanos los ingresos necesarios para financiar su desarrollo, y, en definitiva, una más justa redistribución de la riqueza y una gradual reforma de la estructura económico-social, son las condiciones de orden económico para lograr el éxito. Por otro lado, el decidido impulso de la educación, como factor que está en la base misma del desarrollo económico de los pueblos; la estabilidad

---

(6) Discurso pronunciado en la Reunión extraordinaria de Ministros de la OECE celebrada en París en enero de 1960 para la constitución de la OCDE.

interior de cada país y la leal cooperación interamericana serán igualmente, en el orden político, las condiciones indispensables.

Mimetismo en las tácticas comunistas

Es más, ni aun todo ello bastará si no se tiene en cuenta la radical naturaleza y la verdadera dimensión del desafío comunista.

La ofensiva contra el mundo libre se desarrolla bajo formas muy diversas y conformándose hábilmente al medio respectivo. Así lo ha dicho, entre otros teóricos y dirigentes marxistas, pero acaso con más extremada claridad, Mao Tse-Tung en su trabajo sobre La guerra y la estrategia: «*La tarea central de la revolución y su forma superior es la conquista del poder por las armas; es decir, por la guerra. Este principio revolucionario del marxismo-leninismo es universalmente válido, tanto para China como para otros países. No obstante, si el principio es siempre el mismo, los partidos proletarios lo aplican diversamente ante condiciones diferentes y de conformidad con estas condiciones*» (7).

La conquista de las minorías. Batalla ideológica

Concretamente en la América hispana el comunismo, sin descuidar a las masas ni prescindir del arma de subversión que su malestar representa, desde hace lustros se ha dirigido preferentemente a unas minorías, sobre todo intelectuales, y se ha preparado para dar la batalla en el campo de las ideas. «*Sin la participación de los intelectuales —afirma inequívocamente otro autorizado texto comunista—, la victoria de la revolución es imposible*» (8).

Franco lo ha visto así y así lo ha dicho en su reciente discurso en el monasterio de Las Huelgas, de Burgos: «*No nos cansaremos de repetir que la batalla planteada por el comunismo es ideológico-política, y que es en ese terreno donde hay que ganarla*» (9).

En consecuencia, es evidente que el campo de acción del comunismo comprende no sólo las sociedades subdesarrolladas, sino también las semidesarrolladas y aun las prósperas, donde las carencias morales pueden abrir camino a su triunfo.

---

(7) Mao Tse-Tung: *Oeuvres choisies.* Editions Sociales. París, 1955; t. II, pág. 253.

(8) Acuerdo del Comité Central del Partido Comunista chino de 1 de diciembre de 1939.

(9) Discurso pronunciado en Burgos el 2 de octubre de 1961 por Su Excelencia el Jefe del Estado español.

Unica resistencia válida

Por todo ello, la única resistencia válida que puede oponerse a la subversión comunista en Iberoamérica reside en el vigor espiritual de nuestros pueblos y consiste en el común legado hispánico, que por igual nos pertenece a americanos y a españoles. Su raíz es la fe cristiana y su expresión es el patrimonio cultural que compartimos.

Religión e hispanidad. Riva-Agüero y Maeztu

El gran patricio peruano, José de la Riva-Agüero, recordó a este propósito que en nuestra América volvía a hacerse realidad la frase de San Leandro de Sevilla, pues «la caridad de la religión juntó lo que habían separado razas y lenguas» (10). *Y Ramiro de Maeztu, el más americano de los españoles de nuestro tiempo, completa la idea y resume su pensamiento, al respecto, con estas palabras certeras: «Los argentinos han de ser más argentinos; los chilenos, más chilenos; los cubanos, más cubanos. Y no lo conseguirán si no son al mismo tiempo más hispánicos, porque la Argentina y Chile y Cuba son sus tierras, pero la Hispanidad es su común espíritu, al mismo tiempo que la condición de su éxito en el mundo»* (11).

Función vertebral del cristianismo. La persecución comunista

Esta función vertebral que en Iberoamérica tiene el cristianismo, encarnado históricamente en los ideales hispánicos, está corroborada «sensu contrario» por la sistemática y creciente persecución de la Iglesia católica, allí donde, merced a precedentes errores e injusticias, la influencia comunista ha llegado al poder.

En esta noche triste que atraviesan la Iglesia y el pueblo de Cuba, España, plenamente solidaria con su dolor y herida por la expulsión injusta de no pocos de sus hijos que habían cruzado el Atlántico para ejercer allí su ejemplar ministerio, quiere —pese a estos agravios— seguir afrontando con serenidad el desarrollo de un proceso histórico cuya significación alcanza a todo el continente y cuyas consecuencias pueden tener para el mundo capital importancia.

---

(10) José de la Riva-Agüero: *Afirmación del Perú.* Lima, 1960; t. II, pág. 115.
(11) Ramiro de Maeztu: *Defensa de la Hispanidad.* Madrid, 1941, 4.ª edición; pág. 300.

«Planteamientos nuevos»

Conviene, por último, no olvidar la auténtica dimensión de la contienda entre el Oriente comunista y el Occidente que— al menos en el sentido que lo afirma Benedetto Croce—«no puede dejar de llamarse cristiano». Frente al enorme reto de los países del Sistema Socialista, es necesario recurrir, como acaba de señalar voz altamente autorizada, a «planteamientos nuevos» (12), *adecuados a la índole y a las proporciones del conflicto—que ojalá sea siempre pacífico— entre los dos mundos.*

Comunidad atlántica: respuesta adecuada al reto comunista

En nuestro caso, sólo una nueva «comunidad atlántica», entendida como fórmula de cooperación internacional entre Europa y las dos Américas y dotada de contenido no sólo estratégico y económico, sino también político y espiritual, podría ser la respuesta proporcionada a la magnitud del reto comunista y la solución a los más hondos problemas de los pueblos históricamente establecidos a los dos lados de ese Océano inmenso, que es ya desde hace siglos—por obra eminente de los pueblos hispánicos—«el mar interior de la cultura occidental».

En definitiva, creemos que es preciso adelantarse a los acontecimientos en vez de irles a la zaga y construir, desde ahora, un instrumento de eficaz colaboración euro-americana, susceptible de atraer a esta futura «comunidad atlántica» a los nuevos países africanos y capaz de afrontar con éxito las insólitas circunstancias del mundo en que vivimos.

Una necesidad sentida. Propuestas precedentes

No pensamos que nuestra tesis sea precisamente nueva. Tiene, al menos, precedentes parciales en las repetidas propuestas formuladas por estadistas occidentales para ampliar a otros campos el contenido exclusivamente político-militar de la Organización del Tratado del Atlántico Norte; en la propia realidad actual de la OCDE, con la plena participación en sus tareas de los Estados Unidos y del Canadá; en los llamamientos de varios Jefes de Estado iberoamericanos para que Norteamérica y Europa no sigan ignorando el grave impacto que sus medidas de protección o cooperación económicas pueden ocasionar en

---

(12) Discurso pronunciado en Burgos el 1 de octubre de 1961 por Su Excelencia el Jefe del Estado español.

los intereses fundamentales y en la estructura misma de aquellos países; en los crecientes intercambios de todo orden que las actuales comunicaciones hacen posibles entre Europa y América; en el pensamiento, en fin, de cuantos queremos a un tiempo mantener las peculiaridades nacionales y defender colectivamente el futuro de nuestra cultura y las formas esenciales de nuestra civilización.

No olvidemos tampoco que nuestra actual comunidad tiene una dimensión física y espiritual aún más vasta y que es el ejemplo de una múltiple conjunción de razas y civilizaciones que no sólo se produce en el continente americano, sino que se extiende hasta el Asia y tiene en Filipinas un foco de nuestra fe y nuestra cultura clavado en medio del Oriente como único arquetipo de entrañamiento y comprensión de dos mundos distantes.

Los pueblos que se unan dominarán el porvenir. La unidad se gana cada día

Creemos, en suma como ha dicho el académico francés Henri Massis, en «L'Occident et son destin», que «el porvenir corresponde a los pueblos que permanezcan unidos, que no se hagan guerras intestinas y que sepan asegurar la libertad de sus alianzas» (13).

Pero la unidad, la paz y la libertad se ganan cada día. Mientras aspiramos a más ambiciosas realizaciones, vayamos trabajando, jornada tras jornada, y en todos los aspectos, por el presente y el porvenir de Iberoamérica.

En estos doce últimos meses, diversos acontecimientos han subrayado en el orden político, cultural y económico la apertura española ante los problemas y las inquietudes de los pueblos americanos.

Integración europea e intereses iberoamericanos

España, superadas sus propias dificultades, se encuentra hoy en condiciones de emprender una prometedora colaboración económica con esos países, fomentando los comunes intereses y alentando en la medida que nos sea posible el desarrollo económico conjunto de la gran comunidad iberoamericana. Esta es la significación que cabe atribuir al importante viaje de mi colega de Gobierno, el Ministro de Comercio, señor Ullastres, por varias Repúblicas sudamericanas.

En este momento crítico, presidido por el signo de las grandes integraciones económicas, queremos subrayar la necesidad de que estos

---

(13) Henri Massis: *L'Occident et son destin.* Bernard Grasset. Editeur. París, 1956; pág. 352.

movimientos no se hagan cuidando únicamente de los puros intereses materiales de los países que se agrupan, en detrimento de otras zonas del Occidente que aún no han conseguido su pleno desarrollo económico y con las que precisamente España está ligada por vínculos históricos y humanos de primerísima importancia. Es ésta una seria preocupación del Gobierno español en los momentos actuales, que sin dejar de prestar la debida atención a los movimientos integradores europeos, desea explorar hasta el máximo nuestras posibilidades de colaboración económica con las naciones iberoamericanas.

Solidaridad en el campo internacional. Iberoamérica en las Naciones Unidas

Por otra parte, todo cuanto se haga por mantener la solidaridad fundamental de nuestros pueblos en el campo internacional y especialmente en la escena de las Naciones Unidas, no sólo servirá para fortalecerlos frente a los intentos de hegemonía extraña, sino que contribuirá decisivamente, por el desinterés, el espíritu negado a toda discriminación y el amor a la verdad que los caracteriza, a salvar a la Organización de la grave crisis en que la han sumido las grandes potencias.

Los Tratados de Doble Nacionalidad, expresión jurídica de una filiación común

Igualmente creemos que importa marcar aquí los más recientes jalones de un proceso jurídico —me refiero a los Tratados de Doble Nacionalidad entre España y una serie de países hispanoamericanos— que está cristalizando en fórmulas legales la común filiación histórica de nuestros pueblos.

Durante este año se han firmado los Convenios con Guatemala y Nicaragua, y tengo la inmensa satisfacción de comunicaros que en el día de hoy se firma, en La Paz, un Acuerdo análogo con Bolivia. Junto a los suscritos en años anteriores con Chile, Perú y Paraguay, constituye un bloque de seis Acuerdos que ya por sí mismo es una realidad importantísima, pero que, además, es un incitante a una más vasta y honda propagación del sistema. La extensión de este fecundo y flexible principio de la doble nacionalidad, a todos los países hispánicos, no sólo con relación a España, sino entre sí, constituiría, dentro del respeto a la fisonomía política de cada nación, un hecho de innegable trascendencia para la construcción de un destino común y un ejemplo para las otras agrupaciones de pueblos que quieren afirmarse en el mundo. Puedo, a este propósito, deciros que el edificio jurídico que estamos levantando por medio de estos Convenios de Doble Nacio-

nalidad, ha despertado ya un vivo y concreto interés en algún pueblo mediterráneo que intenta resolver el problema de la convivencia de las comunidades de origen diverso que lo componen.

El símbolo de San Martín. La espada de la Independencia y el estandarte del Conquistador

En este año hemos rendido homenaje a alguien que debe ser para nosotros uno de los más altos ejemplos de ese espíritu común en el que caben sin lucha nacionalidades diversas como caben en el corazón de cada hombre dos hogares: el paterno y el propio. Hablo del General don José San Martín, cuyo monumento ha sido inaugurado la primavera pasada en la Ciudad Universitaria de Madrid.

San Martín, criollo de Yapeyú, cadete del Seminario de Nobles de Madrid, heroico capitán de lanceros en la jornada española de Bailén, y glorioso vencedor en la jornada americana de Maipú, es para nosotros una de las más insignes encarnaciones de la Independencia americana y, por tanto, del proceso de madurez de América, que fué obra criolla; es decir, de los españoles americanos. Este es el más profundo significado de su figura histórica, y por ser así, debajo del gran trauma de la Emancipación existía desde un principio el común terreno fecundo, el limo entrañable que había de permitir que unos y otros nos entendiéramos.

Cuando hace meses veíamos alzarse —por la iniciativa generosa y ejemplar del Gobierno argentino— la estatua de San Martín en el corazón de España, y recordábamos las innumerables efigies que honran en América a los conquistadores españoles, nos parecía que el gran círculo de la comprensión recíproca estaba a punto de completarse, y que si es difícil, muy difícil, para los padres curarse del doloroso desgarro de la marcha de los hijos, la casa paterna española ya había vencido ese dolor y se alegraba con la vuelta del hijo glorioso.

El propio San Martín se había adelantado a esta conciencia de la doble filiación hispanoamericana cuando en su célebre testamento hacía inventario de sus bienes y sólo mencionaba dos tesoros que él poseía: su espada de americano (14) *y el estandarte del español Pizarro* (15). *Estandarte de la Conquista y espada de la Independencia que*

---

(14) Citado en la cláusula 3.ª, que dice así: «El sable que me ha acompañado en toda la Guerra de la Independencia de la América del Sur, le será entregado al General de la República Argentina Don Juan Manuel de Rosas como una prueba de la satisfacción que como Argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los Extranjeros que trataban de humillarla.»

(15) A él se dedica el artículo adicional del testamento, redactado en los siguientes términos: «Es mi voluntad el que el Estandarte que el bravo Español

están ya unidos para siempre en la figura del héroe común, montado en el Parque del Oeste, de Madrid, sobre un potro criollo, en cuyo bronce resuena, como en una campana, la gloria de este hijo de doble nación.

Invocación a la esperanza

Me ha parecido que estas reflexiones, que yo dejo abiertas a cualquier diálogo con vosotros, podían ser el homenaje que rindamos en nuestra reunión de hoy al lugar en que nos hallamos. Este es un lugar de inquietud, porque desde aquí España soñó con América. Pero también es un lugar de esperanza, porque desde aquí se embarcó durante siglos, esperanzadamente, hacia su larga y fértil aventura ultramarina. En este pequeño convento de La Rábida, un Almirante de España discutía con unos hombres llenos de fe el mapa de Toscanelli y las oscuras noticias de Martín Behaim sobre las fronteras del mundo. Les alentaba la esperanza. La esperanza, amigos, que hoy sigue en pie.

Don Francisco Pizarro tremoló en la Conquista del Perú sea devuelto a esta República (a pesar de ser una propiedad mía), siempre que sus Gobiernos hayan realizado las recompensas y honores con que me honró su primer Congreso.»

Ambos textos han sido tomados de la reproducción fotográfica del testamento del general San Martín, publicada en la obra de Eugenio Orrego Vicuña: *Vida de San Martín*. Buenos Aires, 1943.



ARTE Y PENSAMIENTO



LA ROSA PERSONAL

(Sobre la utilidad de la poesía)

POR

JOSE MARIA SOUVIRON

El poeta siente, en un momento determinado, que está en disposición de descubrir algo. Esta mañana de primavera, al asomarse a su ventana, ha visto la primera rosa del año, roja, fresca, recién brotada. La rosa empieza a decirle algo, a ofrecerle su secreto. Es una rosa nada más, pero el poeta la mira con una emoción particular. De quién, ¿del poeta o de la rosa? No, la rosa no está sintiendo nada; es el poeta quien empieza a «crear» otra vez la rosa creada de antemano para él. (Para todos los que la vean al pasar, pero de una manera muy especial para él.) La rosa está llena de significación y de secreto, pero es sólo una flor. No hay que aumentar la carga de su secreto hasta el punto que pueda doblarse su tallo, inclinarse bajo un peso de misterio que le quite su propia, inmediata naturaleza y condición de rosa. Como ésta, habrán brotado esta mañana otras muchas. «Todas las rosas son la rosa», ha dicho Jorge Guillén. Es verdad, pero esta rosa única y original no es sino ella misma. *A rose is a rose is a rose,* aseguró Gertrude Stein. Bien está. Aquí la rosa está para ser vista y contemplada por el poeta que acaba de descubrirla.

Sobre las rosas se ha escrito mucho. Sobre esta rosa aún no ha dado tiempo a escribir nada. Al poeta le vienen al recuerdo otras rosas —¿de dónde, cuándo?— que significaron algo para él, algo más que una flor. Algunas fueron perfumadas desde fuera con un valor afectivo, otras caducaron y se marchitaron sin que pasara por ellas otra cosa que el viento y el sol. Esta rosa «quiere» ser inmortalizada por el poeta. Si el poeta se mantiene en su propio silencio, y en el silencio irremediable de la flor, nada quedará de este suceso, de este acto aún constituído de pura esperanza. Las primeras impresiones suscitadas por la visión del poeta que acaba de asomarse a la ventana, van desde lo indecible hasta lo literario. Hay que elegir algo, escoger, decidir. La circunstancia «histórica» personal de este descubrimiento tendrá, para que perdure de algún modo, que ser transformada en circunstancia universal. Que esta rosa llegue a otros, aunque ellos no la vean nunca, y que no se reduzca todo a decir: «Esta mañana ha salido una flor en el rosal, junto a mi ventana.» Eso no vale. Pero menos aún vale que de esta flor se saque una conse-

cuencia tan ajena a ella misma y al hecho de que está viviendo, que ya no sea, una vez «escrita», sino un «vago fantasma» de rosa, o acaso menos que eso, hasta el punto que hubiese dado lo mismo que la rosa floreciera o no.

Supongamos que al mismo tiempo que el poeta está descubriendo la rosa, oye una noticia trascendental para el mundo: la realización de un vuelo interplanetario o la información sobre un crimen, la muerte injusta de un ser humano, semejante al poeta, y que ya no podrá ver ninguna rosa, porque ha caído bajo el dominio de una fuerza brutal o de un azar inexplicable. Aquí la atención se ensancha, pero sin dejar de relacionarse con la flor. Todo tiene relación, todo sucede en un ámbito de unidad. El poeta puede pensar en ese momento en la futilidad de su «relación» con la rosa, pero no puede abandonarla. Lo relativo-histórico tiene que ver con la poesía sólo dentro de ciertos límites. O bien el poeta prescinde de ello, o bien lo supera y exalta. Las poesías de San Juan de la Cruz no dejan ninguna señal «histórica» de su tiempo, están por encima de él. La *Divina Comedia,* que es una «historia», ha sido superada por el poeta, que ha dado eternidad a los sucesos transitorios y fugaces. Y, en última instancia, lo que ha movido a Dante a escribir esa obra poética, no ha sido un afán histórico, ni siquiera una decisión teológica; ha sido un acontecimiento personal, perfectamente personal: su amor frustrado por Beatrice Portinari. *Tutti li miei pensier parlan d'amore.*

El «yo» no ha desaparecido; lo personal es el punto de partida para toda creación poética; hasta dónde ha de llegar ese elemento personal, hasta qué punto debe ser sacrificado para que se universalice su comunicación, es el problema más difícil de resolver entre los que se suscitan en la poesía. Todo empieza por lo personal, y a la postre, después de haber recorrido un camino más o menos largo, más o menos duro, vuelve a la persona, enriquecido o desgastado. El comentario que se hace, al cabo de un tiempo suficiente, sobre una obra poética que haya permanecido, es un comentario circunscrito a lo personal. La «llaga» de Baudelaire es la misma que nos duele a muchos, pero él supo enseñarla de un modo «suyo» y, en resumen, inalienable. *Les Fleurs du Mal* son una biografía de cualquiera que sufra y espere como Baudelaire, pero ante todo son una autobiografía.

En años recientes ha dominado una tendencia a hacer poesía «impersonal», no porque se proponga al poeta comunicarse con la mayor anchura y largura posible, sino porque le ha parecido que el punto de partida individual empequeñece el posible eco de su obra. Nadie sabe, ante este tipo de poesía, sobre todo cuando llega a su exagera-

ción, de dónde viene ni adónde va. El difícil Lautreamont dijo: «La poesía debe estar hecha por todos, no por uno.» Pero es «uno» el que la lleva a cabo, la crea, la fertiliza y la establece. No hay en la época moderna una poesía con mayor afán de universalismo, de generalización, que la de Walt Whitman; no hay tampoco otra poesía en la que el «yo» se haga tan «cargante» como en ésa. El «Canto a mí mismo» consigue a ratos ser un «canto general», pero solamente cuando ha sido dominado, a duras penas, el orgullo del cantor saturado de su propia importancia. Ciertamente que ese «I» repetido se esfuerza para comunicar a los otros una seguridad en sí mismo, y adquiere una grandeza indudable.

Según Claudel, ni la inspiración ni la poesía son un fenómeno reservado a unos cuantos privilegiados. «Doquiera que haya lenguaje, palabras, hay una poesía en estado latente. Más aún: doquiera que haya silencio —cierto silencio—, doquiera que haya atención y, sobre todo, donde hay «relación», esa relación secreta, extraña a la lógica y prodigiosamente fecunda entre las personas, las cosas, las ideas... hay poesía.» Las tres palabras más interesantes de este párrafo son «extraña a la lógica». Lo que caracteriza a la poesía es el sentimiento, y el sentimiento es personal, individual. Max Scheler y Ortega y Gasset se han ocupado de esto con clarividencia. Lo que individualiza es el sentimiento. El que piensa una verdad ($2 + 2 = 4$) la piensa como cualquier otro. En cambio, «mi tristeza es mía». Transmitir esa tristeza, o bien la alegría, la emoción y aun el conocimiento —extraño a la lógica— que produce lo individual, es el menester del poeta. Si se prescinde originariamente de lo personal, la poesía nace maltrecha, es una poesía manca o ciega. Uno de los males poéticos de nuestro tiempo es que los verdaderos poetas líricos han sido dejados a un lado. Lo más probable es que, al cabo del tiempo, los únicos que «queden» sean esos poetas líricos, hoy tan postergados y contra los que se ha establecido —más o menos voluntariamente— una conspiración de silencio.

No es un poeta «lírico» el que no ha vivido las experiencias contadas en su poesía. Puede inventarlas con acierto y hasta con cierta grandeza, pero se nota en él lo deleznable de esa vida no vivida, inventada y como sacada de la manga, en ratos de ociosidad y aislamiento. Es curioso observar que cuando uno de estos poetas «inventores» se esmera o esfuerza en hacer una poesía basada en lo real, esa realidad se manifiesta como algo volátil, inconsistente, falso, por mucha maestría que se ponga en darle un valor de realidad. El hueco resuena, pero su sonido no dura. La poesía «impersonal» o inventada es más bien una ciencia, una falsa ciencia. La ciencia se basa en sis-

temas, observaciones, teorías. La ciencia está hecha con la razón. La poesía, con todo el ser.

La vida vivida se personaliza en el poeta, pero a condición de que haya sido vivida. Todo lo sucedido se hace personal, pero tiene que haber sucedido. «Los pájaros que *miro* vuelan a través de mí, el árbol que *miro* crece en mí», decía Rilke. Lo necesario es haberlos mirado de antemano. El sentimiento y la emoción quedan trabajados por el poeta. Un dolor sentido debe dejar en el poema que quiera expresarlo, no la individualidad incomunicable de ese dolor, sino una expresión de hondura, de belleza dolorida, que ha transmutado la sensación personal (sin olvidarla) en algo que no es «el dolor», sino la poesía del dolor. Pero aquel que no haya sentido dolor, que no se atreva a hablar poéticamente de él, perderá su tiempo y hará perder a los otros el suyo.

Lo personal no debe cultivarlo el poeta con tal exclusividad que su palabra quede reducida a lo que podía decir una carta cualquiera. Cuando se extrema lo personal, el resultado es tan vacuo como cuando se impersonaliza con exceso. El poeta cegado por lo personal no comunica nada. No ha sido capaz de sobreponer el significado poético al significado personal. Contaba Eliot que una vez le preguntaron: «Señor Eliot, ¿cuando usted escribió aquello... quería decir...?» Y el poeta respondía: «Esa fué probablemente una de las cosas que yo quería decir.» Ortega y Gasset, desde otro punto de vista, dice que el lirismo «supone una innata capacidad para lanzar al universo lo íntimo de nuestra persona... Un ser cuyo secreto personal tenga más o menos carácter privado, producirá una lírica trivial y prosaica... Yo diría que el síntoma de un gran poeta es contarnos algo que nadie nos había antes contado, pero que no es nuevo para nosotros».

Cuando lo personal queda olvidado, la raíz de la poesía no toma verdadero contacto con la tierra. El árbol poético se nutre con deficiencia y adolece de sequedad. Cuando lo personal no adquiere un sentido «transmisible» y se reduce a expresar un sentimiento que carece de significación universal, el árbol puede tener raíces hondas, pero está privado de ramaje. El poeta que vuelve demasiado sobre sí mismo no es un lírico, sino un sentimental. Como ha dicho Aubrey de Sélincourt, hay que mirar lo eterno a través del prisma del aquí y el ahora.

☆

Más de una vez me ha sido hecha esta pregunta: «¿Son necesarios los poetas?» La interrogación envolvía una secuencia de interrogaciones a las que no era fácil responder en la mayoría de los casos, por-

que de antemano advertía yo que las contestaciones iban a caer en saco roto. Acaso alguna vez fué formulada la pregunta con intención de aceptar la respuesta. En las otras oportunidades, sólo se trataba de una agresión abierta y cerrada por signos interrogantes. ¿Para qué sirven en una sociedad organizada esos seres marginales, aparentemente inútiles, difíciles de clasificar y cuya labor se reduce a expresar lo que todos sabemos —o lo que no nos interesa saber—, haciéndonos perder un tiempo que cada día necesitamos con mayor urgencia para otros fines?

Ante tales preguntas, el mejor procedimiento es el que aparece con frecuencia en los textos bíblicos, y con abundancia en el Nuevo Testamento, y que consiste en responder a una pregunta con otra, que encierra la respuesta mediante una elusión o una contradicción. No sólo entre los judíos, sino entre los árabes y en otros pueblos más alejados hacia el Oriente debió de ser de uso frecuente el de la respuesta manifestada con otra interrogación. De este modo, podría haber respondido: ¿Para qué sirven los políticos? ¿Son necesarios? ¿Para qué sirve la oración, el que reza? Ante la posibilidad de preguntar, por ejemplo, para qué sirven los ingenieros o los médicos, prefería callarme, porque el diálogo se habría establecido entre dos mundos diferentes. Se trataba, en el caso de mi interlocutor, de una persona inteligente, hábil en su menester «práctico», con virtudes y cualidades que yo no podía dejar de admirar. Eramos dos hombres movidos por una misma voluntad histórica y ceñidos por idénticos o al menos muy parecidos problemas. Recordaba yo, en esta situación, la frase del abate Bremond, a propósito de su relación con Paul Valéry (y aquí se trataba de dos grandes conocedores de la poesía): «Entendimiento cordialísimo, ciertamente, pero teniendo en cuenta que estamos separados por océanos.»

La pregunta que comento aquí suele producirse en un tono compasivo, más o menos disimulado por la buena crianza. El preguntante adopta por lo general una postura de tolerancia, de apertura. Sólo un resquicio, pero apertura. Un poco platonicista sin saberlo, el otro está dispuesto a coronar al poeta, a ungirlo, pero más dispuesto a expulsarlo inmediatamente después de la ciudad, con toda la «urbanidad» que el caso requiriese. A ese señor no le cabe duda de que esa expulsión habría que hacerla por un procedimiento de hastío en el poeta. Demostrarle, con hechos científicos, políticos, económicos, técnicos, que su vocación es superflua y que, aunque tolerada y encomiada, va en camino de desaparecer, no por la debilidad que denuncie alguna poesía característica de ciertos tiempos, sino aunque se tratase de la mejor poesía del mundo y de la historia. Claro está que la mejor poesía del mundo y de la historia no le interesa a ese señor,

aunque no se atreve a decirlo. Su gesto es de conmiseración admirativa, por decirlo de algún modo.

Lo que no advierte ese señor es que él, justamente él, vive como vive porque hay, porque ha habido poetas. Que en su vida cotidiana hay una serie de valores y actitudes poéticas, de las que, si llegaran a desaparecer, se sentiría tan desprovisto e inválido como si le faltara el abrigo en días de frío o el techo que le cubre de la inclemencia del sol. Casi —y sin «casi»— como el pan que le da alimento cada día a él y a los que viven en su derredor. Puede no detenerse a meditarlo —no hay tiempo para nada—, pero con un poco que abriera los ojos del corazón lo advertiría. Por cierto que para esto se requiere cierta perspicacia, cierto talento. No es necesario que se sienta la poesía escrita, ni que se conozca la obra de los poetas para deducir que los poetas son necesarios, puesto que son los encargados de mantener la poesía que enriquece la vida de cualquiera, poeta o no. Renan, que no era precisamente un hombre de fe activa ni de oración —salvo cuando se ponía oratorio ante la Acrópolis—, gustaba recordar un dicho de su maestro, Le Hir, que al relacionarse con los políticos de su tiempo, decía: «Se nota muy bien que esos señores no rezan.»

Se dice que la ciencia va dominando a la poesía. Esta dominación no es considerada como una suplantación violenta, sino como un desplazamiento, como una lenta invasión del campo que, hasta hoy, le correspondía a lo poético. No se trata —en los mejores casos— de asegurar que la ciencia destierra a la poesía, sino que la va haciendo innecesaria con una persistente y minuciosa labor de penetración. No la mata, la reemplaza. El error es más craso de lo que a primera vista parece y, en primer lugar, porque son muchos los hombres de ciencia, los verdaderos e importantes, que están requiriendo a voces, a prudentes y ordenadas voces, la necesidad de la poesía en la vida del hombre moderno, proclamando la importancia del poeta en la vida del mundo. Los misterios de la naturaleza, cuanto más explorados, más extensos y ricos se hacen. Cuanto más lejos se llega, más espacio queda por descubrir, y cuanto más profundiza la investigación en las zonas hasta ayer secretas, mayores secretos esperan a ser descubiertos... o a no serlo jamás.

No es inoportuno señalar aquí que el «asombro» del descubridor científico, su gozo por el hallazgo, tiene una relación inseparable con el deleite o sorpresa del encuentro poético. El hombre de ciencia, en el laboratorio o el observatorio, ante lo grande y lo pequeño, cuando mira por el telescopio o por el microscopio y «encuentra», experimenta una sensación semejante a la del que halla una nueva visión en lo poético o en lo artístico. Cada día se va acercando más la ciencia a

una manera de descubrir que se asemeja —sin identificarse— al descubrimiento poético y, al mismo tiempo, cada día va necesitando la ciencia con más instancia y anhelo «refrescar» —la palabra no es mía aplicada a este caso— lo que hay de encerrado, de limitado y de decepcionante en el hallazgo científico.

Siempre habrá una distancia, pero no tal que impida la relación. Frente a ciertos científicos «secos» (que suelen ser los medianos, como los poetas secos son los que no perduran) el poeta aparece como un demiurgo «adrede» que, o escapa de la vida habitual o se neutraliza en su propio afán mágico. No son éstos los que hay que tener presentes. Los poetas que, además de versos, de poesía propiamente dicha, hacen novela, ensayo o teatro, saben que hay una incalculable distinción entre el hallazgo poético puro y la labor que se lleva a cabo en otras actividades literarias. El que termina una novela o un tratado crítico, sabe que ha construído algo con una serie de materiales «consabidos», y que los ha utilizado orgánicamente, mediante ciertas normas establecidas. Ha puesto los cimientos, las columnas o los postes, la bóveda o el tejado, y al final se encuentra con que ha hecho una choza o un palacio, una ermita o una catedral. Cuando termina un poema, por mucha conciencia y pensamiento que hayan intervenido en su factura, aparece algo así como un milagro: el poeta ha hecho una golondrina, un actinia, un manantial. No sabe bien cómo, pero lo ha hecho, y su obra se escapa inmediatamente de sus manos, pasa a pertenecer a otros, ya tiene vida propia y no depende de su creador.

Un hombre de ciencia, en sus momentos de mayor altura, es un poeta. Un filósofo, en la cumbre de su pensamiento, tiene mucho de poeta. No es tan seguro, «en cambio», que un poeta en los instantes de culminación, tenga algo de científico o de filósofo. Lo peor sucede cuando el poeta «trata» de ser una u otra cosa. Los mundos imaginarios del poeta permiten una fusión de elementos «naturales» con elementos «creadores», que no se dan en ningún otro menester humano con la misma intensidad y equilibrio. Todo lo que ve «poéticamente» es visto por primera vez, con la misma cantidad de asombro con que ve, por vez primera, el hombre de ciencia, el hallazgo en que fructifica su investigación. Más aún: el filósofo puede ver —cuando se acerca a la verdad poética, mediante su verdad filosófica, pero sin confundirlas— qué poderosa y única importancia tiene la poesía en la «vida» del mundo, en el descubrimiento de la verdad.

Dilthey ha escrito sobre esto algo definitivo: «La poesía ocupa, frente a las teorías generales del mundo, una posición particular. El medio por el que actúa, el lenguaje, le permite expresar todo lo que puede ser visto, entendido, vivido... Al hombre que se siente prisionero

del destino, al que la vida aparece como encerrada en las barreras de un determinismo, le ofrece el medio de satisfacer un deseo ardiente y secreto, el de realizar en imaginación todas las posibilidades que su vida le ofrece, pero que no ha logrado alcanzar, el de ensanchar el horizonte de su yo y el de su experiencia de la vida... La poesía considera ante todo las relaciones que ligan nuestra vida a los otros hombres, a los objetos inanimados, a la naturaleza.»

Hasta aquí un filósofo, que dió extraordinarias iluminaciones a la teoría poética. He aquí, a continuación, un matemático, A. N. Whitehead, que dice que la poesía es algo más que un refrigerio transitorio. «Es algo que aumenta la permanente riqueza de la autoconsecución del alma. Se justifica a sí misma, tanto por el goce inmediato como por su disciplina de lo íntimo del ser.» En fin, y ya que va de citas, Martin Johnson ha dicho en *Arte y Pensamiento Científico:* «Mucho de lo que concierne al hombre de ciencia moderno, átomos, electrones, núcleos atómicos, ondas electrónicas, etc., es de una naturaleza que no puede ser directamente conocida por la vista, el tacto o el oído. Todas estas «cosas» están tan lejos de ser objetos de directa percepción sensorial como lo que pueda imaginar el más fantástico artista. Si éste se justifica a sí mismo por la coherencia de las ideas comunicadas a que su obra da origen, ¿dónde están las diferencias y las semejanzas deliberadamente entretejidas y que también divergen radicalmente de la percepción de los sentidos?»

Ante tres opiniones tan diversas, procedentes de tres talentos preclaros en diferentes actividades humanas, ¿qué le quedará por decir a ese interlocutor que me ha preguntado si la poesía sirve para algo? Pero ese interrogador puede mantenerse en sus trece (mal número para él) y asegurar que la poesía se basa en las palabras y la ciencia en los hechos. Resulta curioso que eso pueda ser dicho en un momento cultural en que la ciencia está buscando ansiosamente las palabras que necesita. No sería exagerado decir que las busca con más afán, más necesidad y —por regla general— menos resultado que la poesía. Por otra parte, el pensamiento científico y su expresión van retirándose de la comunicación cuanto más difícil y decisivo es el descubrimiento. La teoría de la relatividad o de los quanta son entendidas por muy poca gente en el mundo, y aunque los estudios matemáticos y científicos pueden a veces «liberar» de la necesidad de la palabra para expresarse con fórmulas, este lenguaje queda tan reducido a minorías estrictísimas, que la mayor oscuridad poética es, a su lado, un luminoso mediodía. Pero, a última hora, todo está relacionado, y como dice Croce, el hombre habla en todo momento como el poeta, puesto que como el poeta expresa, siempre que habla, sus impresiones y sentimientos.

Si el científico «a medias» desprecia esta identificación, no así lo hará el verdadero hombre de ciencia, que al llegar a la cúspide de sus conocimientos, tendrá que buscar un medio de revelarlos a la mayor parte de los hombres que necesiten de ellos, y también fertilizar su descubrimiento con ese «algo más que refrigerio transitorio» de que hablaba Whitehead. No por esto hay que olvidar que la poesía tiene su propio acceso a la verdad, y que no es un mero entretenimiento de mentes fatigadas por el ejercicio de la ciencia.

Si el «hombre práctico» insiste y dice que la poesía es falsa, porque hace del lenguaje usual un instrumento particular de expresión y lo transforma en «arte», habría que preguntarle, para terminar de una vez, si no es más falsa esa existencia cotidiana, con todos sus trucos sociales de hipocresía, sus disimulos, sus «teatros para sí mismos», ese permanente y doloroso falseamiento del amor, de la vida y hasta de la muerte, que se deja ver constantemente en los que desdeñan la poesía, en los que no la necesitan, en los que se jactan de poder prescindir de ella.

Actúa la poesía en la vida de un modo sutil y no siempre ostensible. Sus efectos parecen menos eficaces que los de un descubrimiento científico (Copérnico, Newton, Einstein, Planck) que cambia algunos caminos del hombre, pero son quizá más hondos, y la vitalidad que comunican sin interrupción —tal vez por esto no se adviertan tanto— son mayores y más decisivos. La historia de un pueblo es, al fin y al cabo, la de su poesía, y la historia de un hombre es la sucesión, más o menos continua, de los momentos poéticos que ha vivido. De tal suerte, que la biografía de un poeta (y la de un hombre, por reflexión) no debiera ser tanto la historia con fechas de cuándo nació, cuándo se publicó su primer libro, etc., sino la de cuándo halló por vez primera el significado de una flor, la expresión de una brisa, el encuentro sorprendente con el primer amor, cómo fué capaz o incapaz de exaltar, mantener y perfeccionar este amor u otros, acaso más auténticos, y todo el conjunto de accidentes que formaron lo que se llama (para el hombre de cualquier condición y profesión) vivir.

José María Souvirón
Colegio Mayor Ximénez de Cisneros
Ciudad Universitaria
Madrid-3

ALLEGRO FURIOSO

CON VARIACIONES

(Del libro *Con octubre en los hombros.*)

POR

FELIX GRANDE

1

Estos versos de sombra en que me hundo
son campanadas de rebato amargas,
desganas de hombre lóbregas y largas,
cuentas para un rosario moribundo.

Son gotas de sudor de ese profundo
bracero que hay en mí bajo mis cargas,
detonaciones son, son las descargas
con que nos injuriamos yo y el mundo.

Estos versos de esparto, que me vienen
minando por abajo y por arriba
con una oscura hambre de mineros,

me tienen harto y tórrido, y me tienen
volcánica y caliente la saliva
y la garganta llena de agujeros.

2

En esta estrella errante del olvido
en la que me acomodo y me contengo
deposito de la noche lo que tengo
y a la mañana sé que lo he perdido.

Desprovisto y reciente, nuevo, herido,
vivo un día más para ese largo y luengo
y propio cementerio, del que vengo
al despertar, como un aparecido.

Desde mis cruces nazco para un día,
forjo entonces la cruz correspondiente
y la entrego al olvido en el reposo.

Estoy hinchado de melancolía.
Sé que se vive un día solamente.
Luego, hondo olvido. Hasta parece hermoso.

3

Sembrador, no confíes en el verano;
mira bien tu saquito de semilla,
mira después la tierra fría, amarilla...
y sobrecógete conmigo, hermano.

El tiempo es mal, muy mal samaritano.
Mira tu poco trigo cómo brilla.
Lo que no se irá en hielos se irá en trilla.
Triste destino de tan triste grano.

Sembrador, no confíes en la desnuda
tierra; no ha de llover; el tiempo duda
... y luego calla. Vuelve el grano al troje;

no te separes de él: cosa perdida
de antemano, acompaña. Oh, en la vida
se siembra siempre más que se recoge.

4

Quejido casi casi necesario,
quien se desgaja casi, quien se queja
es, o será, la acusación que deja
culpa en todo el sistema planetario.

Quien se queja es un juez mal solitario
que tiene larga vista y larga oreja
y ha visto en la creación la cuesta vieja,
la cuesta arriba de Montecalvario.

Todo quejido es siempre cuesta arriba
y cuesta arriba fluye y se derrama
y cuesta mucho izarse en un quejido.

Todo quejido es muerte en carne viva
bajo el que acusa y se retuerce y brama
un ojo enorme, y un enorme oído.

5

No hay rosa que te llegue sin espina,
no hay fruta que te llegue sin corteza,
no hay asombro sin huesos de pereza
ni espectáculo azul sin su ruina.

Esa espesura de vivir, cansina,
te va a poder, te va a comer, empieza
a posársete ya por la cabeza
como el cuervo desciende a la colina.

Soporta y calla, que es lo tuyo; aguanta,
que es lo tuyo; y araña a tu garganta
como a un guitarro viejo, que es lo tuyo.

Sé orgulloso, que el cuervo que te pica
jamás reposa ni jamás se achica.
Se va a comer hasta a tu propio orgullo.

6

Mi corazón ya no contesta. Antes
respondía a la desgracia con insultos,
contestaba a los retos con adultos
síes, síes caudalosos y arrogantes.

Ahora mi corazón no es el de antes,
está lleno de noes, noes como bultos,
noes como ejidos áridos, ocultos,
secos, carbonizados y distantes.

Primero fué lo que llamóse infancia;
luego, un estado de áspera arrogancia,
herido gladiador, pero en su puesto.

Ahora, infancia, arrogancia, todo, se hizo
un no, sin brote, interno, movedizo.
Si no es vejez, no sé qué será esto.

7

La sombra del ciprés es alargada,
limita con la sombra de los pies
y un manojo de sombra de ciprés
es hiedra testaruda y obligada.

Cuando la lengua dice todo es nada,
es que penetra hiedra, y a través
del vientre asciende al corazón, y es
que el corazón asiente a la llamada.

Y desde allí la hiedra continúa
subiendo, hasta el cerebro, y se acentúa
el largo, el testarudo, el sombrío ven.

Y entonces, la pequeña criatura
desanda sombra hacia su sepultura
con un YA VOY clavado en cada sien.

8

(... última voluntad.)

Le han dejado los párpados abiertos
bajo el cielo cuadrado de la caja;
una navaja junto a otra navaja
en sus ojos mortuorios, descubiertos.

(¿Qué —¡no vivo!— intuíste que los muertos
conocerían así, de esta mortaja?)
Como mar, su mirada avanza y raja
rozando espacios y buscando puertos.

Da frío pensar que acaso pueda vernos
como nunca nos vió, y que ahora acierte,
y que nada refleje en sus espejos.

Da frío pensar que somos ahora eternos
en los ojos de un hijo de la muerte
y que él nos lleva, muertos, lejos, lejos...

RONDÓ

Homenaje a Mozart.

Para Fernando, Nadia
y Mariela Quiñones

La música me ha puesto así,
los villancicos de los niños.

La creación es una semana,
siete días tiene Jesucristo.

A treinta y uno de diciembre
tengo calientes los oídos.

Estoy contento, soy feliz,
esto es enorme, esto es magnífico.

Recuerdo a mi mujer, recuerdo
a mi familia, a mis amigos.

Recuerdo rostros y ciudades
al acordarme de mí mismo.

La música me ha puesto así,
soy casi mi desconocido.

Me asomo a la ventana y busco
la figura de cualquier vivo.

Hablo solo, me agito, muevo
la cabeza, el rostro, sonrío.

Sollozo. Soy feliz, me asombro
de ser feliz. Esto es magnífico.

A treinta y uno de diciembre
yo fuí feliz. Lo dejo dicho.

Si soledades, mausoleos,
insomnios, golpes, caídas, nichos,

ahora contengo un monte de oro
en el monte de mis oídos.

Villancicos, canciones, voces
de mujeres, de hombres, de niños.

En diciembre del año mil
novecientos sesenta, río

una risa sobre otra risa
como un himno sobre otro himno.

Por la creación, por la mujer,
por el hombre, la música, el niño,

y por el corazón del mundo
brindo mil veces, riendo, brindo

amando, a treinta y uno de
diciembre, amén, esto es magnífico.

La cabellera del amor
desde la nuca al infinito,

por las estrellas, por el tiempo,
las criaturas y los caminos,

por el viacrucis del humano
conocimiento, por el ruido

que hace la tierra respirando,
por la respiración del siglo

veinte, por el año mil
novecientos sesenta, río

a treinta y uno del invierno
con la música, amando, brindo

solo por mis habitaciones,
enorme, descompuesto, digo

que fuí feliz, que he sollozado
y que ahora lloro como un niño

(y no quisiera llorar, quisiera
comunicarlo, sí, decirlo)

y que te quiero, compañera,
igual que os quiero, padres míos,

hermanos míos, muertos buenos
amigos míos,

igual que os quiero rostros, voces,
ciudades, campos y caminos,

brindando un lloro por los seres
que han sufrido como he sufrido,

y los que sufrirán mañana, y los
que sufriremos, y lo brindo

en el cáliz del sufrimiento
donde el gozo parece vino,

amando, emborrachando un beso
con una lágrima en el pico,

y sobre el corazón del mundo,
yo, enorme, descompuesto, ahíto

de creación, de montes de oro
sobre montes de sacrificio,

crucificado sobre mí
muerdo al amor en un carrillo,

bebo la sangre del amor,
bebo lágrimas, bebo vino,

y soy feliz hasta caerme
cansado, roto, os amo y brindo.

Félix Grande
Poblado dirigido de Caño Roto
Madrid

FERNANDEZ DE OVIEDO Y LAS AMAZONAS

(De un libro en preparación.)

POR

CARLOS ALONSO DEL REAL

De la enorme masa de los cronistas de Indias hemos elegido a Fernández de Oviedo, y guiados por éste, a fray Gaspar de Carvajal. Las razones de tal selección son múltiples. Pero la fundamental es que Oviedo escribió una historia general y, por tanto, nos permite abarcar con una sola mirada todo el panorama. Además, aparece muy preocupado por el tema de las amazonas. En cuanto a Carvajal, como es bien sabido, fué testigo presencial del choque con mujeres guerreras, que dieron su nombre al río mayor del continente y del mundo, y nos transcribe la suma y la recapitulación de las fantasías indígenas sobre el asunto. En la imposibilidad de utilizar a todos los cronistas, ni siquiera a los más importantes, algo había que elegir.

I

Como mi compatriota habla muchas veces de amazonas y hay que seguir algún orden, seguiremos el mismo de su obra. La *Historia General y Natural de las Indias* debió de quedar terminada hacia 1549, pero no se publicó hasta más de trescientos años después. Aquí hemos empleado la excelente edición, cuidada por don Juan Pérez de Tudela, en cinco volúmenes, Madrid, 1959, dentro de la venerable Biblioteca de Autores Españoles. Las citas indicarán el libro y capítulo tal como los puso el autor y el volumen y página de la edición manejada.

Muy pronto empieza a hablar del tema, ya en el libro II, capítulo VIII (volumen 1.º, pág. 34). Pero ahí es para negar su existencia. No para negarla de un modo general, sino en un caso concreto. De ahí en adelante muchas veces. Vamos, pues, a los textos:

a) «Más al mediodía está Matinino, la cual han querido algunos decir que era poblada de amazonas..., se ha averiguado después que todo es falso... en cuanto a ser poblada de mujeres solamente, porque ni lo es ni se sabe que jamás lo fuese» (libro II, cap. VIII, vol. I, pág. 34).

b) El título y el capítulo XXXIII del libro VI (pág. 191) vale la pena de ser transcrito íntegro, y el capítulo que ocupa las páginas 191-3, transcrito casi íntegro:

Capítulo XXXIII: *De las mujeres que en las Indias viven en repú-*

blicas e son señoras sobre sí, a imitación de las amazonas; pónense aquí dos depósitos hasta que en la segunda parte de esta General Historia llegaremos a los propios lugares e provincias donde tales mujeres habitan, allí se dirá más copiosamente lo que en esto se ha de escrebir.

«Plino e Escolophyto fueron desterrados de su patria... llevando consigo gran multitud de mancebos. Se pasaron a par del río Termodonte... acostumbraban a robar a los vecinos los cuales los mataron. Las mujeres, viéndose desterradas e viudas, tomaron armas e haciendo la guerra... osaron hacer su república sin maridos. Después, para que no faltase su generación... comenzaron a lujuriar con los vecinos e si nacían varones matábanlos e a las hembras ejercitaban en su costumbre... en armas, caballos e caza... quemábanlas la teta derecha a tal que no les diese estorbo de tirar el arco, por lo cual llamáronlas amazonas... llegó su estado a ser muy grande.

Andando el Gobernador Jerónimo Dortal en la Tierra Firme, hallaron pueblos donde las mujeres son reinas o cacicas señoras absolutas, mandan e gobiernan ellas, no sus maridos, aunque los tengan, en especial una llamada Orocomay, que la obedecen más de treinta leguas..., muy amiga de los cristianos. E no se servía sino de mujeres, y en su pueblo y conversación no había hombres salvo los que ella mandaba llamar para mandarles alguna cosa o enviarles a la guerra.

Cuando el Capitán Nuño de Guzmán e su gente conquistaban Nueva Galicia tuvieron nuevas de una población de mujeres e luego las comenzaron a llamar amazonas. Anticipóse Cristóbal de Oñate a suplicar a Nuño de Guzmán que le hiciese merced de aquella empresa..., y en el camino fué muy mal herido y otros españoles escalabrados..., y no pasaron adelante.

Pidióle la empresa el maestro de campo Gonzalo López. Quiso después el mismo General ver a estas mujeres e llegados allí sin resistencia entraron por su grado en el pueblo donde viven, llamado Ciguatán (quiere decir pueblo de mujeres)..., diéronles muy bien de comer e todo lo necesario. Aquella república es de mil casas, muy ordenadas; súpose dellas mismas que los mancebos vienen cuatro meses al año...; se casan con ellas de prestado, no por más tiempo, sin ocuparse en más que las servir y contentar en lo que ellas les mandan...; cumplido el tiempo, ellos se vuelven a las tierras donde son naturales. Si quedan éstas preñadas, envían los hijos a sus padres e las hijas retiénenlas para aumentación de su república. Pero el propio nombre no es Ciguatán, como se dijo, sino Ciguatlán, que quiere decir pueblo de mujeres.

Me quise informar del mismo Nuño de Guzmán de esas mujeres...; es buen caballero y se le debe dar crédito; me dijo que es burla,

que no son amazonas, que él las halló casadas...; digo que ya podría ser que fuese en tiempo de esos sus allegamientos.»

c) «Una india tomó por los genitales a un bachiller llamado Herrera..., e si acaso no pasaban otros cristianos que lo socorrieran, la india lo matara» (lib. XVII, cap. XXIV, vol. II, pág. 161).

d) Capítulo X: *De ciertas provincias donde las mujeres gobiernan e mandan a los hombres e de la Reina Orocomay.*

«En aquellas provincias hallaron los cristianos, en muchas partes, pueblos donde las mujeres eran reinas e cacicas e señoras absolutas, e mandan e gobiernan e no sus maridos, aunque los tengan; en especial una llamada Orocomay, que la obedecían más de treinta leguas en torno de su pueblo, la cual fué muy amiga de los cristianos. E no se servía sino de mujeres, e en su pueblo y conversación no había hombres, salvo los que ella enviaba a llamar para les mandar alguna cosa o a la guerra» (lib. XXIV, cap. X, vol. II, págs. 418-19).

e) Capítulo XIV: *Cómo los indios dieron relación a los españoles de las amazonas o mujeres que señoran ciertas provincias por sí mismas, sin tener maridos ni hombres consigo.*

«Aquellos indios decían (aún los españoles antes deso traían la misma nueva) que sobre la mano izquierda de dicha sierra, donde se juntan los dos ríos, hay una nación de amazonas o mujeres que no tienen marido; en cierto tiempo del año van a ellas otra nación de hombres e tienen con ellas comunicación, se tornan después a su tierra; las cuales mujeres tenían mucho oro e plata, pero que lo habían de la gente llamada Choques. Del origen de las amazonas en su señorío, Justino, en la abreviación de Trogo Pompeyo, escribe largamente. Estos españoles, como su intento era ocurrir a lo principal e no dejar la mar por el arroyo, no curaron de ir a las mujeres» (lib. XXV, cap. XIV, vol. II, págs. 422-3).

f) Capítulo XXIX: *De la noticia que se hobo de ciertas mujeres que gobiernan e señorean un estado grande sin hombres, a las cuales los españoles impropiamente llamaron amazonas.*

«En el mismo tiempo supo el General, por información de indios, que cuando había entrado en aquel Nuevo Reino había dejado atrás, a mano derecha, una provincia que cae sobre el Río Grande de Santa Marta, de mujeres amazonas, que dicen se gobiernan por una mujer, señora de aquella tierra. Así, los cristianos las comenzaron a llamar amazonas, sin lo ser; porque aquellas que los antiguos llamaron amazonas fué porque, para ejercitar el arco y las flechas, siendo niñas, les cortaban o quemaban la teta derecha e les dejaban la siniestra para que pudiesen criar a las hijas...; en griego, *a* quiere decir *sin*, *mazo* quiere decir *teta*, y por esto amazona quiere decir sin teta.

Tornando a estotras..., en este capítulo se dirá lo que se pudo entender: cuanto a las amazonas que se dijo..., envió el General a su hermano con gentes de a caballo en su descubrimiento; en lo cual estuvo sesenta días y llegó hasta la provincia de aquellas mujeres, sin poder entrar a causa de las muchas aguas, aunque con caballos pensaban hacer algún fructo, si entraran; eran tan ásperas las sierras, que no pudieron hacer nada. Lo que se pudo saber por los indios que con ellas contratan es que aquella provincia en que están estas mujeres es pequeña y de poca tierra, y las mujeres son allí las señoras y las que mandan, y los hombres, los súbditos y los mandados. Llámase la señora de ellas Jarativa. Son los hombres que tienen sus esclavos, que ellas compran para su comunicación y conversación carnal. Son poca gente e tienen tierra caliente en la que viven; ellas son las que pelean, aunque eso dice el licenciado Gonzalo Jiménez que no lo cree, porque los indios lo cuentan de dos o tres maneras. Tienen oro encima de la tierra en joyas y debajo lo sacan de minas. Esto es lo que se pudo saber destas mujeres que los nuestros, por aquellas partes, llaman amazonas» (lib. XXVI, cap. XXIX, vol. III, pág. 122-4).

g) «Esta invención destas barras de oro para levantar las tetas es primor e usanza de las mujeres principales del golfo de Urabá, las cuales van a las batallas con sus maridos, e también cuando son señoras de la tierra mandan e capitanean su gente...; cuando las mujeres principales salen al campo, como no tienen caballos usan otra manera de caballería..., echadas en una hamaca, la cual va en un palo largo puesto sobre los hombros de indios, que van corriendo o medio trotando en galope» (lib. XXIX, cap. XXXVI, vol. III, pág. 313).

h) Capítulo XXXVI: *De la relación que le fué hecha al General de una isla poblada de mujeres.*

«Entre otras cosas que se contenían en la relación que aquel capitán llevó al General..., llevó relación de los señores de Ciguatán, que se afirmaba mucho haber una isla toda poblada de mujeres, sin varón alguno, e que en ciertos tiempos pasan de la tierra firme hombres, con los cuales ellas se juntan e las quedan preñadas. Si paren mujeres, las guardan; si hombres, los echan fuera...; decían que esta isla está a diez leguas de aquella provincia e que muchos dellos han ido allá e la han visto e que es muy rica de perlas e oro. Pero destas mujeres no da fe ningún cristiano, salvo aquellos indios de Ciguatán» (libro XXXIII, cap. XXXVI, vol. IV, pág. 172).

i) Capítulo VIII: *En que se tracta de la provincia e pueblo llamado Ciguatán, que los españoles llamaron amazonas.*

«Lo que aquí se dirá es e pienso yo e alguien afirma que es lo mismo de que tuvo noticia Hernando Cortés..., de la provincia de

Ciguatán, como ya se dijo en el libro XXXIII, capítulo XXXVI; pero allí hablan de isla e lo que ahora diré es de Tierra Firme, cerca de la otra mar. En nombre de lo uno e de lo otro es todo Ciguatán, de lo que se puede colegir que es grande provincia e señorío...; estando a la vista de la población hallaron cerca della gran número del género femenino en el camino, puestas aquellas mujeres, esperando a los españoles, vestidas de camisas blancas hasta los pies, plegadas por la garganta e muñecas. Allegándose Gonzalo López e su gente con mucho orden, tomaron todas tanto temor de los caballos, acordaron venir a paz e llevar a su pueblo a los españoles, e diéronles muy bien de comer.

Aquel pueblo es de hasta mil casas, e muy bien edificado e las calles en gentil concierto, asentado en lo mejor de la tierra e más fértil e apacible. Queriendo los españoles inquirir el modo de vivir estas mujeres, súpose que... (repite literalmente lo dicho antes). Vieron los españoles entre aquellas mujeres turquesas e esmeraldas; decíanles que había destas dos maneras de piedras muchas e muy buenas.

Pero porque dije de suso que el nombre de que tuvo noticia Cortés era Ciguatán, inquiriendo yo con más personas la materia..., hallé a Nuño de Guzmán...» (repite la negativa anterior) (lib. XXXIV, capítulo VIII, vol. IV, págs. 282-4).

Como las posteriores referencias de Fernández de Oviedo al tema de las amazonas están tomadas de fray Gaspar de Carvajal, cuya narración transcribe entera en el capítulo XXIV del libro L, volumen V, páginas 373-402, no hablamos aquí ahora de ello porque se tratará en el capítulo sobre fray Gaspar de Carvajal.

Es patente que varios textos son duplicados, sin variación alguna, y podemos eliminarlos. Reduciremos los textos a lo esencial en el desarrollo siguiente.

II

Por de pronto, sin mayor precisión geográfica, cronológica ni etnográfica, hay unas cuantas cosas muy claras y elementales. Vamos a verlas.

En primer lugar, desde bastante al principio de la obra, ya en relación con las mismas islas, incluso antes de llegar a Tierra Firme, se empieza a hablar de amazonas. Luego se averigua que no hay tal cosa. Y aquí viene bien preguntar: ¿por qué?

Se dirá, y con razón, que la idea de una isla poblada sólo por mujeres es antigua, y que precisamente entonces era una idea que estaba muy en el aire. Se era todavía lo suficientemente gótico, lo

bastante plateresco, para que viviese y operase el mundo imaginario de la época que solemos llamar otoño de la Edad Media. Las amazonas del horizonte caballeresco se imponían; baste pensar en las damas de la baraja francesa. Y al mismo tiempo se era ya bastante renacentista para que volviesen a entrar en línea las amazonas griegas y romanas, resucitando directamente de los antiguos textos. Aún flotaba en el aire algo de la crónica troyana, y ya todo quisque leía, por lo menos, a Justino y a Trogo. Así es. Pero ¿por qué se les ocurrió situarlo precisamente allí? Pues da la casualidad de que las poblaciones indígenas del área presentaban rasgos ginecocráticos evidentes y el estilo general de vida caía bastante en el área de lo que un histórico-cultural clásico, un «schmidtiano» de estricta observancia, llamaría ciclo neomatriarcal o cosa parecida.

En el segundo de los textos de menor importancia, el de la terrible india que a poco mata al infeliz bachiller Herrera, ya no es un «se dice», sino una experiencia real y, por lo visto, dolorosa. Pero al tiempo es algo mucho más modesto, una intervención eventual en una lucha extrema. No se habla de mujeres guerreras armadas y organizadas como las que verá luego Carvajal, ni menos de mujeres mandando, como las conocerá el propio Oviedo, sino de algo de una enorme crudeza, producto de una situación desesperada. No es posible generalizar.

Y basta ya de textos poco importantes, como eran estos que llevaban en nuestra transcripción anterior las letras *a)* y *c)*.

Continuando esta primera aproximación, vamos a los textos principales o, por lo menos, algo más importantes. Se puede muy bien formar con ellos tres grupos: el grupo Orocomay, el grupo Nueva Granada o Camino del Dorado y el grupo Ciguatán.

Los textos *b)*, en su parte central, y *d)* se refieren a Orocomay y no nos dan ningún motivo para dudar de la existencia de esta señora. El carácter agrícola de la región y su acogida amistosa a los cristianos contradicen todo lo acostumbrado en la saga, el mito y la ficción literaria o folklórica. La ausencia de los hombres, sin duda, se exagera y no sería tan total; pero es explicable en función de realidades etnográficas bien conocidas, como el matrimonio de visita o de servicio y las casas de solteras o de solteros. El hecho de que esto sea coherente con el aspecto general de aldeas y de agricultura de azada y la misma placidez con que habla de ello Oviedo le da un sabor de verdad indudable, así como la admisión de que no faltan del todo los hombres. La exageración en cuanto al terreno o en cuanto a la intensidad de la ginecocracia y de la separación son indudables exageraciones, pero no tienen por qué ser invenciones. El que las mujeres no vayan a la

guerra, pero envíen a los hombres, puede incluso ser completamente cierto. La etnografía y la misma Historia nos dan tantos ejemplos, que no hay por qué insistir. Salvo alguna exageración, y no mucha, todo esto parece verdad.

Algo más de fantasía hay en las andanzas ya más tierra adentro, las que nos cuentan los textos *e)* y *f)*. Es evidente que hemos entrado en la zona del Dorado y al mismo tiempo que las noticias son indirectas. Por lo demás, es evidente que ni a los hispano-alemanes de Jorge de Espira ni a los españoles de Jiménez de Quesada les interesó demasiado el asunto. Es de oro, como el que ellos buscaban, esta curiosa frase: «Estos españoles, como su intento era ocurrir a lo principal y no dejar la mar por el arroyo, no curaron de ir a las mujeres.» Se ve que eran más marxistas que psicoanalistas. Y ya en materia femenina pensaban que valdrían más las españolas que podían adquirir a la vuelta con el oro conquistado, que aquellas pobres indias. El país resultó más pequeño de lo que se pensaba, y el oro y las pedrerías no se obtenían en la propia tierra, sino que venían de otros indios. El acceso era difícil y los caballos no se manejaban bien en el terreno. No parece ningún azar la especie de evaporación que el tema de las amazonas experimenta para esa región en beneficio del tema del Dorado. Todos siguieron la prudencia de no dejar el mar por el arroyo. Por lo demás, no tiene nada de raro que por allí haya existido algo de matriarcado o incluso de ginecocracia o al menos de igualdad de derechos, y que por estas razones o en momentos de extrema urgencia combatiesen también las mujeres.

Vamos ahora a lo de Ciguatán. Hay algunas cosas poco importantes, como la exageración en cuanto a la riqueza y la discusión en torno al nombre o sobre si es isla o no. Pero hay algo muy curioso: por una parte, una descripción muy verosímil y precisa, casi científica, de una gran aldea agrícola matriarcal con matrimonio de visita; por otra, la reiterada negativa de Nuño de Guzmán. Pienso que el propio Oviedo da la explicación cabal de ello cuando al final del texto *b)* nos dice: «Nuño de Guzmán... las halló casadas...; digo que ya *podría ser que fuese en tiempo de esos sus allegamientos.*»

Ahora el texto principalísimo, el de la provincia de Las Cuevas, el texto que hemos llamado antes *g)*, es enormemente importante, por dos razones: una, se trata de algo realmente visto por el cronista, y otra, que es una muestra de cómo a un hombre de grandísima mollera las gafas de la erudición le impedían ver; es más, una de las cosas que le impedían ver era la mediocridad de las gafas mismas.

En efecto, él encontró una sociedad parcialmente ginecocrática; una sociedad en cuya clase dirigente hay derechos iguales y donde

las mujeres mandan en paz y en guerra igual que los hombres. ¿Será preciso recordar que las amazonas sármatas u oyorpatas de Herodoto eran algo así? Porque las oyorpatas de Herodoto no combatían sólo ellas, sino también los hombres, ni mandaban siempre las mujeres sobre los hombres, sino mandaba quien valía más. Es muy claro que aquí Oviedo encontró una situación muy parecida; pero como estaba encerrado en la falsa etimología sobre el pecho cortado, y aquellas belicosas y mandonas damas de Urabá, lejos de cortarse el pecho llevaban barras de oro para levantarlo, mi compatriota, otras veces tan agudo, aquí no ve ni gota. Y lo malo es que esto le pasa no por llevar gafas eruditas, sino por llevarlas muy malas. Porque los infalibles griegos que él cita a través de romanos de segunda o tercera mano y de cuarta o quinta clase, daban para la palabra amazonas varias etimologías distintas, cierto que todas falsas, pero, al menos, una de ellas era «con fuertes y grandes senos». Como las damas de Urabá, por tanto. Y esto lo habían conocido no ya quienes vivían en las más claras luces del Renacimiento, sino incluso en las más profundas tinieblas de los siglos oscuros, como San Isidoro.

III

Y ahora un poco de precisión, muy poco, porque éste no es un libro erudito, y ese poco de precisión, ¿acerca de qué y para qué?

Un poco de precisión geográfica y etnográfica. ¿Dónde estaban y quiénes podían ser esos pueblos? Tanto los pueblos donde segurísimamente había hechos que podemos interpretar como amazonismo, así, en el caso de Las Cuevas, como aquellos otros en que, aunque las cosas vengan deformadas, probablemente lo había —Orocomay, Ciguatán, acaso el camino del Dorado—, e incluso donde sólo se aproximaba, como la terrible india que a poco mata al bachiller, o incluso donde se supuso que lo había, aunque no lo hubiese, como las pequeñas islas citadas al principio.

Y esta precisión, ¿para qué? Para ver hasta qué punto es realidad o fantasía y hasta qué punto tales realidades o fantasías son explicables y para entender cómo y a partir de qué datos funcionaron aquí los curiosos mecanismos que vemos operar siempre en la tradición occidental surge más o menos real o posible amazonismo.

Seguiremos el mismo orden anterior.

En las Antillas, los rasgos matriarcales e incluso ginecocráticos no son inverosímiles. Cacicas se encontraban un poco en todas partes y también instituciones, como el matrimonio de visita. Ya nos hallemos en las zonas de expansión de los arahuacos o en zona caribe, tanto

los testimonios de los cronistas como la comparación etnográfica, nos hacen creer que eran muy posibles tales cosas. La isla de Matinino no estaría poblada sólo por amazonas; pero no se ve por qué no habría allí o en sus inmediaciones esas costumbres, que en la mente de los conquistadores se inscribían por fuerza en el marco tradicional del amazonismo. Se inscribirían con notoria exageración, pero exageración no es, sin más, mentira. Y menos aún en este caso.

En cuanto al pobre bachiller, es evidente que se trata de una situación extrema, y sería tiempo perdido averiguar a qué nación o tribu pertenecía aquella terrible india. Son cosas que ocurren en cualquier país y en cualquier época. Es difícil encontrar, incluso es muy difícil inventar, una sociedad más predominantemente masculina, más patriarcal o andriarcal que la del bajo feudalismo europeo; incluso su magnificación poética de la mujer indica lo mismo. Y, sin embargo, fué precisamente en esa sociedad donde existió Juana de Arco. Lo mismo puede decirse de la España del Antiguo Régimen y hubo una Agustina de Aragón. Dejemos, pues, de investigar ahí. Todos los pobres se parecen en no tener; todos los ignorantes, en no saber, y todos los desesperados, en morder.

En cuanto a Orocomay, recomiendo a las lectoras o lectores que se busquen un libro ya algo antiguo, pero tan bien hecho, que hoy mismo sigue siendo utilísimo. Es el tomo de América indígena con que el gran prehistoriador español don Luis Pericot abre la obra colectiva, dirigida por don Antonio Ballesteros y publicada en Barcelona con el título *Historia de América,* a partir de 1936, año en que se publicó precisamente ese primer tomo. Pues bien: ahí, en las páginas 165 y 167, vienen unos curiosos mapas en los que se ve que la zona explorada por Dortal, el reino, cacicato o lo que fuese de Orocomay, es justamente aquella zona en que se cruzan los rayados que en la cartografía allí empleada significan «cultura matriarcal libre» y «cultura totémica-patriarcal» (hoy diríamos «andriarcal»). He aquí un lugar donde uno encuentra, donde tiene que encontrar forzosamente, el tipo de cosas que nos describen en relación con Orocomay: el cultivo de maíz y mandioca, las aldeas, los matrimonios de visita y las casas de solteros, las mujeres mandando y la belicosidad de los hombres. Parece como si el bueno de Dortal hubiese leído con casi cuatro siglos de anticipación al padre Schmidt. Incluso el sonido de los nombres no es ni europeo (recordar los nombres «griegos» de las amazonas clásicas) ni quechúa o guaraní, sino, hasta para un inexperto en estas cosas como yo, caribe o arahuaco. Que es precisamente el tipo de lenguaje que debía de hablarse por aquí. Esta señora Orocomay tiene todos sus documentos en regla.

Para la historieta de Ciguatán, no hay que olvidar dónde nos hallamos. Ni hay que olvidar que el propio Oviedo hace una restricción muy inteligente a la negativa de Nuño de Guzmán. Estamos en Nueva Galicia, esto es, en la costa occidental de Méjico sobre el Pacífico; o como dice Oviedo, «el otro mar». Se nos cuenta que era una aldea grande, de unas mil casas, y que la gente iba vestida muy bien, con camisas blancas hasta los pies, plegadas en la garganta y en las muñecas. Si pensamos que es una zona de cultivo intensivo y de arte textil muy desarrollada, y en la periferia inmediata de una alta cultura, nada de todo esto resulta imposible, ni las aldeas grandes ni la gente bien vestida. Habrá acaso alguna exageración en este aspecto o en el de la riqueza agrícola, y ni aun en esto puede que sea mucho. Lo mismo en cuanto a la abundancia de alimentos. Sí, en cambio, en cuanto a la riqueza de oro y piedras preciosas. A cualquiera un poco familiarizado con los cronistas de Indias, esta falta de exageración en lo agrícola y alimenticio y esta delirante exageración en lo minero le resultan cosas muy conocidas.

El nombre, ya sea Ciguatán o Ciguatlán, tiene un indudable sabor utoazteca, precisamente la clase de lengua que podíamos esperar en esa región. Pues si la lengua, el tipo de poblamiento, el vestido, los cultivos y la alimentación e incluso la presencia de piedras preciosas (decimos la presencia, no la abundancia) son altamente verosímiles, ¿a qué viene la irrisión negativa de Nuño de Guzmán? ¿A qué viene la prudente observación de Oviedo sobre que de aquello no dan fe cristianos, sino sólo indios? ¿Y la confusión geográfica sobre si es isla o no y en qué parte está y su extensión? ¿Y las dudas sobre el nombre y sobre si es aldea o provincia? Parece que nos hallamos ante dos grupos de cosas distintas: hay, por una parte, algunos datos de los que nadie duda; es una aldea grande, un país rico, bien ordenado y donde la gente viste bien. Pero luego hay dos cosas sobre las que se duda: una confusión involuntaria o quizá voluntaria y una o varias exageraciones. La confusión —sobre el nombre, el lugar exacto, etc.— procede de los indios, y también un comienzo de la exageración: el convertir el matrimonio de visita en una separación radical de hombres y mujeres, o lo que dicen de la riqueza mineral. Estas confusiones o exageraciones pueden no ser del todo involuntarias. A nadie le extrañará, a poco hecho que esté a leer cronistas de Indias, ver la tendencia de los indios a deformar y exagerar las cosas cuando hablan de otro pueblo que no es el suyo. Esta tendencia, en parte, es natural a todos los hombres, y en parte tiene un sentido muy específico y curioso en estos casos. Un buen historiador mejicano de nuestros días habla de la táctica de los indios de defenderse señalando

con el dedo. Temiendo —no sin razón— ser despojados u oprimidos por los conquistadores, embarullaban las cosas inventando —o al menos exagerando— países raros, pueblos curiosos, grandes riquezas y señalando al conquistador con el dedo el camino hacia ellos con una vaguedad e imprecisión calculadas para ver si así lo alejaban de su país.

En este mismo conjunto de textos de Fernández de Oviedo es muy visible. Más aún en Gaspar de Carvajal. Si se nos permite salirnos por un momento de nuestro tema, recordaremos que en gran parte la fabulosa y fracasada aventura de la busca del Dorado se produjo por esta misma táctica de defensiva digital del indio. Entre esto, dificultades de lenguaje y la misma tendencia de todo explorador o descubridor a exagerar sus descubrimientos, y particularmente los aspectos más sorprendentes de ellos, nos explicamos tales aumentos de riqueza o de grado de ginecocracia. La negativa de Guzmán, basada en que él encontró a las indias casadas, creo que la interpretó perfectamente bien Fernández de Oviedo en virtud de lo que hoy llamaríamos un matrimonio de visita y lo que él llama «sus allegamientos».

En cuanto a las relaciones de la zona de acción de Espira y Quesada, esto es, el Nuevo Reino de Granada y lo que hemos llamado el camino del Dorado, las cosas se complican un tanto. No sólo porque los españoles no quisieron ir a las mujeres, y cuando quisieron no llegaron, a causa de las muchas aguas y lo áspero de la sierra, sino también por otras causas. La más importante es que luego en esa zona toda la mitología del Dorado se tragó por completo a la de las amazonas. Pero también es cierto que aquí el relato de Oviedo adolece de cierta confusión e imprecisión geográficas, a pesar de la curiosa apariencia de exactitud que le prestan las lecciones hechas por Diego de Montes, «cosmógrafo e hombre plático en el astrolabio», pero cuya «plática» sólo daba —al menos, según la cuenta Fernández de Oviedo— latitudes y no longitudes («a dos grados..., a un grado de la línea equinocial»). Unase a esto que, desde el punto de vista etnográfico y lingüístico, es una de las zonas más confusas de todo el continente, y añádase todavía que la irradiación de altas culturas o, al menos, de culturas medias (desde el Norte, los chibchas, y desde el Sur, los mismísimos incas) puede haber deslumbrado y despistado bastante. Con todo lo cual se comprenderá la enorme dificultad del asunto.

Hay, sin embargo, algunas cosas verosímiles. Seguimos en términos generales en el área de lenguas arahuacas y de culturas que combinan rasgos matriarcales y andriarcales, la abundancia de oro no es impo-

sible en esa región; al contrario. Baste pensar en el fabuloso Museo de Bogotá o en el tesoro Quimbaya, del Museo de Indias de Madrid, o en el ritual de la Laguna de Guatavita, que dió lugar al nacimiento de la leyenda del Dorado. Habría exageraciones, como siempre, y las noticias de los indios serían confusas, pero de todos modos queda un residuo altamente verosímil.

Para lo del golfo de Urabá nos hallamos en las tierras de los actuales Cuna, hoy mismo el pueblo más matriarcal y ginecocrático que existe. Y, por otra parte, el madrileño lo vió y lo describió muy bien; otra cosa es su lamentable error producido por las absurdas gafas etimológicas. Y lo que el madrileño vió podemos describirlo en términos científicos actuales de la siguiente manera: refracción de elementos de culturas relativamente altas y acaso lejanas irradiaciones de culturas realmente muy altas, en un medio lateral provinciano bárbaro de tradición neomatriarcal. Las culturas relativamente altas aludidas son las de lo que hoy llamamos Colombia, las muy altas América Central y Perú. Todo ello da lugar a una discordante forma de vida semiseñorial con fuertes huellas más primitivas. No parece haber lugar a dudas.

En todos los casos aquí vistos, los relatos indígenas e incluso las observaciones propias se hallan cruzados, como en diagonal, por la tendencia fantaseadora, exageradora y radicalizadora del conquistador y del cronista, por la táctica del dedo del indio y, en algunos casos —sobre todo en el propio Fernández de Oviedo—, por la pedantería seudogriega y por la obsesión etimológica. De todo esto nacen las exageraciones, las vaguedades geográficas, las discusiones sobre el nombre, etc. Si bien templado por cierto espíritu crítico y aún hipercrítico. Guzmán negó el matrimonio de visita, porque llegó en el tiempo de los allegamientos. Jiménez de Quesada no quiso creer que las mujeres también combatían, porque los indios lo contaban de distintas maneras. Esta templanza es a veces más discreta y como entre líneas. Citaremos algunos ejemplos: «No mandan los maridos, aunque los tengan.» «Mandan venir indios e los mandan a la guerra.» «Provincia pequeña e de poca gente.» «No pudieron hacer nada.» «Dicen los indios.» «Ningún cristiano, sino los indios». «Esto es todo lo que se pudo saber.» En algún momento brota una sonrisa irónica casi como en Herodoto: «Como su empeño era ir a lo principal y no dejar la mar por el arroyo..., no curaron de ir a las mujeres.»

Y el bueno de Oviedo, venga de decir que no son amazonas porque no se cortan el pecho. Y los indios, venga de señalar con el dedo: *por ahí se va al Dorado*, y entre unas y otras cosas nos armamos un lío espantoso.

IV

Y, sin embargo, se mueve.

Sin embargo, matrimonio de visita o de servicio había. Matriarcado y hasta ginecocracia había. Mujeres combatientes había.

Y funcionaba el curioso mecanismo psicológico que venimos arrastrando los occidentales desde el abuelo Herodoto. Observaciones en sí justas, noticias en último término verdaderas, observaciones exactas, se refractaban en la fantasía del lector de libros de caballerías, se reinterpretaban en función de los prejuicios eruditos, se trataban de ajustar al lecho procústeo del arquetipo clásico.

Así pasa siempre con las amazonas.

Septiembre, 1961

Carlos Alonso del Real y Ramos
Universidad de Santiago de Compostela
Galicia (España)

HOMBRE NUEVO

(Premio «Adonais» 1960)

POR

MARIANO ROLDAN

Cuatro poemas

1

Deseo la espada

No vine a traer la paz, sino la espada
San Mateo, 10, 34

No vengo aquí a pedir la paz,

(en la armonía del crepúsculo,
hombres orondos, confiados
como el gusano en su manzana),

sino la espada y su desnuda
celeridad, su verdadera,
natural forma de estar siendo:
sobre un puñado de infinito
seco cercén, y mucha savia,
y mucha vida derramándose,
bien encañada, como el trigo,
pero ofrecida en su sazón.

A esto llegué.
¡Con cuánto odio
os amo, hermanos de mi sangre,
huecos mugrones, locos vástagos,
que aún esperáis florecer!

Yo no os deseo la paz. La espada

(en el fecundo laboreo
hombres enteros, acechantes
como el latir del corazón)

bien conocéis cómo empuñarla,
el rancio hedor que la enmohece,
y su olvidada desnudez
que, desbordadamente, irrumpe
cantando abierta como un río:

«¡Desenterrad al hombre viejo,
ponedlo al sol, a los racimos
de la verdad!
¡Embriagadlo
de limpios aires y alegría
en el umbral de libertad!»

Esto os deseo.
Fija en mí,
quiero su hoja, su afilada
—que bien me saje—certidumbre,
tan siempre a punto de nacer...

2

Dos tiempos de guerra

Con cuatro años, cuatro miedos,
cuatro juguetes, y un asombro
grandón posado en tus pestañas,
tú no podías comprender,
cerrar la mano y tener preso
eso que siempre los mayores
silabeaban secretosos
por los rincones: «guerra», «esta
guerra cruel...»;
algunas veces
quisiste tú deletrear
la palabreja nueva, pero
con tantas erres no podías,
y entre burbujas de saliva
quedabas siempre derrotado.

Ahora son siete veces cuatro
los que cumpliste, noche a noche;
si tienes miedo es de ti mismo,
y no hay juguete alrededor;

pero también al pronunciar
—ya sí comprendes, ay, comprendes—
esa palabra que a tu infancia
torpilabial le hizo sufrir,
quedas herido entre las erres,
y espumajea tu saliva...

3

Lugar

La tierra es el lugar del amor
R. Frost

Cualquier lugar del universo
es buen lugar, pero la tierra
es el lugar para el amor
de cada día, de cada hombre,
de cada hoja, y cada ser.

Tú, loco pan, redondo canto,
tranquilo rostro que te muestras
sencillamente en el balcón;
tú, fresca uva, mano inmensa,
libre peonza en el espacio
de tu caliente rapidez,
...como una tela, desenróllate
y arróllate, en el alabeo
de mi palabra humedecida
por tu viejísima niñez,
y sean zumbeles estas sílabas
de tu hermosura.

Mira, aquí,
todo tu ajuar, todas tus cosas
desparramadas en la mesa,

para el banquete de los ojos,
que no se atreven a llegar.

Donde tu ser se arranca, existe,
—¡perdidos pasos de los pájaros!—
donde es posible tu hermandad,
donde frontera, donde altura,
donde soñar, permanecer,
donde alba, noche, flor y fruto,
donde es vivir saber cantar,
donde alegría en la belleza,
donde contento en el morir,
donde yo existo y he nacido,
tierra, bendigo tu avidez.

Todo va a más, todo se alza,
todo va en ti a su redondez.

Todo responde, bulle, crece,
todo camina hacia su luz.

Todas las cosas son la fiesta
en la que baila el existir.

Todas las cosas resplandecen
en evidencia y en verdad.

Hay un hervor, un movimiento,
una total renovación,
una fresquísima abundancia,
un insaciable verdecer,
que colma el seno de la tierra
en puro amor, en puro amor...

Cualquier lugar del universo
será un lugar bueno tal vez.
Pero en ti, tierra, somos vivos.
¡Enciéndanos tu eterno arder!

4

Calle por la noche

...estando ya mi casa sosegada
San Juan de la Cruz

Con el pisar de la alta noche,

(ruedan las doce menos cinco
sobre las losas de la acera),

voy acercándome hasta el sueño,
bien abrigado por las sombras,
que amarillean de faroles.

Rendí mi día.
Y al final
de todo el torpe forcejeo,
voy preguntándome si fué
llena o vacía mi jornada.

Calles desiertas.
Y el silencio...
Sólo algún taxi: deslumbrado
por el amor o por la muerte.
(Suenan mis pasos como si
no fuese yo el que los echara.)

Total, recuerdos.
(Y cantar.)
Un perro. Un viejo. Una manzana.
Gentes que pasan. Los periódicos.
Y un gran deseo de más vida
(la vida: ¡vida!, ¡vida!, ¡vida!)
casi atontándome de asombro.

Y ¿qué se hicieron tus proyectos?
Hoy, pobre alma, estás de pobre.
Has desahuciado muchas cosas.
Sólo a vivir quieres mudarte.

...Casi he llegado.
Ahora, será
todo,

(mecido, dulcemente,
entre los láudanos del sueño)

cuerpo dormido, lentos árboles,
traje desierto, astros girando...

...Sobre sus mundos, Dios, alerta...

Ya, mi hombre nuevo, sosegado.

Mariano Roldán
Avda. República Argentina, 4
Córdoba (España)

LA MUERTE VIRGEN

POR

RODOLFO AREVALO

—No, no tengo novia. ¿Para qué he de tenerla, si ha de morir de muerte horrible y fea?...

Ya sé que yo también he de morir. Pero en mí no importa: soy feo y calvo. A mí, cualquier muerte me cuadra.

Pero ¡ella!, ¡mi novia!... Hasta que no encuentre su muerte, no quiero tener ninguna.

Y buscó durante mucho tiempo una muerte. Encontró muchas. Pero ninguna era la que él buscaba.

Estudió todos los venenos: unos dilataban las pupilas; otros contorsionaban los cuerpos hasta dejarlos como guiñapos inertes; otros corrompían los tejidos.

Contempló cuidadosamente toda clase de dagas y aprendió a conocer los sitios más adecuados para herir; maldijo las humanitarias costumbres que no permiten asistir a las ejecuciones, y tuvo que contentarse con ver cómo izaban la bandera negra de la cárcel.

Buscó durante mucho tiempo un ahorcado, hasta que consiguió ver uno. Vió a todos los muertos de su pueblo. Y en todos había algo terrible, cruento o antiestético.

—No, aún no tengo novia. Sigo buscando su muerte y no la encuentro. ¿Para qué quiero una novia, si no sé cómo ha de morir?

Al fin decidió viajar y conocer otros países. Por todos iba preguntando a las gentes:

—¿Sabéis de una muerte para mi novia?

—¿Y cómo es tu novia?—le preguntaban.

Insistían:

—¡Dinos, primero, cómo es tu novia!

Aquí hemos tenido muchas clases de muertes. Algunos han muerto hundiéndose en arenas movedizas. A otros, en la guerra, una bala les abrió el cráneo como un capullo que florece. Hay quienes mueren de viejos. ¿Quieres alguna de estas muertes?

El dudó un instante, pensativo. Al final, preguntó si había alguno que se muriera de viejo.

—¿Podría verlo? Pero no, ¿para qué? Ella es joven. Esa muerte no le sirve.

—¡Ya envejecerá!

—No. Si envejeciera, no sería mi novia. Mi novia es virgen y es

joven. Quiero una muerte virgen para ella. No debe producir dolor ni ser fea ni vieja. ¿Comprendéis?

No, no lo comprendían.

—¡Esa novia no existe!

—Existe, pero no la he encontrado aún. Seguiré buscando.

Y reanudó su lento caminar por el mundo. Y como al volver a pasar por las mismas aldeas le salían al paso gritándole: «¡Ahí va el loco que busca una muerte virgen!», orillaba los pueblos y pasaba por los bosques y las praderas.

Una vez se detuvo para ver la muerte de un pájaro. Y fué como una prerrevelación.

Era un canario salvaje, de alas verdosas, pecho anaranjado y cabecita roja. Estaba encogido, agarrado con una sola pata a la rama, con todas sus plumas ahuecadas.

A su alrededor alborotaban otros pájaros, sacudiendo sus plumas. El sol rosaba las hojas, formándole como un dosel. Pero él ya era distinto a los demás. Había perdido su elegancia y alegría. Ya no era un pájaro.

Y al alba, cuando cayó al suelo desde la rama, estaba todo erizado, húmedo, con un velo azul en los ojos —¡qué párpados más fúnebres los de los pájaros!— y el pico entreabierto, por donde empezaban a entrar las hormigas.

Y así anduvo durante mucho tiempo. Hasta que un día, alborozado, regresó a su pueblo y sonreía.

—¿Por qué sonríes, amigo? ¿Has visto cosas interesantes por el mundo?

—No. Es que ya tengo novia. La encontré, por fin, con su muerte.

—¿Y cómo es tu novia, hermano?

—Pues verás: es difícil decirlo, porque no la veo con frecuencia. Sólo algunos días, y al atardecer.

Es como una garza real. Tiene la piel blanca y el pelo negro, y unos ojos azules que miran muy hondo desde lo hondo. Y es virgen.

—¿Y cuándo te casas?

—¿Casarme? No puedo casarme. ¿Cómo puede ser virgen una mujer que se casa? No, yo no puedo casarme. Entonces ella sería otra y yo no la querría. Y, además, ¿qué iba a hacer yo con su muerte? Es una muerte virgen, ¿sabes? Si me casara con ella tendría una muerte horrible y fea.

—Pero ¿dónde está tu novia? Queremos verla.

—¿No la veis? Cuando está, está siempre a mi lado.

Pero ya sé por qué no podéis verla. Vosotros no tenéis novias vírgenes, y los que las tenéis habéis de verlas morir de muerte horrible y fea.

La mía ha de morir pronto, porque no puede envejecer. Y no será preciso enterrarla.

Y él esperaba, acongojado, que viniera la muerte a arrebatarle su novia.

Entre tanto, la mimaba y procuraba fijarla en su mente. ¡Era tan huidiza!

Murió un día de otoño.

Sí. Fué una muerte virgen para su novia virgen.

Si yo tuviera una novia —había dicho en tiempos—, y la muerte hubiera de truncar sus días blancos, alzaría la mano para detenerla y pediría una muerte virgen para mi novia virgen.

Y aquí estaba ya, hermosa y triste. Una muerte diáfana y clara para su virgen, delicada y brillante como el ampo de la nieve. Ni tiros que agujerean la piel y astillan los huesos, ni sogas que pintan muecas de sangre congestionada y proyectan al aire los ojos y la lengua, ni cuchillos que abren manantiales de sangre y vísceras. No. Murió desnuda, cayendo desde lo alto, como una garza que fuese a volar habiendo perdido las alas. Salida del azul del cielo para volver a él sin el peso, aun leve, de su carne. Desnuda, para que al caer no se arremolinen obscenamente sus vestidos, para que la belleza de su cuerpo y la blancura inmaculada de su carne no se manchen.

Quedó el cuerpo intacto sobre el suelo limpio, liso, de piedra y asfalto, no de mármol rojo y negro. Era un suelo recién lavado, de amanecer. Fué una caída blanda, como la del copo de nieve, que se deshace y fenece, no del golpe, sino del calor de la tierra.

Se le partió el corazón de henchimiento y se ruborizó toda su carne, no de vergüenza, sino de la alegría de su morir.

Desnuda, entera, blanca, para que todos la viesen morir sin artificios. Y al verla así, muerta, extendida, larga y blanca, le dijeran ¡hermosa! sin deseos de carne.

Había hormigas y pájaros muertos a su alrededor y algunas hojas amarillas y crujientes. El se puso de rodillas a su lado para que no se acercara el hombre, el único ser que la hubiera podido manchar.

Y lloró. Lloró durante muchos años, hasta que la paz volvió a llenar su corazón.

Sabía que no le era dado tener otra novia así. Las demás no valían la pena. ¡El la había tenido!

—¿Y tu novia?—le preguntaban, de vez en cuando, burlones, en el pueblo.

—Murió una tarde de otoño y su cuerpo no se corrompió, porque para ella la muerte no era un castigo: ¡que era virgen!

Ya no volvió a tener novia. ¿Para qué?

Le llamaban el loco, pero él sabía que era envidia de oscuros corazones, porque sus novias tenían que morir de muerte horrible y fea.

Ya no volvió a tener novia.

Murió, como loco, sonriendo. Lo echaron a la fosa común, porque no tenía quien costeara su tierra. Y se corrompió.

Rodolfo Arévalo
Calle Caligny, 21
El Havre (Francia)

LA CONFERENCIA DE PUNTA DEL ESTE Y EL FUTURO DE HISPANOAMERICA

POR

FERNANDO MURILLO RUBIERA

Sólo después de pasado algún tiempo se podrá saber si la reunión económica interamericana de Punta del Este constituye en verdad un punto de partida y la inauguración de una nueva etapa en el desarrollo de los pueblos americanos. Es necesario ser prudente al analizar lo que en aquella ocasión se ha decidido, porque las circunstancias por las que atraviesa este conjunto de países son extraordinariamente difíciles y porque precisamente los textos emanados de esta Conferencia implican el compromiso de introducir serias reformas en todos los aspectos de la economía americana. En todo caso, la Conferencia de Punta del Este *puede* y *debe* pasar a la historia simbolizando el momento en que América —o, si se quiere, las dos Américas—, encarándose con su futuro, ha tomado fuerzas para dar una respuesta adecuada a las exigencias del tiempo en que vive.

Pero nunca se subrayará bastante, con objeto de eliminar de antemano cualquier fácil optimismo, que en el camino que parece emprenderse se va a apreciar con toda fuerza la resistencia que ofrece a los cambios de estructura tanto la inercia del tiempo pasado como los intereses creados por los detentadores del poder político o económico. Es indudable que Hispanoamérica tenía que tomar decisiones. Todos los que han estudiado el fenómeno hispanoamericano traen a colación a este respecto la presión ejercida por la explosión demográfica de los pueblos situados en aquel continente, de Río Grande para abajo. Se ha señalado en ellos un ritmo de crecimiento medio anual que se sitúa entre los más altos del goblo —un 2,6 por 100—, y este potencial humano, lejos de impulsar la productividad de los países, viene, en virtud de las modalidades estructurales de éstos, a aumentar la pobreza y el desequilibrio, y, por ende, a dificultar considerablemente la aplicación de soluciones que se reclaman con urgencia. La agricultura ocupa a la mayor parte de la población; pero esta población agraria, perdida en la inmensidad de la geografía, forma, en términos generales, una gran masa aislada, sumergida en la miseria corporal y el analfabetismo. La explotación del campo, pese a algunos adelantos experimentados en los últimos años, es todavía irracional, y en muchos países perduran aún formas de adscripción del hombre a la tierra. La mecanización del campo es prácticamente inexistente si consideramos en su totalidad la

situación en el agro. Todo ello determina un bajo índice de productividad. En las ciudades, en donde se asiste a un crecimiento desordenado, producto en gran parte del éxodo rural, se viene ampliando el estrato medio y engrosando el proletariado industrial. El proceso de industrialización se inicia en los países hispanoamericanos, más o menos, por los años de la primera guerra mundial, y se ha acelerado a partir de los años cuarenta. Pero está muy lejos de alcanzar el nivel necesario para una transformación de la economía.

La estructura económica de estos países, como es bien sabido, se basa en la explotación preferente de un solo producto. Esto ha sido un factor importante de desequilibrio y de inseguridad. La balanza de pagos de estos países ha dependido de la fluctuación en el mercado mundial de los precios de esos productos, y las oscilaciones producidas en aquel mercado acarreaban inevitablemente no sólo la inseguridad de la mayor parte de su población, sino también la de todo el desarrollo de la economía nacional.

De este penoso estado de cosas y de sus graves consecuencias han tomado conciencia los sectores pensantes de los pueblos hispanoamericanos. De una manera más o menos consciente se ha difundido la convicción de que era necesario proceder a una revisión estructural profunda que emancipara a estos países de su dependencia respecto de las exportaciones y de la limitación de economías basadas en el monocultivo. Pero el afán de revisión no se refería, naturalmente, con carácter exclusivo a la economía. Las modalidades de ésta determinaban una peculiar estructura social, y estas peculiaridades socioeconómicas se vinculaban a su vez con la existencia de una oligarquía del poder que, por su escasa responsabilidad social y su egoísmo de clase privilegiada, impedía todo cambio hacia una situación de mayor libertad y fomentaba la corrupción y la tiranía. Esta toma de conciencia es lo que nosotros significamos cuando hablamos de que América busca su camino.

Que con esta toma de conciencia se haya asistido a una creciente hostilidad en el hombre hispanoamericano contra los Estados Unidos no es, como es notorio, una coincidencia casual. Al poderoso vecino del Norte se acusa del olvido, de la ignorancia y de la explotación del resto de los países americanos. Es cierto que en muchas ocasiones la pasión que se pone en estos reproches impide la reflexión sobre la parte existente de responsabilidad nacional en el atraso y la injusticia que se sufre. También hay que señalar que muchos de esos reproches son injustificados y proceden más de un resentimiento hacia el poderoso y de una disposición psicológica que de un examen sereno de la realidad. Pero nadie podría negar que sobre la historia reciente de estos pueblos

ha gravitado de manera perjudicial y decisiva la forma como los Estados Unidos han orientado sus relaciones con los países americanos de habla hispana. Esto quiere decir que a la hora de acometer con plena conciencia la tarea de poner a los pueblos americanos en el camino de levantarse hacia una situación de orden y de prosperidad, es necesario modificar tanto las bases estructurales de éstos como las relaciones entre la América poderosa y la América necesitada. No se trata ya del bien propio de aquel hemisferio, sino del porvenir de la propia civilización occidental. Recordaba Adley E. Stevenson que con ocasión de su estancia en Buenos Aires oyó en un brindis estas palabras: «El equilibrio entre el Este y el Oeste es precario. América latina y Africa pueden inclinar la balanza», y añadía que no podía olvidar estas palabras. Y es que, en rigor, lo que ocurre en América no es otra cosa que una manifestación de esta verdad clave de nuestro tiempo: que el mañana internacional no está determinado por las relaciones de poder entre las grandes potencias —o superpotencias—, sino por los factores que impulsan a los pueblos en trance de desarrollo.

Hispanoamérica en los planes de ayuda exterior de los Estados Unidos

Nada menos que esto es lo que existía en el fondo de la Conferencia de Punta del Este. Por eso no puede extrañar que durante la campaña electoral que llevó a la Presidencia de los Estados Unidos al candidato demócrata John F. Kennedy la preocupación por la situación existente en el resto del continente adquiriese un relieve mucho mayor que cuando, en otras ocasiones similares, años atrás, el pueblo norteamericano se enfrentaba con la posibilidad de un cambio de Administración. Tanto Nixon como su contrincante hubieron de poner en el primer plano de sus programas políticos el propósito de inaugurar una nueva etapa en sus relaciones con los países hispanoamericanos. Se suele citar el fracaso, hace tres años, del viaje del entonces vicepresidente Nixon como el momento en que la Casa Blanca despertó de forma no grata ante una realidad que era ya imposible desconocer. En cualquier caso fué entonces bien evidente que entre las dos Américas existía un mar de incomprensiones y que esa hostilidad hacia la República del Norte no reconocía fronteras, era una corriente de opinión de dimensión continental que podía ser —y ya lo era desde el comienzo de la guerra fría en 1947— explotada y dirigida por Moscú para servir a sus propios fines.

La estabilidad económica y social de Hispanoamérica requería la ayuda exterior. Muy cerca de donde se dejaban sentir dramáticas necesidades estaba el espectacular crecimiento de los Estados Unidos. Sin

embargo, éstos, que se habían fijado desde hacía mucho tiempo en Hispanoamérica como una tierra pródiga en primeras materias y campo apropiado para la explotación de unas riquezas cuyos beneficios no revertían sobre las poblaciones de aquellos países, contribuyeron a la perduración de un estado de cosas que sólo podía conducir a la tensión actual. Es cierto que los Estados Unidos han prestado a partir de la segunda guerra mundial un gran servicio a la humanidad por medio de sus ayudas para el exterior, pero Hispanoamérica ha sido lamentablemente postergada. Basta recordar, como ha hecho una pluma norteamericana, que, sumando el importe de la ayuda proporcionada a dos naciones comunistas —Yugoslavia y Polonia—, los Estados Unidos han concedido a estos regímenes rojos un equivalente del 70 por 100 de la ayuda suministrada al bloque de los países hispanoamericanos. A fines de 1960 la ayuda total a Hispanoamérica sólo alcanzaba a superar levemente 4.000 millones de dólares, de los cuales 3.119 fueron para América del Sur, 472,9 para la América Central y 468,4 para Méjico. En contraste con esto, Yugoslavia recibió para ella sola 2.132,8 millones, y Polonia, 508,7 millones. Si se toman en consideración las cifras de millones de dólares que fueron a otras zonas del globo, ciertamente muy necesitadas y de gran valor estratégico, nos encontramos con que, por ejemplo, para el Extremo Oriente y el Sudeste asiático los Estados Unidos facilitaron 10.053,3 millones de dólares; para los países del Oriente Medio, 5.262,9 millones, y para Africa, 739,9 millones de dólares. Durante el año fiscal 1959-60, según cálculos de *The Economist,* la ayuda norteamericana alcanzó los 3.500 millones de dólares, de los que 2.140 fueron a Asia (710 a la India solamente), 320 a Africa y 400 a Iberoamérica. Pero recientemente se ha recordado que la desproporción se hace todavía más evidente si se considera que en el trienio 1957-59 Asia recibía el 73 por 100 de un total de 1.970 millones de dólares en forma de donaciones, y sólo el 27 por 100 con carácter de préstamo, en tanto que en Hispanoamérica la diferenciación era al contrario: las donaciones representaban el 27 por 100 de una ayuda global de 590 millones, mientras que el 73 por 100 correspondía a préstamos.

Nada tiene de particular, por tanto, que cuando en septiembre de 1960, y ante los representantes de 21 países americanos, el señor Douglas Dillon, entonces subsecretario de Estado, presentó un plan para remediar la situación social hispanoamericana en el que se daba la cifra de 500 millones de dólares como un primer paso para una ayuda a largo plazo, que se elevaría solamente a unos 3.000 millones de dólares en cinco años, fuese sometido a duras críticas. Entonces Cuba se lanzó a fijar la cifra de 30.000 millones de dólares como la necesaria para acometer un programa de desarrollo. Los Estados Unidos consideraron

utópica esta cifra, y, sin embargo, en la Conferencia de Punta del Este el importe de la ayuda norteamericana se ha acercado bastante a lo que entonces, ciertamente por pura demagogia y con afán de reto, puso sobre el tapete el Gobierno de La Habana.

La actitud de la Administración Kennedy

El más joven de los presidentes norteamericanos tuvo, pues, que enfrentarse con un duro problema. Los poderosos Estados Unidos tenían que dar una respuesta a este estado de cosas, sobre todo cuando, dada la conmoción de la instauración de un régimen marxista en Cuba, Hispanoamérica esperaba ansiosa conocer lo que la nueva Administración de los Estados Unidos estaba dispuesta a hacer. El hecho de que el Presidente Kennedy se rodeara de un flamante equipo de asesores científicos procedente de la prestigiosa Universidad de Harvard, hizo temer a muchos que el utopismo iba a presidir la acción del Gobierno norteamericano. Y, en efecto, algo así ocurrió. El Gobierno demócrata dió nacimiento a un equipo con la misión de acometer la elaboración y estudio de unos proyectos económicos y sociales como respuesta a los problemas hispanoamericanos que debían encauzar la política a seguir durante los próximos cuatro años. El primer fracaso de esto se produjo en el seno mismo de la Administración norteamericana, porque como este equipo de especialistas y científicos mantenía su comunicación directa con el Presidente sin utilizar la vía normal administrativa del Departamento de Estado, produjo un efecto desagradable y desmoralizador en los funcionarios profesionales de este Departamento. Pero es que, además, el *Food for Peace Plan* elaborado tomaba en cuenta con recusable simplismo solamente el aspecto de la alimentación, por lo que fué duramente criticado desde los países hispanoamericanos y muy especialmente desde Méjico y Argentina. La situación existente en Hispanoamérica requería una consideración más global y la preparación de un plan más profundo y completo que tocara todos los aspectos relativos al desarrollo económico y social y muy especialmente a la estabilización de los precios de las materias primas, a las modalidades de inversiones de capital, así público como privado, y a todo el desenvolvimiento del comercio exterior. Esto determinó que la Administración norteamericana, con rapidez acertada, se dispusiera a dar un cambio brusco en su orientación. Fruto de esta vuelta a la realidad fué el discurso de 13 de marzo del Presidente Kennedy en el que anunció su programa «Alianza para el Progreso», para el que había actuado como asesor el economista Adolf Berle, recién regresado de un viaje por Suramérica. El nuevo programa des-

cansaba en dos principios esenciales: 1) atención preferente a Hispanoamérica dentro de los planes de ayuda al exterior; 2) concesión de una ayuda masiva y sustancial a Hispanoamérica a largo plazo, pero sobre la base de que los países hispanoamericanos se dispusieran a introducir reformas esenciales en sus estructuras económicas y sociales. El 14 de abril el Presidente Kennedy, en un nuevo discurso pronunciado en el Salón de las Américas de la Unión Panamericana de Washington, invitó a los gobiernos hispanoamericanos para que consideraran el programa «Alianza para el Progreso» en una reunión extraordinaria del Consejo Interamericano Económico y Social de la OEA. Los Estados Unidos estaban dispuestos a realizar un *experiment in helping Latin Americans to help themselves.*

La Conferencia

La Conferencia económica de Punta del Este inició sus trabajos el 5 de agosto, que terminaron el 17 del mismo mes con la firma de la Carta de aquel nombre. El órgano que se reunía, a invitación del Gobierno del Uruguay, en una de las más bellas playas de moda de la costa suratlántica, era el Consejo Interamericano Económico y Social (CIES) uno de los tres órganos técnicos y asesores del Consejo de la Organización de los Estado americanos, siendo los otros dos el Consejo Interamericano de Jurisconsultos (CIJ) y el Consejo Interamericano Cultural (CIC). La finalidad del CIES es, según el artículo 63 de la Carta de Bogotá, «promover el bienestar económico y social de los países americanos, mediante la cooperación efectiva entre ellos para el mejor aprovechamiento de sus recursos naturales, su desarrollo agrícola e industrial y la elevación del nivel de vida de sus pueblos». Ahora bien, desde hacía algún tiempo se venía hablando de la necesidad de «reforzar las facultades y funciones del Consejo». Esto se debía al hecho de que dentro del campo económico y social que le es propio, su importancia o prestigio había disminuído en la medida en que había aumentado el de la Comisión Económica para la América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL), fenómeno al que no es ajena la autoridad de que goza el Secretario ejecutivo de ésta, el famoso economista argentino Raúl Prebitsch. De este modo, el CIES fué derivando desde su creación hacia un papel de segundo orden, que descansaba en los trabajos más técnicos desarrollados por la CEPAL, incluso en materia tan específica suya como la integración económica regional, como se puso de manifiesto en la Resolución XL de la Conferencia Interamericana de Buenos Aires (septiembre de 1957) por la que se encargó al CIES que coordinara sus actividades con las de

la CEPAL «para evitar duplicación de tareas y gastos, así como la dispersión de esfuerzos», y diese a conocer a la Comisión de las Naciones Unidas «los puntos de vista expresados por los distintos países en esta Conferencia respecto a la idea del mercado regional latinoamericano». La orientación que pedía una reforma del CIES tuvo probablemente su máxima expresión en la propuesta de la República Argentina presentada en la VII Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores (San José de Costa Rica, 1960) por la que se propugnaba, aunque sin eliminar el CIES, la creación de un organismo independiente dentro del marco de la OEA, que adoptara una estructura similar a la OECD europea. Esta propuesta argentina no prosperó, pero sí impulsó la reforma del CIES para dotarlo del carácter de un organismo técnico que debería reunirse dos veces cada año. La primera reunión lo sería de los expertos y técnicos, y la segunda, que se celebraría a continuación, tendría un nivel ministerial con funciones de decisión sobre los proyectos elaborados por la reunión técnica preparatoria y de estudio.

En Punta del Este se ha reunido, pues, por primera vez, el CIES reformado: del 31 de julio al 4 de agosto se celebró la reunión técnica y del 5 al 17 de agosto la de los ministros de Economía y Finanzas. Es a esta última a la que preferentemente nos referimos aquí.

Desarrollo de la Conferencia

Cuatro Comisiones se ocuparon del estudio y consideración de los puntos del temario, que luego se reflejaron en otros tantos títulos del texto de la Carta. Las cuatro Comisiones fueron estas: 1) Desarrollo económico y social; 2) Integración económica; 3) Productos básicos de exportación, y 4) La opinión pública y la «Alianza para el Progreso».

Dados los antecedentes que determinaron la convocatoria de la Conferencia, era natural que las dos *vedettes* de ella fueran el Secretario del Tesoro de los Estados Unidos, Douglas Dillon —a quien ya vimos en la Conferencia económica de Bogotá, en septiembre de 1960, avanzando un plan de ayuda de 500 millones de dólares—, y el Ministro de Industria de Cuba, primer asesor económico del régimen comunista de Castro, Ernesto «Ché» Guevara. En efecto, la tensión entre los Estados Unidos y Cuba palpitaba en el fondo de la Conferencia y, sobre ella, como se escribía por aquellos días por los observadores norteamericanos, se proyectaba la sombra de Fidel Castro. Sin embargo, y pese a las intervenciones demagógicas de «Ché» Guevara, no hubo estridencias, y la disidencia del delegado cubano, único no firmante de la Carta, se mantuvo dentro de un tono que puede ser

calificado de mesurado. Parece presumible que de Washington y La Habana hubo consignas en el sentido de no provocar un choque frontal que diera al traste con la Conferencia. Incluso se celebraron, al margen de los debates oficiales, conversaciones privadas y secretas entre «Ché» Guevara y un consejero del Presidente Kennedy, lo que llevó a algunos comentaristas a considerar la posibilidad de un nuevo tanteo entre los Estados Unidos y Cuba.

La delegación cubana participó activamente en las deliberaciones. Presentó una serie de proyectos, algunos de los cuales fueron aceptados y otros enmendados o rechazados. Pero esta intervención cubana, aunque dirigida siempre a atacar el plan de ayuda norteamericano, no malogró que, en líneas generales y sobre todo en el espíritu de la Conferencia, predominase la voluntad de entendimiento entre Hispanoamérica y los Estados Unidos para encontrar soluciones a los problemas económicos y sociales del Continente y a los de las relaciones interamericanas. Por su parte, Dillon manifestó de manera explícita que él estaba allí para tratar de las cuestiones relativas al desarrollo americano.

Esto no obstante, la delegación norteamericana adoleció en sus propuestas de vaguedad al encararse con los puntos capitales relativos a la estabilidad futura de la economía de los países hispanoamericanos, y se inclinó más a la formulación de principios orientadores que a la adopción de concretas medidas técnicas de realización inmediata. Esta postura viene determinada, a nuestro juicio, por unas cuantas razones entre las que cabría señalar: que esta reunión económica era la primera en que con un nuevo espíritu se abordaban los problemas todos del desarrollo económico y de las modificaciones estructurales inherentes a ese desarrollo; que los datos o informaciones recogidos, aunque han hecho avanzar en el conocimiento de tan complejas realidades, no son todavía completos; que la inseguridad política —ejemplo, el Brasil— introduce elementos incontrolables que necesariamente inciden sobre un plan que exige gran seriedad y garantía por parte de las Administraciones públicas; y que nada permite asegurar la colaboración de los sectores económicos poderosos de los países —recuérdese la hostilidad de los grupos financieros industriales argentinos contra la Operación Panamericana iniciada por Kubitschek— a una radical transformación estructural de base, que es absolutamente indispensable para poner a América en camino de levantarse. Una ayuda exterior sustancial es imprescindible, pero no es eso todo. Los Estados Unidos saben eso, y de aquí que siempre, incluso en los discursos más favorables del Presidente Kennedy, sea apreciable un recelo.

Pero no menos cierto que todo esto lo es también que por parte de

Hispanoamérica hay un similar movimiento de inseguridad con respecto a los Estados Unidos, y que para superarlo es muy conveniente que éstos adopten una postura clara frente a puntos concretos de gran importancia y demuestren con ello que la preocupación por alcanzar en la América menos desarrollada un nivel de equilibrio y prosperidad es más fuerte que la defensa de los intereses comerciales y financieros de los norteamericanos.

Problemas y recomendaciones

En orden a la planeación del desarrollo económico y social y teniendo como objetivo una tasa anual de crecimiento del ingreso *per capita* del 2,5 por 100 o más, el temario del CIES se proponía impulsar un aumento importante y continuo en la productividad agrícola, el mantenimiento de precios razonablemente estables y la distribución más equitativa del ingreso. Estas metas requerían, por una parte, una movilización y estímulo de los recursos internos —desde la reforma agraria hasta la modificación del sistema legal y fiscal, pasando por la adopción de medidas eficaces de política sanitaria, de vivienda y de educación— y, por otra, la utilización de recursos financieros externos, no aplicados a un solo sector, sino teniendo un criterio flexible y equilibrado para asignar esos recursos, tanto a inversiones para consumo como a inversiones para producción o a inversiones agrícolas, lo mismo que a inversiones industriales.

El punto segundo del temario estuvo dedicado a la integración económica regional. Aquí se reconoció por los delegados que esa integración debía tener muy en cuenta la diversidad de los distintos índices de desarrollo correspondientes a países muy lejos de presentar homogeneidad a este respecto. Con objeto de dar un mayor ritmo al proceso de liberación del comercio dentro del conjunto hispanoamericano, se sugirieron unas cuantas medidas de política comercial, como, por ejemplo, la determinación de los productos que serían incorporados al programa de liberación y del régimen de reducción de gravámenes y restricciones que afecten a los productos que sean objeto de dicha incorporación. Al propio tiempo, teniendo en cuenta el avance independiente de la integración económica centroamericana y de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio se propugnaba el establecimiento de vinculaciones entre ambos grupos, así como entre los países individuales para poder abordar las dificultades de una integración total, que en cualquier caso requeriría una financiación externa, dentro de la cual se debería conceder preferencia a las zonas más atrasadas.

En cuanto a los problemas planteados por el intercambio comercial

y la estabilización de los productos de exportación, la Conferencia examinó las posibilidades de mercado de esos productos base. Se recomendaba la eliminación de prácticas limitativas de la exportación que tuvieran repercusión en los precios y además que los grupos iberoamericanos pudieran ser oídos antes de que se adoptasen medidas que pudieran afectar a sus intereses comerciales. El punto esencial de la inestabilidad de los precios motivó recomendaciones tendentes a la adopción de medidas eficaces para reducir las fluctuaciones de los mercados, establecer orden en la oferta de productos agrícolas estacionales y eliminar políticas unilaterales de regulación como las que hasta ahora han tenido un efecto tan perjudicial y han sido factor permanente de inseguridad.

Este último orden de cuestiones era de la mayor importancia porque puestos a ayudar a estas economías y sin minusvalorar la importancia de la ayuda exterior, siempre necesaria y que ha de ser de gran volumen, es indudable que conservan siempre un primer rango y responden además a una política de mayor dignidad y estímulo, todas aquellas medidas encaminadas a respetar las condiciones comerciales derivadas de la estructura económica de los países. La oscilación de unos centavos en el precio de los productos básicos —como se puede recordar en los casos del azúcar cubano o del café colombiano o brasileño— determinaba una reducción en los ingresos que de ninguna manera podía ser paliada en sus efectos desastrosos con la ayuda del exterior.

Es en este punto donde probablemente ha causado peor efecto la falta de decisión de los Estados Unidos. Porque si éstos, por ejemplo, respecto al café, se han manifestado inclinados a elaborar un acuerdo completamente nuevo, con el fin de establecer armonía entre el índice de producción y el índice del consumo real, en el que, además de procurar la participación de otros países consumidores, la participación norteamericana «ayudaría a hacer el sistema de contingentes de exportación más efectivo», todo ello es algo muy distinto al compromiso de sostener los precios, poniéndolo fuera de las fluctuaciones recurrentes de los mercados.

Mayor indeterminación ha existido todavía en lo que se refiere al estaño, puesto que si los Estados Unidos han explicado su propósito de discutir próximamente con el Consejo del Estaño «las condiciones de una eventual adhesión de los Estados Unidos al acuerdo mundial sobre el estaño», no se han desmentido aquellos informes que anuncian que por parte norteamericana se piensa en una liberación de sus grandes *stocks* de amortización, lo cual provocaría una baja fulminante y catastrófica de las exportaciones bolivianas, como cuando en 1958 la

Unión Soviética, al dar entrada en el mercado a miles de toneladas de estaño, determinó un descenso brutal de las exportaciones de Bolivia, que acarreó a este país una pérdida de veinte millones de dólares.

Dentro de un programa realista de desarrollo hispanoamericano, es necesario considerar la ampliación de sus mercados para los productos de exportación. Por esto es por lo que ha suscitado tantos recelos el régimen preferencial para Europa que entraña la aplicación del Tratado del Mercado Común y la incorporación al mismo de los países africanos vinculados a la pequeña Europa —por cierto en trance de dejar de serlo—. Al tratarse de esta cuestión, Los Estados Unidos anunciaron que habían iniciado gestiones cerca de la Comunidad Económica Europea para que ésta suprimiera el régimen de preferencias aduaneras de que se benefician las economías del ultramar africano, así como estaban dispuestos a facilitar esa supresión mediante la concesión de un apoyo financiero, de lo que se había informado convenientemente a la CEE, si bien en Punta del Este no se dieron mayores precisiones sobre el particular.

Pero con ser todo esto muy importante, donde probablemente los pueblos hispanoamericanos desearían ver un propósito claro, sin mezcla alguna de vaguedad, es en lo que se refiere a la consecuencia con que los Estados Unidos, que tan sin rodeos han declarado por boca de su Presidente que su ayuda será dirigida, no a aquellos países más necesitados, sino a los que den pruebas de estar dispuestos a introducir mejoras institucionales y reformas esenciales que afecten a sus clases dirigentes, van a proceder con relación a los poderosos y hasta ahora privilegiados intereses financieros y comerciales norteamericanos. La misma proporción de seriedad y de rigor que exigen a los Estados hispanoamericanos, tienen éstos derecho a exigir a los Estados Unidos. Y es más que probable que, para echar a andar, la severidad consigo mismo sea muy aconsejable, porque por lo pronto servirá para deshacer muchos recelos contra los norteamericanos. En otras palabras, es preciso saber hasta dónde los Estados Unidos están dispuestos a llegar, predicando con el ejemplo, para estimular el desarrollo social sin caer en el socialismo, y para introducir un concepto constructivo del capital y de la libre empresa, sin desembocar en el capitalismo irresponsable. Lo que se duda, en fin, es si los Estados Unidos tienen una idea clara de las implicaciones y los límites de eso que se ha dado en llamar «la revolución auténtica de América». Aunque también cabe preguntarse si muchos de los gobiernos hispanoamericanos tienen una idea más clara sobre lo mismo.

Y nos parece oportuno traer a colación aquí, en este momento, algunas de las ideas expresadas por Raúl Prebitsch en unas recientes

declaraciones *(U. S. News and World Report,* 14 de agosto de 1961). Requerido a dar su opinión sobre el propósito de introducir las reformas necesarias que cabe atribuir a los hispanoamericanos, contestó: «Los latinoamericanos quieren el cambio. Por supuesto, aquí, como en otras partes, hay grupos que se resisten al cambio, pero no veo ninguna razón para que tales grupos, si están en el poder, no sean suplantados por otros grupos *por medio de procesos democráticos.* Espero que, si esto ocurre, *los Estados Unidos querrán apoyar decididamente los nuevos grupos.* Sólo por este camino podremos introducir cambios dentro de nuestras tradiciones y creencias latinoamericanas.» Preguntado luego si creía que estos cambios podrían impulsar el socialismo, dijo, apelando muy acertadamente al ejemplo norteamericano: «¿Por qué? Tome usted la reforma agraria: si transfiere la tierra a un gran número de gente con objeto de descargar las tensiones sociales y asegurar su cultivo en manos privadas, ¿es esto socialismo? Si es así, los Estados Unidos son un país socialista porque hicieron esto antes de la industrialización. O tome los impuestos: si es socialismo introducir un sistema bajo el cual las contribuciones graven más a los grupos de renta elevada, los Estados Unidos deben ser un país socialista. O tome la educación: si la educación de las masas y la oportunidad ofrecida al hombre corriente son socialismo, los Estados Unidos son socialistas. *Lo que alguno puede llamar socialismo es perfectamente compatible con la iniciativa privada,* como ustedes han probado en su país y en los más avanzados países de la Europa occidental.»

Finalmente, interrogado sobre si pensaba que en el curso de la revolución económica Hispanoamérica podía volverse hacia el comunismo, contestó esto: «Existe esa posibilidad. Y esto es así porque el momento actual *es un tiempo de tremendo desafío para el sistema de la iniciativa privada. Recuerde que el comunismo se ha transformado en un sistema de desarrollo económico.* El reto para los gobiernos de este área, así como para los Estados Unidos y otros avanzados países del mundo Occidental, consiste en cómo fortalecer y mejorar el sistema de la libre empresa en Latinoamérica, al tiempo que éste pueda ser también un método muy dinámico de desarrollo económico. Yo, personalmente, no tengo duda de que esto puede hacerse: *pero debe planearse cuidadosamente la combinación de la ayuda internacional y de la reforma interna.*» (Los subrayados son nuestros y dejamos al lector que saque las sabrosas consecuencias que se desprenden de estas autorizadas palabras.)

La ayuda económica de los Estados Unidos y su Administración

Lo que está claro en el programa de ayuda financiera y técnica de los Estado Unidos llamado «Alianza para el Progreso», es que éstos se disponen a conceder la mayor parte de una considerable cantidad de dinero para la aplicación de ese plan de desenvolvimiento y transformación económica y social de los pueblos hispanoamericanos. Es un programa de ayuda de gran volumen, sólo comparable a lo que supuso el Plan Marshall para Europa, cuyo importe fué de 13.000 millones de dólares para un período de cuatro años. Ahora, dentro del programa para Hispanoamérica, los Estados Unidos «se comprometen a ofrecer su cooperación financiera y técnica para alcanzar los fines de «Alianza para el Progreso». A tal efecto, proporcionarán la mayor parte del financiamiento de por lo menos 20.000 millones de dólares, principalmente fondos públicos, que la América Latina requiere de todas las fuentes externas durante la próxima década para completar sus propios esfuerzos». Esta mayor contribución de la ayuda norteamericana significa que la mitad de aquella cifra será prestada por los Estados Unidos, correspondiendo la otra mitad a las instituciones de financiación internacional (3.500 millones), a las inversiones privadas (otros 3.500 millones) y a los países Occidentales y el Japón (3.000 millones).

Según se especifica en la Declaración que precede a la Carta de Punta del Este, los Estados Unidos se comprometen a una concesión inmediata: «En los doce meses, contados a partir del 13 de marzo de 1961, fecha de la primera declaración de la «Alianza para el Progreso», los Estados Unidos proveerán fondos públicos por más de 1.000 millones de dólares, para contribuir de inmediato al progreso económico y social de la América Latina.»

En punto al reparto de la ayuda y su control se manifestaron opiniones encontradas entre el grupo de países más poderosos de Hispanoamérica (Argentina, Brasil y Méjico, principalmente) y los pequeños países, capitaneados por Venezuela. Estos segundos no se manifestaban muy propicios a que los primeros hicieran predominar su criterio de un reparto bilateral, porque de ahí se podría derivar que consiguiesen llevarse una mayor proporción de la ayuda, en perjuicio de un reparto más hemisférico y equitativo. En cuanto al control, estos países menores apoyaban la propuesta norteamericana de designar un comité de Siete neutrales encargados de la supervisión de las asignaciones como garantía de la coordinación de los planes de desarrollo. Pero los países más poderosos de Hispanoamérica recelaron que esto

llevara aparejado un riesgo de limitación en el ejercicio de sus soberanías nacionales. Esta diversidad de criterio se resolvió de una manera ecléctica en el Capítulo V del Título II de la Carta («Organización y procedimiento»). En efecto, se dispuso que el CIES, en virtud de una propuesta conjunta del Secretario general de la OEA, del Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo y del Secretario ejecutivo de la CEPAL, «designara una nómina de nueve expertos de alto nivel, teniendo en cuenta exclusivamente su experiencia, capacidad técnica y competencia en los distintos aspectos del desarrollo económico y social». Estos expertos podrían ser de cualquier nacionalidad —aunque procurando una adecuada distribución geográfica en los de origen hispanoamericano— y serían designados por un período de tres años, con posibilidad de renovación. Cada Gobierno podrá presentar su programa de desarrollo económico y social a la consideración de un Comité *ad hoc*. Hasta aquí la solución era favorable al criterio propugnado por los Estados Unidos y por el grupo de los «pequeños» hispanoamericanos. Pero se dió también satisfacción a los «grandes» en el sentido de que este Comité estaría integrado por tres miembros de la nómina de expertos antes citada y por un número igual de expertos ajenos a dicha nómina, cuya designación se haría por el Secretario general de la OEA, pero a solicitud del Gobierno interesado y previo su consentimiento, el cual también sería necesario para cualquier modificación que por los técnicos se proyectara introducir en el proyecto original. Este control desde la esfera de la soberanía nacional, viene a funcionar disminuyendo las atribuciones administrativas y técnicas del Comité en cuanto que el consentimiento de los Gobiernos actúa como una especie de veto.

Una vez obtenido ya el consentimiento del Gobierno respectivo, el Comité que ha estudiado el programa de desarrollo presenta sus conclusiones al Banco Interamericano de Desarrollo «y a otros Gobiernos e instituciones que puedan estar dispuestos a otorgar ayuda financiera y técnica exterior para la ejecución del programa». Esta intervención del Banco Interamericano es favorable también a los «pequeños» por cuanto se constituye en una especie de administrador superior para la aplicación de los fondos de financiación y en un depurador de los estudios realizados por el Comité de Expertos. Pero siempre queda la puerta abierta para que la gestión del financiamiento para los planes nacionales de desarrollo siga otro camino. La Carta especifica que «el Gobierno tendrá entera libertad para recurrir por cualquier otra vía a toda fuente de financiamiento, con el objeto de obtener en todo o en parte los recursos requeridos. Y se añade todavía que «el Comité *ad hoc* no interferirá el derecho de cada Gobierno

de formular sus propias metas, prioridades y reformas en sus programas nacionales de desarrollo». Naturalmente que el resultado de la aplicación de los fondos de financiamiento no escapa en ningún caso al conocimiento del CIES, que «examinará todos los años los progresos logrados en la formulación, realización nacional y financiación internacional de programas de desarrollo y someterá al Consejo de la Organización de los Estados Americanos las recomendaciones que estime pertinentes».

La Declaración y la Carta de Punta del Este

Los dos documentos fundamentales emanados de la Conferencia de Punta del Este y en los que se recogen las conclusiones y principios en que convienen los países americanos (excepto Cuba), son la Declaración dirigida a los Pueblos de América y la Carta por la que se establece y concreta el programa de «Alianza para el Progreso», dentro del marco de la Operación Panamericana.

En la Declaración se afirma que la Alianza se funda en el principio básico de que «al amparo de la libertad y mediante las instituciones de la democracia representativa, es como mejor satisfacen, entre otros anhelos, los de trabajo, techo y tierra, escuela y salud». Partiendo de este credo político, en cuya formulación, como puede observarse, no deja de resonar cierto eco del progresismo decimonónico, los países signatarios se comprometen, en el curso de los próximos años, a trabajar conjuntamente y con espíritu continental en el logro de las siguientes tareas:

— Perfeccionar y fortalecer las instituciones democráticas.
— Acelerar el desarrollo económico y social, a fin de conseguir un aumento sustancial y sostenido del ingreso por habitante.
— Ejecutar programas de vivienda en la ciudad y el campo.
— Impulsar la reforma agraria integral, respetando las peculiaridades de cada país.
— Asegurar a los trabajadores en la justa remuneración y adecuadas condiciones de trabajo.
— Establecer eficientes sistemas en las relaciones obrero-patronales.
— Acabar con el analfabetismo y difundir los beneficios de la enseñanza, sobre todo la primaria.
— Desarrollar programas de salubridad e higiene.
— Reformar las leyes tributarias.
— Lograr la estabilización monetaria y fiscal.
— Estimular la iniciativa privada.

— Alcanzar la estabilización de los precios de los productos básicos.
— Y, en fin, acelerar la integración económica hispanoamericana.

Las naciones americanas expresan su convencimiento de que toda esta transformación «sólo puede ser el resultado del esfuerzo propio de cada país», aunque es evidente que se necesita también la contribución y la ayuda exterior. A tal efecto, los Estados Unidos se comprometen a una cooperación financiera y técnica que cuantitativamente se expresa en los términos ya conocidos. «Los Estados Unidos tienen la intención —precisa la Declaración— de que los préstamos para el desarrollo sean a largo plazo y, cuando fuere apropiado, se extiendan hasta cincuenta años, a interés general muy bajo o interés de acuerdo con los casos.» Al final de la Declaración se insiste en que los países hispanoamericanos declaran su propósito de «introducir las reformas encaminadas a asegurar la plena participación de todos los sectores en los frutos de la «Alianza para el Progreso».

La Carta es un documento que dentro del sistema interamericano ocupa un lugar, por razón de su importancia, inmediatamente siguiente, a nuestro juicio, al de la Carta de Bogotá. En ella se ordenan las conclusiones de los trabajos realizados por esta Conferencia extraordinaria del CIES. Se desarrolla en cuatro títulos, con estos enunciados:

1.° Objetivos de la Alianza para el Progreso.
2.° Desarrollo económico y social.
3.° Integración económica de la América Latina.
4.° Productos básicos de exportación.

En el Título I se señalan las siguientes metas principales de la Alianza:

1. Consecución de un crecimiento sustancial y sostenido del ingreso *per capita,* a un ritmo que permita alcanzar, en el menor tiempo posible, un nivel de ingresos capaz de asegurar un desarrollo acumulativo y suficiente para elevar en forma constante ese nivel, reduciendo la distancia que en punto a niveles de vida existe entre Hispanoamérica y los países más desarrollados. Para alcanzar este objetivo se reconoce que «la tasa de crecimiento económico en cualquier país de la América Latina, no debe ser inferior al 2,5 por 100 anual *per capita,* y que cada país participante deberá determinar su meta de crecimiento, en consonancia con su etapa de evolución social y económica, su dotación de recursos y su capacidad para movilizar los esfuerzos nacionales para el desarrollo».

2. Alcanzar una distribución más equitativa del ingreso nacional, elevando con mayor rapidez los ingresos y niveles de vida de los sectores más necesitados de la población.

3. Lograr una diversificación equilibrada en las estructuras económicas nacionales, y alcanzar una situación que dependa cada vez menos de las exportaciones de un reducido número de productos primarios, así como de la importación de bienes de capital, y, naturalmente, conseguir la estabilidad en los precios y en los ingresos provenientes de esas exportaciones.

4. Acelerar el proceso de industrialización racional para aumentar la productividad global de la economía.

5. Aumentar considerablemente la productividad agrícola.

6. Impulsar los programas de reforma agraria integral orientada a «la efectiva transformación de las estructuras e injustos sistemas de tenencia y explotación de la tierra».

7. Eliminar el analfabetismo y desarrollar un eficaz programa de educación.

8. «Aumentar en un mínimo de cinco años la esperanza de vida al nacer y elevar la capacidad de aprender y producir, mejorando la salud individual y colectiva.»

9. Aumentar la construcción de viviendas económicas.

10. Mantener un nivel de precios estables, evitando la inflación y la deflación.

11. Fortalecer los acuerdos de integración económica «con el fin de llegar, en último término, a cumplir con la aspiración de crear un mercado común latinoamericano».

12. Desarrollar programas cooperativos «con el fin de evitar los efectos perjudiciales de las fluctuaciones excesivas de los ingresos en divisas procedentes de exportaciones primarias».

En el Título II se establecen los requisitos básicos para el desarrollo económico y social, considerándose como tales el respeto a los principios democráticos en la aplicación de los programas nacionales de desarrollo, el principio del propio esfuerzo, el de la igualdad del hombre y la mujer, el del máximo empleo de los recursos nacionales y el del fortalecimiento de todas las instituciones públicas y privadas. Especificado esto en el Capítulo 1.º del citado Título, se dedica un segundo Capítulo a enumerar los propósitos que necesariamente tienen que fijarse en los programas nacionales de desarrollo, y en donde más o menos se vuelve a reiterar la lista de objetivos a que ya hemos aludido anteriormente. El Capítulo 3.º se dedica a determinar las medidas de acción inmediata y a corto plazo. Los países que requieran una ayuda financiera urgente dentro del plan propuesto, pueden presentar sus

solicitudes dentro de los próximos sesenta días, y los Estados Unidos prestarán su ayuda para la solución de los problemas a resolverse a corto plazo. El Capítulo 4.° se ocupa de todo lo relativo a la ayuda externa para apoyar los programas nacionales de desarrollo y, finalmente, en el Capítulo 5.° se trata de la Organización y Procedimientos, en el que, como vimos anteriormente, se ha intentado conciliar los criterios o intereses contrapuestos de los países hispanoamericanos, al parecer —la práctica dirá luego la palabra definitiva— sin llegar a establecer un procedimiento técnico que dé satisfacción a todos en cuanto a la distribución y control de los fondos de financiamiento.

El Título III está dedicado a la integración económica de la América Latina. Este Título de la Carta merecería un examen separado, para el que no tenemos espacio en este momento. Solamente queremos subrayar que a lo largo de los 15 apartados en que se articula su contenido no se ha acertado a hacer una síntesis de los principios fundamentales de la integración económica hispanoamericana ni a ofrecer una constructiva sistemática de los temas que corresponden a una declaración de principios sobre la cuestión. En esta materia de la integración económica dentro del área americana sería oportuno proceder a un análisis meticuloso de lo que son los principios comunes, de lo que son los principios específicos de cada uno de los grupos y, en fin, de las ideas o puntos en los que cabe apoyarse para lograr un acercamiento hacia la integración general.

El Título IV trata de las medidas a adoptarse en relación con los productos básicos, así en el ámbito nacional como en el internacional. Dentro de este último los países miembros convienen en realizar una coordinación de esfuerzos para:

1. Eliminar el proteccionismo indebido a las materias básicas.
2. Suprimir impuestos y reducir precios internos.
3. Procurar que se dé término a acuerdos preferenciales y a cualesquiera otras medidas que puedan limitar el consumo de los productos básicos hispanoamericanos.

Esta es, en rápida síntesis, la descripción de los documentos emanados de la Conferencia de Punta del Este.

Los juicios o valoraciones que se han hecho poco después de terminar la Conferencia se han orientado en el sentido de que en esta ocasión hay muy buenos propósitos y que, al parecer, de manera más segura que otras veces, América está dispuesta a adoptar medidas respecto de una transformación esencial. Pero también se ha señalado con cierto temor que el contenido de este programa es demasiado prometedor y ambicioso, y que las dificultades para alcanzar las metas

que se fijan son considerables. Ciertamente es así, pero como decíamos al principio de nuestro trabajo, hay que dar tiempo al tiempo antes de pronunciarse en uno u otro sentido. Bien está la Conferencia de Punta del Este y prestemos atención a lo que vaya a hacerse en América.

Fernando Murillo Rubiera
Narciso Serra, 7
Madrid-7

JORGE CARRERA ANDRADE

POR

ANGEL SERRANO AGUIRRE

A Benjamín Carrión

«La más triste prueba de pequeñez que puede dar un hombre es la incredulidad en el grande.» (Carlyle, *en «Los héroes».)*

«La poesía no está, ciertamente, en las cosas; de lo contrario, todo el mundo la descubriría allí fácilmente, como todo el mundo encuentra tan naturalmente la madera en el árbol y el agua en el río o en el océano. No existen tampoco, por consiguiente, cosas ni palabras más poéticas las unas que las otras, sino que todas las cosas pueden llegar a ser, con ayuda de las palabras, poesía cuando el poeta logra dejar su huella. La poesía no está en nada ni en ninguna parte. Por eso puede ser puesta en todo y en todas partes.» (Pierre Reverdy.)

Jorge Carrera Andrade es, según Alejandro Carrión, el mejor poeta ecuatoriano en lo que va de siglo; yo añadiría un «por lo menos». Carrera es el poeta múltiple, polifacético en las proyecciones de su obra artística. Como verdadero poeta que es, se le pueden aplicar perfectamente las palabras de Reverdy sobre la poesía, ya que ha sabido envolver con las más hermosas expresiones los más diversos motivos: desde la rosa y la luna hasta el puente de Oakland; desde la bellota y el grillo hasta la revolución social; desde la vida provinciana hasta los grandes temas de la soledad, del amor y de la muerte. Allí radica, creo yo, el mérito primordial de Carrera Andrade: en su cosmopolitismo temático, en su heterogeneidad de motivos. Escritor —por otro lado—, que domina el idioma, dotado de una sensibilidad palpitante que se traduce, inclusive, en su diario vivir, ha sabido, gracias a lo anterior y a su espíritu y cualidades eminentemente artísticas, convertirse, sin hipérbole alguna, en «Par de Vallejo y de Neruda», como acertadamente señalara alguna vez Benjamín Carrión. Sin pretender establecer comparaciones, de por sí arriesgadas cuando de Arte y de Letras se trata, y que casi siempre son equivocadas, me limitaré a reiterar algo de sobra conocido: que en el actual momento de las letras hispanoamericanas, Jorge Carrera Andrade constituye una de las figuras más sobresalientes por la trascendencia, fuerza y pureza de su poesía.

Los primeros años de la producción poética de Jorge Carrera Andrade, los años de su juventud son años quiteños. Quito, la que después llamaría el poeta la «capital de las nubes», es el escenario propicio para modelar su obra primigenia.

Metida entre los Andes, tranquila y apacible, la ciudad antigua y colonial se presenta como adecuado marco de naceres artísticos. Alguna vez escribí lo que sigue: «El Quito antiguo es de los sitios más castellanos y tradicionales de la América española. Aún se encuentran en él, bajo noches de luna, angostos callejones, faroles de luz tenue, señoriales mansiones y plazoletas mudas. En esa parcela ciudadana hay una calle estrecha, muy estrecha, colgada entre dos puentes; a lo largo de ella, a uno y otro lado, parece que los balcones de las casas han llegado a tal extremo de intimidad que pretenden besarse. Es la calle de la Ronda. Por ella, en las madrugadas, desfila entremezclada la piedad con el vicio, como diría Ernesto Noboa y Caamaño.

Por ese Quito viejo con sabor de recuerdos, por esa calle angosta, única y casi santa, anduvo y reanduvo Carrera Andrade con aquellos amigos, intelectuales todos, con quienes en años de colegio colaboró en esa revista que se llamó *La Idea:* primicias literarias de unos primeros años.

Contemporáneamente a Carrera, unos cuantos poetas de trágicos contornos daban sus primeros pasos literarios, obedeciendo a una herencia morbosa a través de una vena de sensibilidad artística. Algunos de ellos, amantes sinceros de las flores del mal baudelerianas, terminarían por caer ante las drogas y después ante la muerte, la que probablemente habría de liberarlos de todas sus congojas.

En cuanto a Carrera Andrade, si bien su poesía no ha seguido casi nunca caminos angustiosos y menos aún estridentes, en cambio, en lo estrictamente personal, el poeta no dejó de sentir ese dolor y esa inconformidad ante tantas cosas inexplicables y ante tantas situaciones absurdas, y también se acercó, aun cuando sólo estacionariamente, a aquel mundo incógnito de los «Paraísos Artificiales, de ensueño y de paz.»

Es una etapa de angustia en un ambiente asfixiante. Muy acertadamente, Hugo Alemán indica cómo «La lágrima negra, hábil y minuciosamente trenzada por orientales maestros de ojos oblicuos, capta imperiosamente los sentidos en un deliquio de ensueño. Prodiga, peligrosamente, el éxtasis maravilloso. Felina y subyugadora, araña los nervios, con cariñosas zalemas de mujer. Y la voluntad es como una pobre hoja seca que se arrastra en incesante vaivén, a merced del soplo inevitable del destino...». Soplo, añado yo, que fué inevitable

también en aquel grupo de poetas, del cual hablé anteriormente y que constituye la llamada «generación decapitada», soplo que fué inevitable en el gran César Vallejo y que fué incontenible, aunque con otros matices, en el autor de *Azul*.

Carrera Andrade es bohemio y es sincero. Por ello se le cerraban las puertas de una sociedad pacata y susurrante. Por él sentían todos, al decir del mismo Hugo Alemán, «una pobre piedad irrazonada. Una trivial misericordia de comadre».

I

Ante lo sencillo

El mundo de los pequeños seres, el de las cosas chicas, el mundo de los detalles mínimos, es tan real, tan auténtico y sobre todo tan bello —o más bello quizá, porque es un mundo bueno—, como el de los grandes acontecimientos y el de las crecidas realidades. Carrera Andrade comenzó su vida de poeta preocupándose por aquel universo tan pequeño, tan cercano y a la vez tan inadvertido por las comunes miradas.

Conversó con el grillo a la luz de la «luna hortelana», con el zorro «que orina en el techo», con el «asno triste y hasta (con) el lobo malo».

Mariano Picón Salas, refiriéndose a la poesía primera de Carrera, señala muy justamente: «Primero metafórico y un don para descubrir la sorpresa del mundo, no en el énfasis de las montañas y de las grandes estructuras de la naturaleza, sino también en la hoja y en el insecto.»

En casi todos los poemas de los primeros libros de Carrera se encuentran metáforas muy bien logradas, comparaciones precisas y certeras: «la niña con su boca de cero», «uvas como botellas diminutas», el aire del Angelus con «frescura de sandía recién abierta». Alcanza, además, consecuciones artísticas de primera magnitud, como «la madre que me arrima su escalera de llanto», que nos hace pensar en aquello tan hermoso, aun cuando posterior, de Pierre Jean Jouve, cuando se expresa: «No bastante alto, demasiado pesado para romper un cable de largos sacos de lágrimas», o como cuando en «La hora de las ventanas iluminadas» consigue un logro místico digno de los poetas abulenses por su fondo, y de cualquier buen poeta francés contemporáneo, por su expresión:

En el dulce repique de novena
el alma paralítica
posee a Dios entre las manos juntas.

También la humildad y la dulzura del Santo de Asís manan constantemente, como vaho sutil y delicado, de la pluma de Carrera. Nos hace inconscientemente volver los ojos a territorios azorinianos, rememorar la dulzura provenzal de Daudet y a momentos —cómo no— revivir casi instantáneamente a Juan Ramón, con Plateros Andinos y Mogueres de allá:

Asnillo: te hartarás de briznas con luceros,
desde la puerta oirás la misa del poblacho,
y volverás al diario trabajar
con una humilde y santa humedad en los párpados.

En el hombre cuya frente despide claridad, se encuentra lo que el chileno Antonio de Undurraga, clasifica como el término medio de la imagen imitativa y de la imagen inventada:

Anda ya con sus altos zuecos la madrugada
y la alondra rubrica su deber de humildad.

Algunas veces se opera una trasmutación de situaciones en los versos del poeta. Arrancando de cosas materiales, humildes y buenas, el escritor se eleva hacia el concepto, se espiritualiza, llega a un idealismo positivo que se traduce en dolor. Así, en su poema «Filosofía del humor», del libro y de la rosa, pasa a la llama que «como un niño al morir sube al cielo y es humo pensativo», concluyendo:

Mejor que oler la rosa y abrir el libro único
es encender cual lumbre nuestro dolor oculto
y vivir en silencio con la vida del humo.

En su poesía «Campana de San Blas», ya se puede intuir al hombre insatisfecho, ansioso de distancias sin término, al viajero futuro:

Campana de San Blas:
la vida me dió todo,
pero yo ansiaba más.

Para finalizar recalcaré, sin embargo, que lo más saliente y definidor de esta primera época artística de Jorge Carrera Andrade, es su poesía dulce, humilde y bondadosa; un poco provinciana y campesina, casi no habla del hombre; más bien humaniza a las cosas, a las flores, a los animales; pero los humaniza con una humanidad despojada de los grandes lastres negativos que arrastramos los hombres: las ambiciones, los egoísmos, el odio. Esta poesía de Carrera nos recuerda, de modo pedagógico, aquel mundo de tiernas vacaciones, de cuentos infantiles, de irrealizables retornos. Su poema a «La vida

perfecta», tan conocido por todos, es como Augusto Arias me señaló oportunamente, «digno de cualquier antología»:

Conejo, hermano tímido, mi maestro y filósofo:
tu vida me ha enseñado la lección del silencio.
Como en la soledad hallas tu mina de oro
no te importa la eterna marcha del universo.

Durante esta su primera época, Carrera Andrade empezó a trabajar sus «Microgramas», que más tarde habría de perfeccionar para publicarlos en el Japón, en edición exquisita. Como se sabe, son una especie de poemas comprimidos, de píldoras poéticas, que definen dentro de sí temas enteros. Son verdaderos primores de gracia e imaginación:

NUEZ: *Sabiduría comprimida*
diminuta tortuga vegetal,
cerebro de duende
paralizado por la eternidad.

GAVIOTA: *Caja de espuma*
de la ola del silencio.
Pañuelo de los naufragios,
Jeroglífico del cielo.

GRANO DE MAÍZ: *Todas las madrugadas*
en el buche del gallo
se vuelve cada grano de maíz
una mazorca de cantos.

II

EL VIAJERO

Una especie de ansia de buscar otros contornos, de saciarse con otros horizontes, provoca en Carrera el anhelo de partir de su suelo nativo. La insatisfacción y el hambre de distancias se manifiestan en sus versos. El poeta, refiriéndose a sí mismo, nos dice: «En «El camarada parte de la tierra natal» se acusaba más fuertemente un deseo de evasión, entre un sentimiento de cansancio y soledad.» Y continúa ahora ya en el poema:

Rebosa ya el humano vaso de su deseo:
va a salir de esta tierra. La luz de otras ciudades
le va a limpiar, por fin, la niebla de los ojos.

Es el deseo de materializar sus sueños juveniles de caballero andante, y —por qué no decirlo— es también un hastío hacia su medio

nativo. Ese «va a salir de esta tierra» del poema, seco y sin ningún calificativo, casi despectivo, ha sido muy común en seres soñadores, evasivos, de imaginación sin barreras. Solamente años después, bajo el peso de las realidades, al descorrerse el dulce velo de lo soñado, el poeta, al igual que tantos otros, nos dirá:

En los más distintos idiomas
sólo aprendí la soledad
y me gradué doctor en sueños.
Vine a América a despertar.

☆

Y al fin parte el viajero:

Sobre el tejado del mundo
puso el gallo a secar su canción de colores.
La luz era pesada como un fruto.

Y luego:

En la nave de veinte cornetas
embarqué mi baúl de papagayos
hacia otro extremo de la tierra.

Hermosos aciertos, a veces dobles metáforas precisas llenas de colorido; nuevos bautismos de los seres y de las cosas:

Ancla: trébol de hierro.
Te arrojó el Capitán al continente antiguo.
Vi las torres con sus sacos de nubes
y las grúas cigüeñas
con su cesta en el pico.

Boletines de Mar y Tierra constituye un gran conjunto de poemas del sediento viajero, una explosión súbita, luminosa y armónica, de un fondo artístico fraguado lentamente en su interior inquieto.

En «Saludo de los Puertos», brotará en Carrera el recuerdo del hombre ecuatoriano y de su tierra y hará el envío de sus primeras impresiones europeas a través de versos como tarjetas postales. Así aparecerán «Amsterdam de chocolate» con sus «casitas peinadas y limpias como sirvientas educadas», los «Muelles del Sena con su pesca de libros», «Luxemburgo, paraíso de las nodrizas». Y finalizará el poema magistralmente:

Mi salud canta oyendo los aviones
de la primavera internacional
aserrar la madera preciosa del cielo.

Estoy en la línea de trenes del Oeste
empleado en el Registro del Mundo,
anotando en mi ventanilla
nacimientos y defunciones de horizontes,
encendiendo en mi pipa las fronteras
ante la biblioteca de tejados de los pueblos
y amaestrando el circo de mi sangre
con el pulso cordial del universo.

Toda su imaginación, cargada de colores, se incrusta en cada estación de su ruta poética. Descubridor distinto, también distintamente bautizará ágilmente los bautismos prosaicos. Dirigiéndose a la «Torre Eiffel», dice:

Primera letra de un Abecedario cósmico,
apuntada en la dirección del cielo;
esperanza parada en zancos;
glorificación del esqueleto.

Quizá, como afirma José García Nieto, en éste como en algunos otros poemas, Carrera surque el río del «futurismo» anunciado a comienzos del siglo, para todas las artes, por Marinetti.

Durante su etapa de viajero y después del primer impacto plástico de los nuevos contornos, el escritor, que ha colmado sus ansias de hace poco, siente un vacío, quizá el vacío propio de toda situación postplacentera. Pero no. Es la soledad. Es la eterna compañera del poeta —universal y singular— quien provoca otra vez un nuevo hastío con distinta etiqueta. El mismo Carrera nos dice cómo «Entre los edificios públicos, los monumentos, los parques y las casas, el aire del mundo no era sino una gran soledad en conserva». Y cómo también «Ya en medio de los hombres europeos, viviendo como el más desposeído de ellos (comprendió) que (él) tenía dos fardos más que llevar sobre la espalda: el fardo poético y el fardo de la melancolía indígena americana».

En su poema «Soledad de las ciudades», se pregunta: «¿Dónde estuviste, soledad, que no te conocí hasta los veinte años?» Y más abajo:

Se ha tratado de enterrar la soledad en una guitarra.
Se sabe que anda por los pisos desalquilados,
que comercia con los trajes de los suicidas
y que enreda los mensajes en los hilos telegráficos.

En *Evasión del lunes* se nos presenta el poeta reencontrador de ciudades, catador de nuevos climas, que observa cómo toda una compleja vida se superpone como envoltura asfixiante y artificial, sobre la

vida sencilla, auténtica y sincera. Sus viajes también le han enseñado que por sobre ese universo —quizá el de sus primeros tiempos de poeta— de cara a la naturaleza, a la luz y a la emoción primera, se ha tejido un mundo de complicaciones diarias, en donde las versiones más simples de la vida se vuelven pensamientos equívocos y en donde para llegar a los elementos de las cosas hay que pasar por el tamiz del órgano regular de las circunstancias.

Nos dice Carrera:

Hay algo más que métodos, sistemas y doctrinas:
el aire libre, la luz libre, el agua libre,
el perfil de la voz calcado por el eco,
el alzamiento de los vegetales contra la Economía Política,
la desnudez, los sueños, el buen tiempo, la risa
y la luna recién sacada del horno
repartida entre todos y sin embargo íntegra.

Es la misma protesta que hace Pablo Neruda en «Las uvas y el viento», cuando escribe:

He aprendido la vida
de la vida,
el amor lo aprendí de un solo beso,
y no pude enseñar a nadie nada
sino lo que he vivido,
cuanto tuve en común con otros hombres,
cuanto luché con ellos:
cuanto expresé de todos en mi canto.

Es la misma protesta que hace Aldous Huxley, a través de un artista, en *Contrapunto.* Es la misma protesta que hace Albert Camus cuando señala: «Los artistas son los únicos que nunca han hecho mal al mundo... Los genios malos de la Europa de hoy llevan nombres de filósofos: se llaman Hegel, Marx, Nietzsche...»

☆

Pero el itinerario de viajero de Carrera no se detiene nunca. Un día irá al Japón, donde —como ya señalé—, al calor de las influencias del medio ambiente oriental, refinará su técnica poética y publicará sus delicados *Hai-kais.* Su vena lírica no se para ante ninguna perspectiva, y por ello, en Estados Unidos, llegará a impregnar de poesía aun a las frías y férreas estructuras del puente de Oakland.

Sin embargo, durante toda su ausencia prolongada, en cada puerto

de su ruta soñadora, este Magallanes poético, vuelve a cada instante su mirada añorante hacia su tierra madre, hacia el «Lugar de origen»:

Yo vengo de la tierra donde la chirimoya,
talega de brocado con su envoltura impide
que gotee el dulzor de la nieve redonda.

Rememora la «tierra que nutre pájaros aprendices de idiomas», las «plantas que dan, cocidas, la muerte o el amor», el capulí: «cereza del indio interandino», el «eucalipto de ramas como sartas de peces».

Estamos ante el poeta de todas las naciones, que añora a cada paso su origen primero. Su conjunto de experiencias logra ahondar la visión universal del hombre con su soledad en medio del barullo, con sus angustias en medio del tráfago continuo, con sus eternos problemas de destino y de muerte en medio de las tergiversaciones. Y sobre todo con un volver de la mirada hacia el *yo* originario enclavado en su escenario iniciador.

En «Viaje de regreso», dice Carrera:

Vi la seca tierra del toro
—postrer refugio del azul—
y el país donde erige el pino
su verde obelisco de luz.

Y al final:

Mas, de nuevo arde en mi garganta
sed de vivir, sed de morir
y, humilde, doblo la rodilla
sobre esta tierra del maíz.

Tierra de frutas y de tumbas,
propiedad única del sol.
Vengo del mundo —¡oh largo sueño!—
y un mapa se enrolla en mi voz.

III

Ante los problemas sociales

Desde los primeros años de su vida, el ciudadano Jorge Carrera Andrade se preocupó hondamente por los problemas de la sociedad a través de su prisma de poeta.

De Hugo Alemán, compañero de inquietudes de Carrera, tomemos los siguientes párrafos sugerentes, con relación al medio social ecuatoriano de esa época:

«La máscara de la explotación secular gesticulaba iracunda y soberbia.»

«Tantos siglos habían transcurrido sin que nadie osara turbar la silenciosa mansedumbre de la gente de abajo. Y a esa hora unos pocos e irreverentes mozalbetes querían propagar la rebelión entre las masas humildes.»

«Finalmente, esa tendencia nefasta quería introducirse en todas partes. Hasta en el Huasipungo del indio.»

Efectivamente, a mi entender, es el Ecuador uno de tantos países americanos en los que aún no se ha tratado, abierta y claramente, de solucionar la aguda situación de injusticia social e injusticia económica. En diversas obras literarias de no hace mucho tiempo todavía se escribía una especie de poesía en prosa, de sabor a égloga, en la que aparecía el señor, amo de los contornos, paternal y gracioso con la humilde peonada ignorante y folklórica. Solamente después de 1930 brotará una generación de recios novelistas —«el grupo de Guayaquil»— que iniciará la novela realista ecuatoriana, plena de fuerza y de pujanza. El grito vivo, desgarrado y vital, romperá con una especie de tradición literaria oropelesca.

Carrera Andrade, inquieto luchador desde sus primeros tiempos, publica entre 1928 y 1929, su *Cuaderno de poemas indios*. En él traza una visión de una comunidad indígena. Su trabajo, sus fiestas y especialmente el paisaje son pintados por el poeta con enorme gracia y colorido.

A momentos, recordamos en este ambiente indio de Carrera aquel otro gauchesco y refranero de Ricardo Güiraldes. Así, cuando en «Indiada» nos dice el poeta:

Los comuneros llevan la mañana
enredada en los dientes de sus hoces
hacia la tierra baja.

Después nos entrega el grupo de poemas que relatan la tragedia comunal, el grito de protesta y el apaciguamiento brutal. En «Tierras, bosques», relata, con enorme ternura:

Matías dijo: Nos quitan nuestra tierra.
Pájaros carpinteros, vendrán los telegramas
a fabricar sus nidos con briznas de letras.
¡Pisarán nuestro campo los postes sargentos!
No más sor encina, no más fray manzano.

El patojo Tomás, con su cesta de lunas,
hundió su puño cerrado en el ocaso.

El último poema del grupo, denominado «Levantamiento», es uno de los mayores éxitos de toda la producción de Carrera Andrade. Es una expresión de dolor ante la injusticia, ante la represión inhumana, y es al mismo tiempo la manifestación de la angustia ante lo inevitable. Y todo tan bellamente tratado. Parece que la brillantez de las figuras literarias es una ofrenda póstuma del poeta, que trata de dulcificar la dureza del tema.

De dicho poema entresacamos:

Traíamos el pulso de la semilla libre,
tierra de pechos vegetales.
Flameaba el harapo de nuestro grito
en el palo más alto del aire.

Con su carrera de sangre los soldados
despertaron las verdes quietudes del campo.

....

Nosotros caminábamos escoltados de espigas,
con un poncho de luz sobre los hombros
y en la frente el mandato de la tierra.

☆

Traíamos el pulso de la semilla libre,
tierra acorralada por los cercos guardianes.
A la orilla del tiempo acampó la canción.
El fusil abatió nuestro mensaje.

Tumbados en la vecindad del cielo
nuestros muertos duermen
manando un cosmos dulce del costado
y con una corona de sudor en la frente.

Es indispensable completar esta faceta del poeta, es decir, su actitud ante los problemas sociales, comentando su poema denominado «Juan sin Cielo».

«Juan sin Cielo» es el hombre en general, el hombre humilde, con quien el poeta, al hablar por su boca, se hermana. Se ha querido ver en él la representación del pueblo ecuatoriano. Es posible que así sea. Sin embargo, creo que el alcance del poema es aún más amplio: se refiere al hombre universal de todos los contornos y no solamente al

hombre material desposeído, sino también al hombre espiritual desengañado:

Es sólo un peso azul lo que ha quedado
sobre mis hombros, cúpula de hielo...
Soy Juan y nada más, el desolado
herido universal, soy Juan sin Cielo.

☆

Por estar en juego la hermandad de los hombres, señalaré dentro de esta sección algo sobre nuestro autor ante la guerra. En 1944 publica su *Canto a las fortalezas volantes* y su *Cuaderno del paracaidista.* La desolación, lo fúnebre que se precipita sobre la tierra humilde, la destrucción de ciudades y las matanzas de seres humanos, también han hecho impacto en el alma del poeta:

¡Inclina, Nuremberg, las caperuzas
de tus viejos tejados medievales!
¡Ahógate, Munich, en cerveza de olvido!
Viena, Frankfurt, Stuttgart: la muerte anda en las calles.
¡De nada sirve, Eiffel, tu mineral de hierro
contra los nuevos ángeles!
Hamburgo, como siempre, tu camino es el puerto:
¡busca tu salvación en los barcos que salen!

A ratos Carrera se vuelve crudo en sus descripciones, con una crudeza revestida estéticamente por la forma. Así, nos habla de «guirnaldas de coral salpicadas de sangre» o de un cadáver que allá en la playa «los cangrejos palpan con lentitud de manos maternales».

☆

La poesía de Carrera Andrade ha enfocado, pues, también los problemas sociales de su patria y las duras encrucijadas de la Humanidad, sin que desmereciese en ningún instante su pureza de forma, su claridad estética, su riqueza figurativa. De este modo, esta parcela de su producción nada tiene que ver con aquella poesía llamada de cartel, en la cual la belleza de la expresión se encuentra parcial o absolutamente frustrada por olores mitinescos y exaltaciones prosaicas. En Carrera se produce siempre armoniosamente la más equilibrada simbiosis entre el artista y el hombre.

IV

Ante los problemas eternos

Los problemas fundamentales de la existencia humana han sido abordados, implícita o explícitamente, en el transcurso de toda la obra poética de Carrera. Sin embargo, cabe delimitar, al final de la misma, el enfoque resuelto de aquéllos.

1) *El dolor.*

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo.
Y más, la piedra dura, porque esa ya no siente.

nos decía el maestro Darío, en momentos de noble y doloroso encuentro consigo mismo, cuando intencionadamente no había sacado de paseo a sus suaves ninfas y a sus blancos cisnes.

El dolor es realmente efecto necesario de la sensibilidad, sobre todo moral. El individuo, cuanto más se diferencia del bruto y especialmente de lo inanimado, empieza a sufrir y padecer. El poeta, ser hipersensible, tiene que recorrer su inevitable vía crucis y tiene que llevarlo a cuestas. Carrera, en *Crucifixión,* nos dice:

Desde la eternidad, aleteó por los aires
un mensaje de pájaros.
Hasta mi sed altísima tiende su esponja de oro
y vinagre el ocaso.

En el madero del silencio
mi cuerpo está clavado.

Este dolor es tan consustancial con la naturaleza humana, que el poeta lo siente en cuerpo ajeno y lo expresa en comunión de llanto:

Gravedad del rostro eres y peso de la entraña,
de un cuerpo de mujer habitante interino.
Inmigrante venido de la nada
con tus manos vacías y tu dolor de siglos.

«Y tu dolor de siglos.» Con esta frase podría comenzar cualquier disquisición sobre el origen del dolor, que nos remontaría a tratar de dilucidar otros orígenes. Contentémonos con aceptar que el dolor es de siglos y que su existencia será paralela al paso del hombre sobre la tierra.

2) *La soledad.*—Es un asunto constantemente tocado por el poeta desde sus primeros versos. Carrera Andrade es el escritor de un solo personaje. Sus poesías son casi absolutamente contemplativas. Parece

suceder en él aquello que Juan Montalvo denominaba el «paseante solitario».

Ya en su «Estanque inefable» nos decía:

Sólo el cansado grillo, que bajo de la puerta
canta, es mi humilde amigo ante la tarde muerta.

Esta soledad suya crece en su edad de viajero. El tedio, el hastío, el esplín, habían provocado un deseo de evasión de su tierra natal. Pero al realizar su deseo, la vida, con una de sus muchas ironías, habría de preocuparse de sustituir el motivo angustioso. En *El extranjero,* el poeta nos expresa:

Sin memoria de brújula ni terrestres idiomas,
espoleado de cielo,
badeando soledades como ríos,
la muda geografía del planeta atravieso.

Entre todas las compañías que existen en este mundo, es indiscutible, con mucha ventaja sobre las otras, que la soledad es la más fiel de todas. Cualquier intento de fuga, cualquier deseo de abandonarla, es ineficaz. Ningún viaje, ningún cambio de ambiente, ni la política, ni la gloria, consiguen alejarla. Es más fiel que un perro.

En «Soledad habitada» nos dice Carrera:

La soledad marina que convoca a los peces,
la soledad del cielo, herida por las alas,
se prolongan en ti sobre la tierra
soledad despoblada, soledad habitada.

Es la angustia humana ante la sensación de abandono en el mundo poblado; es exactamente la «soledad habitada». Es el hombre que nace, crece y recorre las más disímiles rutas, y que al final siempre se encuentra solo. Como ante un espejo, no halla sino la imagen de sí mismo. Pero esa soledad, que en Nietzsche se transforma en feroz rebeldía —debilidad, según Unamuno— es en nuestro poeta mesura, arte sopesado, equilibrio claro.

En su poema «Moneda del forastero», Carrera vuelve a encontrarse con la eterna soledad. Esta parece describir una curva más o menos acentuada, pero constante, en la vida del poeta. Recubierta a veces, otras desnuda, pero siempre presente. Nos dice:

El sol en rebanadas alcanza para todos,
mas no llega a mis manos. Me alimento de sombras.
Impar soy. Ignorado. En mí escucho una voz:
—¿Qué buscas, extranjero, solo en medio del mundo?

3) *El amor.*—El amor tradicional, huésped constante de gran parte de poetas, prácticamente absorbe en Carrera Andrade una muy peque-

ña porción de su producción literaria, y cuando se presenta lo hace en medio de una enorme mesura. No se nota en ningún instante la pasión desbordada, el grito desesperado, la idolatría pasajera. ¡Cuán lejos de los Goethes wertherianos, de los Acuñas, de los Nervos, de los Nerudas de primera época! La figura de la amada sólo se esboza a momentos y casi siempre mediatizada. Solamente al final de su obra, en uno de sus últimos libros, dedica un poema íntegro a «La visita del amor»: golondrina que en la extensa obra del poeta no puede hacer primavera.

El amor, qué duda cabe, ocupa situación preferente en la obra poética de Jorge Carrera; pero es ese amor universal, amplio y extenso hacia todos los seres y hacia todas las cosas. Recordemos con cuánto cariño nos hablaba «del asno humilde y del lobo malo» en sus primeros poemas. Posteriormente rememoremos el afecto con que miraba, en su etapa de viajero, sus nuevos descubrimientos, a los que iba bautizando con los nombres más dulces y más claros. Luego, al tratar de su poesía dirigida hacia los problemas sociales, acordémonos del hambre insaciable de justicia que envuelve los poemas de Carrera, de su amor a los desposeídos. En fin, la obra poética de Carrera Andrade —entiéndase bien, la obra— es un caso magnífico de sustitución del amor encerrado en su *yo* egoísta, por una amplitud altruista de desbordantes contornos.

Sin embargo, hagamos algunas pocas consideraciones sobre esa faceta del amor personal, si cabe el nombre, que, pudiendo ser intenso y extenso en su vida particular, en pocas oportunidades se presenta en la obra del escritor.

En uno de sus poemas de su primera época, en «Mujer de estío», Carrera nos deleita con la belleza de sus figuras literarias. Nos dice:

Tiembla toda mi piel con tu caricia
como al soplo de Dios las alfalfas del campo.

Tampoco falta en ocasiones la presencia del amor circunstancial, como en «Niña de Panamá», con gran musicalidad, con rítmica cadencia de tambores y colorido tropical, a lo Nicolás Guillén:

La sala exhala luz de bengala.
Guiña la niña su ojo saltón,
estremecidos seno y cadera
por el mugido del tambor.

El negro músico muere de risa
y lanza gritos de luz su piel
una aventura cosmopolita
nace a la orilla del cocktel.

En «Joven desnuda» nos expresa el amor integrado por goces y también por dolores, con suavidades que hieren y con dulzuras que amargan:

Cruz de brazos calientes,
silicio hecho de plumas
y nieves.

En «Sed de la estatua» es el poeta que describe con claras figuras plásticas su visión amorosa:

Tu cuerpo en libertad,
mezcla de palomar y de gacela
es en mi soledad
un cielo limitado por la tela.

Finalmente, en su cuaderno *Moneda del extranjero* se encuentra el poema «La visita del amor». Es una poesía de recuperación optimista, de alcance de la luz y la felicidad magnífica. A la llegada del amor las cosas cobran nueva vida. Es quizá el poema en que más abiertamente se refleja en el autor, el amor de la amada:

Amor, no te esperaba tan tarde: Las bujías
se extinguieron en lágrimas ardientes.
Sólo un ascua relumbra en las cenizas,
corazón en espera de la muerte.

Pero el fuego revive a tu llegada
y las cosas se visten de luz maravillosa.
Nace un mundo de fábula
poblado por los seres de la aurora.

4) *La muerte.*

y los automóviles corren sin saber
que una piedra espera en una curva la señal del destino.

escribe Carrera. La muerte, el paso decisivo, es atalayado con insistencia en la obra del poeta. Parece que a través de su poesía va operándose una transformación. El detalle inmediato, lo anecdótico, va siendo sustituído por un tipo de poemas orientados directamente al interior sustancial del individuo, a sus verdades escuetas. Ahora la búsqueda parece haber dejado lo instintivo para hacerse deliberada.

En «Morada terrestre» nos dice:

Habito un edificio de naipes,
una casa de arena, un castillo en el aire,
y paso los minutos esperando
el derrumbe del muro, la llegada del rayo,
el correo celeste con la final noticia.

El polvo, lo gris, el sueño, la sombra, la noche, configuran aquella final noticia que desde un edificio de naipes espera el poeta.

En «La alquimia vital» nos habla más abiertamente:

Un viejo vive en mí fabricando mi muerte.
A un soplo se tornarán en ceniza los años.

Y más abajo:

Viento, agujas y pálidas sustancias
manipula este huésped emboscado.
A veces, mientras duermo, se escucha un dulce líquido,
que se vierte en su cántaro.

Sin embargo, no es el grito punzante. Es una visión serena de la muerte. Serena y bella, geométrica y cristalina. Parece que la forma artística del poema rechazara todo exceso que pudiera alterarla:

Ha bañado mi piel con su amarilla química.
Ha moderado el clima de mi mano.

Es la etapa de madurez ante la situación inevitable, ante la estación obligada, ante la inesquivable condición perecedera. Al reconocer esto nos dirá:

De nada sirve la isla coronada de hojas y de plumas
en cuya arena el agua toma el molde de las pisadas
porque encontraremos la moneda de plomo o el día acuñado
en donde la muerte ha puesto su efigie.

Es el pescador inexorable de Tagore. Es la visión serena ante lo ineludible.

5) *Lo eterno.*

y no saber a donde vamos
ni de donde venimos. (Darío.)

El escritor se enfrenta también con el problema de un orden de posibilidades eternas. Después de presenciar toda la representación del universo, surge la interrogante esencial: y todo, ¿para qué? El poeta, ante la suma de cambios y de transformaciones, opta por considerar la existencia de una unidad esencial, de una repetida permanencia sustancial:

Todo es apariencia, signo, tránsito.
El mundo es uno mismo, a pesar de sus formas.
La misma soledad hospedada en los huesos
y la misma afirmación proletaria
de los hornillos callejeros para calentar castañas.

En su poema «Costumbre» insiste el poeta en el problema. Existen en realidad cambios constantes en la vida de los seres y de las cosas, pero son cambios externos; en definitiva, hay una continuidad ante la variedad de «las formas pasajeras»:

Todo gesto humano, el tiempo
lo va copiando sin fin
en su avenida de espejos

☆

Hasta el pájaro es el mismo
que dejó caer su estiércol
sobre Tobías dormido.

Pero no se detiene aquí y se lanza a una interrogación posterior aún más importante, después de haber definido a los muertos como «los monjes de la Orden de los anacoretas subterráneos». Dice:

¿La muerte es la pobreza suma
o el reino vegetal reconquistado?

El autor, al pretender llegar a las razones de perennidad, arriba muchas veces a situaciones naturalistas; en otras habla de Dios; en ocasiones, de la luz. No vamos a pretender encasillarlo. Unicamente conformémonos también con indicar su profunda preocupación por una continuidad, por una prolongación eterna de los seres y de las cosas, por una subsistencia infinita de la esencia de los mismos.

Al final de «Nada nos pertenece» dice, un poco a lo Marcel Proust:

Hombre nutrido de años y cuerpos de mujeres:
cuando Dios te espolea te arrodillas
y sólo la memoria de las cosas
pone un color ya inútil en tus manos vacías.

El tiempo, la memoria, el recuerdo, esta búsqueda pasajera del «Tiempo perdido», solamente es ahora un calor ya inútil ante lo definitivo.

Entre 1952 y 1953 publica el poeta su libro *Familia de la noche.* En él, su primer poema es una verdadera síntesis vital. En él, el autor, mediante el concurso de las visiones más inmediatas y cercanas, irá descubriendo toda una historia universal y humana y toda una filosofía. Lo hemos incluído en esta sección porque Carrera plantea todo basándose en lo que él mismo denomina «un orden eterno». Nos dirá del maíz salvado de las aguas o «Moisés vegetal»; nos contará de «Grecia en el palomar» dando «Lecciones de alada ciencia»; de Egipto, andando «en los escarabajos»; de Heráclito, impidiéndole dormir con

sus «pasos que sin fin recomienzan», de un «Dios lacustre» que «andaba entre los juncos soñando eternidades».

Queda, pues, una verdad en claro: las formas pasajeras y la constante realidad de un fundamento.

6) *La luz.*—Como punto final en la trayectoria poética de Jorge Carrera Andrade, me referiré a la luz como clave de su conocimiento de la existencia, como elemento indispensable de interpretación. Pero es la luz considerada en sentido lato, amplio, abarcador de visiones optimistas. De este modo es luz la luz del sol, es la claridad del día, es el tiempo primaveral. Es la luz, más que nada, un símbolo: palabra cabalística, madre de todas las creaciones, sostenedora fiel de las más completas permanencias.

Es luz el

Tiempo en que el corazón quiere saltar descalzo
y en que al árbol le salen senos como a una niña.

Es luz

La venta (que) nació de un deseo del cielo
y en la muralla negra se posó como un ángel.

Y llegamos al último poema del libro *Familia de la noche,* intitulado «Las armas de la luz». Es un poema capital en la obra del autor. En él, en la forma más clara, aparece la luz como punto de convergencia de todas las cosas:

El día, alzado en armas,
gira a mi alrededor. ¡Oh cerco de oro
seguido por la azul caballería
del horizonte en trance de palabra
o de vocal redonda eternamente!

Así comienza el poema, de lleno, pleno como esa misma claridad, planteando de una sola vez las cosas.

El poeta, ante la magnificencia de la luz del día meridiano, estremecido ante su esplendorosa y decisiva majestad, se inclina casi religiosamente, repleto de gozo luminoso:

La luz hace nacer todas las formas,
extranjera venida de la altura
palabra de lo eterno repetida.

¿La luz es, pues, para el poeta el origen primario de los seres y de las cosas? No lo creo. Interpreto más bien su concepción de esa luz en sentido instrumental. Carrera deja la causa final quizá algo velada y solamente cognoscible a través de sus manifestaciones.

Cuando más adelante nos dice: «La luz me mira, existo», juzga su existencia —la del poeta— como una consecuencia de otra consecuencia. Esto se ratifica después cuando señala:

Ya comprendo la lengua de lo eterno,
como de lo lejano y lo escondido
porque la luz ha entrado meridiana
en mi cuerpo de sombra hasta los huesos,
tubería de cal por donde sopla
la música del mundo, el tierno cántico
de la familia universal de seres
en la unidad terrena, planetaria
de su común origen: la luz madre.

Mejor que lo eterno es la luz «la lengua de lo eterno», es medio de comunicabilidad de lo eterno, es cántico eternal de existencia. La luz no es el sustantivo, es un atributo del nombre no expresado.

Hay algo de zozobra, de inquietud final, que el mismo autor del poema manifiesta en éste. Por más que nos asegure lo contrario en su prólogo a *Edades poéticas,* Carrera no se ha explicado todo, y es mejor que así sea. Hay una puerta abierta todavía a la inquietud final.

Nos dice en el mismo poema:

Mido el tiempo, el color, mi metro aplico
a lo que me rodea, mas no veo
más allá de las nubes, se me escapa
la música y la luz entre los dedos.

«Se me escapa la música y la luz entre los dedos.» La explicación se escapa, como se escapa toda consecuencia. Quizá falta un algo a nuestras consideraciones. Hay una angustia final que nos envuelve, drástica y sistemáticamente, al encontrarnos a nosotros mismos. Y todo, ¿para qué? Y luego, ¿qué?, nos preguntamos cuando en la noche han cesado ya los ruidos, cuando duermen hasta los motores de los taxis urbanos, cuando hasta el llanto de los niños se ha trocado en ágiles suspiros.

Falta una explicación. Hay una interrogación final que, más que contestarla, es preferible dejarla suspensa y en su mejor pureza. El autor, al final del poema, así lo hace:

En mi morada oscura
vuelvo a escuchar al hombre del espejo
que habla conmigo a solas,
me mira e interroga frente a frente,
en eco me responde en mi lenguaje
y se asemeja a mí más que yo mismo.

En un libro posterior de Carrera Andrade nos encontramos con su poesía «Aurosia». Es el poema de los deseos del poeta, de la felicidad no encontrada, de la dicha apenas sugerida. Sueña y mira un planeta dorado, de paz, de amor y de abundancia. ¿Quizá —me pregunto— existe en los poetas el recuerdo de épocas remotas, vividas por sí mismos, cuando vestían otro externo ropaje? ¿Quizá en el poeta se produce la anámnesis de los griegos, por la cual rememora un remoto y desaparecido paraíso terrenal?

Nos dice el escritor:

Todo es oro en Aurosia, el remoto planeta
donde las noches áureas son más claras que el día.
Los seres que lo habitan, más humanos que el hombre
viven en paz cavando sus auríferas minas.

Es un mundo ideal, distinto de la tierra y mejor siempre que ésta. Es un mundo al que pertenecería el «Angel, ángel», de Rafael Alberti. Son las diferencias existentes entre el mundo real y el de un sueño amoroso, entre el mundo que es y el de un deber ser afectivo. Es una utopía del poeta —Platón o Tomás Moro, aún más generoso—, que elabora una felicidad que cobra existencia en la vida de su palabra:

La distancia entre Aurosia y la Tierra se mide
no sólo en años-luz a través de la nada
sino en años-amor, en siglos de ternura.
No es capaz el terrícola de salvar la distancia.

Y más abajo:

La leyenda relata que en los días primeros
cuando no había oro sino selvas y montes
existió un ser huraño, mezquino y siempre solo
que un día vertió lágrimas: Decía que era «un hombre».

Este es el mundo utópico de Aurosia, feliz y placentero, justo y equilibrado. Solamente una vez fué turbado por las lágrimas de un hombre —como nos dice el poeta—, lágrimas seguramente suyas y que a veces turbarán sus ensueños. Lágrimas de hombre, porque el poeta es hombre; lágrimas de dolor, porque de él está fraguada la condición humana.

Angel Serrano Aguirre
Embajada del Ecuador
Claudio Coello, 65
Madrid



BRUJULA DE ACTUALIDAD



Sección de Notas

PAUL KLEE Y LA MUSICA

Por un singular privilegio, real amabilidad de amigos suizos músicos, he podido recorrer con calma este año esos maravillosos museos de las pequeñas, humanísimas, ciudades. Leía y veía lo mismo: el espléndido diario de Paul Klee y sus mejores cuadros. Es una pintura, son especialmente unas acuarelas, que se distinguen de manera precisa por un adjetivo, concreto para ellas, vago en otras aplicaciones: es pintura «espiritual». No es ya la dulzura de la primera época, que acusa hasta con exceso la influencia de la música; en casi todas las posteriores, quiere decir lo «espiritual», en ese mundo batido por la gran borrasca expresionista, que la fantasía nunca es producto del azar o del automatismo, que hay una doble influencia de la ternura y del sentido del humor donde la inteligencia y la pasión tienen ese «más» del espíritu, más que el «esprit», menos que la violencia de la inspiración cuando es «viento» en el sentido paulino de la palabra. Que uno de los más grandes protagonistas de la pintura amarga, dolorosa, subversiva, condenada por todas las reacciones, haya tocado el violín en orquesta que recorría estas ciudades, haya sido ciudadano de la Berna pacífica y burguesísima, es uno de esos hermosos contrastes del arte de nuestro tiempo.

El voluminoso «Diario» de Paul Klee me ha hecho compañía durante el viaje. Comienza con los recuerdos de la niñez, cuyos relieves son recogidos muy a la manera freudiana. En estos capítulos y en todos ocurre lo mismo que en la pintura: los temas «constantes» de ese mundo expresionista, los temas oníricos, los temas sexuales, la enorme influencia de Nietzsche, se dan en admirable orden y con muy pulcra lucidez. Sabemos de manera precisa el orden en la adquisición de una enorme, «distinguida», cultura; se nos da con ojos de pintor que sonríe, que es casto a tiempo para ver mejor, una de las más deliciosas descripciones de Italia. Y cuando estamos metidos desde siempre en un tema, en este caso el de la «música e intimidad», Dios ayuda: he aquí cómo desde el mundo de los pintores nos llega uno de los «diarios» más ricos de música.

Paul Klee es, en primer lugar, músico: podía dudar durante mucho tiempo de su vocación de pintor, se creerá, y con razón, escritor, pero siempre, siempre, será músico, violinista. Yo diría músico en un doble

sentido de la palabra: violinista de sonatas, de cuarteto, de atril de orquesta y músico en la manera personal de enfrentarse con el mundo. Para empezar: Paul Klee vive en los años y en el medio de la más burguesa y refinada incredulidad: heredan de la burguesía la racionalidad, la falsa paz que se defiende contra el misterio y que sobresaltaban unos pocos, Klee entre ellos, con la influencia de Nietzsche. Pierde la fe ¡a los cinco años!, es decir, no la ha tenido nunca, se siente Dios a la manera nietzscheana. Al mismo tiempo vive la pasión del misterio como tal y vive en sí la tremenda pasión de ese misterio hecho cuerpo, vida sexual. «Yo no quiero conocer más que el misterio», dice muy joven (pág. 34), pero el cuerpo, tantas veces, tira, manda y mancha. Sin duda alguna, la música ha sido para Klee, como para tantos, el sucedáneo de la auténtica religiosidad. Llamo la atención —¿será, quizá, por vez primera?: no he encontrado bibliografía acerca de la música en Klee— sobre lo siguiente: Klee se acoge a Bach, a Mozart, primerísimo, y a los grandes románticos. Escoge, junto a Beethoven, músicas muy singularmente «espirituales», Brahms en primer lugar. De muy pequeño (pág. 19) escucha el concierto de Brahms y queda «destrozado» en uno de esos típicos, inolvidables, insomnios de adolescente que Dios manda y aprovecha para meterse como sea. No parece de su tiempo ni para un pintor de esa línea, el repetido cariño por Franck, por su sinfonía y por «Redención». El misterio se le da como melancolía, un poco a la manera baudeleriana de «irritada melancolía por el paraíso perdido»: «una melancolía me invade como cuando oigo Schubert» (pág. 80). Se defiende, en cambio, es curioso, de las músicas donde la espiritualidad es como especial programa; por eso, por el «añadido», le parecen «menos» música Mahler y Bruckner (pág. 223). Esa musicalidad, como abierto camino al gran misterio, le hace también defenderse de las músicas que complican en exceso la marea sexual. Es curiosa la manera de querer, pero también, hasta cierto punto, de defenderse del «Tristán»: «A fuerza de filosofías yo me alejaba convulsivamente de la mujer, sin poder, en cambio, salir de la melancolía que me inspiraba la contemplación de las jóvenes, de las muchachas. Durante el segundo acto de «Tristán» mis nervios se pusieron en carne viva» (pág. 53); en cambio, días más tarde, y en una cita en la que el pintor surrealista y el músico se juntan de manera singular, dice: «El desarrollo sexual engendra los monstruos de la perversión: Un ciclo en tres partes: Carmen-Gretchen-Isolda» (pág. 57). Se defiende también del «ataque» de Strauss. Comprende muy bien a Schönberg y le divierte el que «Pierrot Lunaire» (pág. 264) haga de leña al fuego en el Berlín expresionista, pero no se mete en su «misterio». Cita el «Pélleas et Melisande» «como la más bella ópera después de la muerte de Wagner» (pá-

gina 231), pero nada más. Es indudable que Bach o Brahms, dejando a Chopin a un lado como algo sólo de la infancia (pág. 81), toda esa música ha sido para Klee el mundo «aparte» y como religioso de su vida sin fe. Atención a esta larga cita, «clave» para todo Klee: «La música me ha consolado a menudo y me consolará si es necesario. Es casi insoportable el pensamiento de vivir en una época de epigonos... Actualmente no hay más que tres cosas: una antigüedad grecorromana con su concepción objetiva de orientación hacia la tierra y de gravitación arquitectónica —Physis— y un cristianismo de concepción subjetiva de orientación hacia el más allá y de gravitación musical. La tercera cosa consiste en ser un modesto ignorante autodidacta, un minúsculo yo» (pág. 133). Al lado de las manifestaciones, más bien manifiestos, de Kandinsky sobre la música, contemporáneas de las significativas y bellas aventuras pictóricas de Schönberg, lo de Klee parece poco, como demasiado prudente. No es así: Paul Klee, músico de verdad, va como de puntillas para no invadir campos, para no crear confusiones.

Son interesantes los juicios musicales de Klee: insisto en su «profesionalidad», agudizada cuando en varias temporadas ocupa su puesto en orquesta provinciana que necesita de mucho entusiasmo, de mucho ensayo y de mucha paciencia. El gusto de Klee es tan exquisito como seguro y, además, diríamos, modernísimo. Ese «Dido y Eneas» de Purcell, que creemos haber redescubierto, lo ve ya él con el adjetivo exacto: «Grandioso» (pág. 215). Como tantos en esa época, ha comenzado su educación por la ópera, especialmente por la ópera italiana. Pasa de largo sobre Donizzetti, se divierte con Rossini y se fija, con un criterio que es el de Toscanini un poco después, en «Traviata», por su «deliciosa sensibilidad», por sus «melodías sorprendentes», por el ambiente del cuarto acto (pág. 115). Siente emoción especialmente delante de «Otello»: «el amor purificado de los celos por la muerte; ¡con cuánta belleza expresa esto la música al final! Emocionante para mí, que no conocía aún esta obra» (pág. 199). Se vuelve contra el verismo, pero dejando aparte a Puccini (págs. 87, 98). Tiene especial encanto la aparición en Berna de un Casals todavía joven. «En el quinto concierto sinfónico tocó Casals: ¡uno de los más maravillosos músicos que haya habido jamás! Su tono de cello es de la más conmovedora melancolía. Son ilimitados sus medios de expresión, tan pronto hacia el exterior, pero partiendo de la profundidad, tan pronto hacia el interior en la misma profundidad. Toca con los ojos cerrados, pero su boca se contrae ligeramente en el seno de semejante paz» (pág. 170). «El cielo parecía abrirse», continúa, y cuenta con todo detalle cómo Casals, frente a la impertinente torpeza del director, conduce con unos cuantos golpes de arco a los flancos de la orquesta. Lo cuenta, además, en lenguaje ideal de

crítico que sabe y palpa todo el entresijo musical y que sabe olvidarlo o parece olvidarlo, acercando al público las palabras exactas, luminosas y claras.

Sería largo e innecesario detenerse en cada una de las citas musicales del diario de Paul Klee: todas son interesantes por lo exactas. Termino estas páginas, también de diario, recordando el juicio que le merece el más famoso método de estética musical de la época, él de Hanslick. «Muy inteligente y nada más que teoría» (pág. 131). Porque Klee es tan exacto al fijar en el diario sus impresiones musicales, nos damos cuenta del altísimo grado de temperatura que él exige a la música y a la interpretación de la música. ¡Y cómo ha sido fiel hasta el final! En la noche de Navidad se colgaba el violín presidiendo los regalos; se descolgaba después para oír Bach y Mozart. Me han invitado a Suiza para oír los conciertos de Lucerna y para visitar los museos: escribo de aquéllos y gozo de éstos. Pero me hacía falta decir a mis amigos de la crítica pictórica que quisiera ver más, mucho más, citado el violín de Paul Klee: es el lirismo lo que conserva prodigiosamente esta pintura, un lirismo inseparable de lo que la música significa para lo mejor de la vida de cierta minoría suiza. La herencia del puritanismo, me parece, se va clarificando, y frente al mundo, a veces insoportable, de la panzuda prosperidad se hace, yo diría se redime, como pobreza espiritual, como ganas de olvidarse de la materia: eso que es el lirismo pictórico de Klee, eso que es el bello silencio de algunas viejas plazas de Berna, eso que también vió Rilke; cosas y espacios resueltos en música.—FEDERICO SOPEÑA.

EL CAMINO Y EL TIEMPO

El espíritu rebelde de las nuevas generaciones, de la *beat génération,* tiene varios modos de manifestarse. En estas diferencias esenciales interviene el ambiente, la raza, el régimen político de cada país y de cada pueblo. En Inglaterra y en los países escandinavos, los jóvenes están poseídos por la manía de la destrucción material de las cosas; en Rusia, por la borrachera, el anticonformismo, la música occidental; en los Estados Unidos, por la pasión del viaje y de la amistad. Lo que ellos llaman «viaje», entendámonos bien, no coincide más que en parte con lo que podría llamarse un viaje conformista. Lo importante no es llegar, sino, al contrario, estar en camino, ver gente, trabar amistades, conocer el inmenso país. El viaje es como una canción: el placer dura mientras se canta, y no al final de la melodía. Viajar, en una palabra, es conocer.

Es éste el sentido oculto del libro de Jack Kerouac titulado *On the Road (En el camino)*, considerado como la obra más representativa de la «generación amarga». Se trata más bien de una epopeya que de una novela, escrita según la tradición de la prosa lírica norteamericana, característica tanto de Walt Whitman como de Thomas Wolfe, pero en cuya mística selva encontramos también las huellas de Louis Ferdinand Céline y las de Henry Miller, los dos escritores malditos de nuestro tiempo. Bastarían estos nombres para situar el libro de Kerouac en una vaga geografía literaria, si el autor fuese un escritor catalogable, un ejemplar bien definido de alguna especie espiritual. Pero no lo es. Jack Kerouac, de familia canadiense, originaria de la Bretaña francesa, podrá ser clasificado en el momento en que sus libros logren dibujar una silueta precisa y clara sobre el telón de fondo de la literatura occidental. Por el momento, lo que ha escrito no le da ningún derecho de ciudadanía. Es como aquellos hombres-pájaros que se autotitulan «ciudadanos del mundo» y no pueden desembarcar en ningún puerto. «Sus alas de gigante les impiden marchar», como el *Albatros,* de Baudelaire.

Más que con Kerouac, esta imagen coincide con el héroe principal de su libro, el fantástico Dean Moriarty, el símbolo viviente de la *beat génération,* enamorado no tanto de la bebida y de las mujeres, cuanto del concepto puro de la amistad y del frenesí del viaje. Dean Moriarty ha estado en la cárcel y ha pasado su adolescencia en un instituto de reeducación. Su padre es un vagabundo de los estados del Norte y del Sur, de todo el paisaje norteamericano. En sus correrías por el país, Dean se acuerda de pronto de su padre y lo busca en los sitios más inverosímiles, sin encontrarlo jamás. Vivir para viajar, inclinado sobre el volante de un coche que se traga los kilómetros con la velocidad de un avión, esquivando la muerte en cada curva, recorriendo mil millas diarias, sin dormir, sin comer, desnudo como un semidiós, hablando sin interrupción de literatura y filosofía, de música y de amor, adorando el sentido del tiempo encerrado en la voracidad del espacio, esto es vivir heroicamente, peligrosamente.

Dean Moriarty lucha en contra del tiempo con el volante entre las manos, como una espada maestra. Establecerse significa para él dejarse vencer por el tiempo, sucumbir. Cuando se decide a parar en alguna ciudad, su manera de combatir el tiempo es la de beber y de escuchar música de *jazz,* dos técnicas suyas de situarse fuera del tiempo, de ponerse a salvo. Tiene una mujer en Nueva York y otra en San Francisco y viaja con otra debajo del brazo; sus amigos se encuentran en todas partes, y en cada ciudad alguien le sale al encuentro. Cada uno de estos encuentros a lo largo de las carreteras significa una

noche de locura, coches robados, peleas en los bares, lágrimas ante algún saxofón genial, horas de discusión, y luego otra vez la carretera, deslumbrante en el sol, a través del país de las maravillas. Si el dinero se acaba, el coche de Dean embarca a algún transeúnte que paga la gasolina. Para comer algo basta un momento de descuido en alguna tienda, y el pan y el queso cotidiano desaparecen en los bolsillos de Dean. El camino, como decía Julien Green en su *Diario,* es el sitio en el que se ha decidido la historia y el destino del mundo. No hay mejor lugar para pensar en un crimen o en una obra maestra. Es lo que piensa Dean Moriarty. Y por esto camina sin cesar, como un satélite natural de la tierra americana.

¿Qué es lo que quieren, en el fondo, estos jóvenes desencadenados? Si recordamos los libros de la generación anterior, las novelas y los poemas de aquella gente que militaba en los Estados Unidos por la justicia social, que llegaba a expresar el odio por su propio país y a autodesterrarse, que coqueteaba con el partido comunista y se alistaba en las brigadas internacionales, nos daremos cuenta en seguida de la profunda diferencia que separa la «generación amarga» de Kerouac de la anterior. Uno de los personajes de su libro, y uno de los más interesantes y representativos, odia sólo tres cosas en la vida: la burocracia de Washington, la gente de izquierda y los policías. Todos los héroes de Kerouac son creyentes, hablan de Dios y de la eternidad —su misma lucha en contra del tiempo o del reloj es una búsqueda de la eternidad—; todos ellos son una especie de santos o de malditos, como el mismo Dean Moriarty. Una noche, durante uno de estos terribles viajes sin meta, el autor del libro sueña con un árabe que le persigue a través de un desierto y le alcanza antes de haber conseguido entrar en la Ciudad Santa. Con sus amigos, Kerouac trata de descifrar este sueño y lo hace de la siguiente manera: «Naturalmente, ahora, cuando vuelvo sobre este enigma, me doy cuenta que no se trata más que de la muerte: la muerte nos alcanzará antes de llegar nosotros al paraíso. La única cosa que anhelamos durante toda nuestra existencia, que nos hace suspirar y gemir y sufrir toda clase de dolorosas náuseas, es el recuerdo de alguna felicidad perdida que hemos sin duda experimentado en el seno materno y que no podría reproducirse más que en la muerte.»

Otra noche, el autor —el libro está escrito en primera persona— se despide de una muchacha mejicana a la que quería muchísimo. La muchacha se aleja, después de haberle besado, y Kerouac escribe: «Nos volvimos al dar el duodécimo paso, ya que el amor es un duelo, y nos miramos el uno al otro por última vez.»

Todo el libro está hecho de despedidas, ya que no es más que

la historia de un viaje sin fin, una sinfonía inacabada, puesto que la despedida del autor de su amigo Dean, compañero de tantas aventuras, puede ser o no ser la última. A veces, ante la perspectiva de una de estas despedidas, los jóvenes van a escuchar música en el bar del barrio mal afamado de San Francisco o de Denver. El libro se transforma entonces en un ritmo de *jazz* endiablado, apasionado, triste y alegre a la vez. La noche mejicana, al final del libro, es una de las realizaciones más locas y más geniales de la literatura contemporánea, una verdadera obra maestra en pocas páginas, llenas de música, de noche, de sangre, de amor, de virilidad desesperada ante la cara sin respuesta del destino. Debido a páginas como ésta, que abundan en el libro de Kerouac, toda la novela alcanza a veces altitudes de tragedia antigua, de noche dominada por la fría mirada de Moira, la diosa que controlaba hasta el destino de los dioses, la única inmortal. Es fácil imaginarse a los griegos de la época de Pericles y de Platón, los Alcibíades de la época de oro, moverse, sufrir, esperar, lanzarse a las aventuras más inverosímiles, bajo el impulso de aquel terror secreto y divino que mueve a los grandes pueblos, encarnados en sus juventudes, hacia el cumplimiento de sus majestuosas trayectorias vitales. Es ésta la impresión con la que el lector cierra el libro de Jack Kerouac para pasar en seguida a una lógica e inevitable comparación. En efecto, es menester recordar aquí la novela de un joven ruso, Abram Tertz, publicada recientemente por la revista *Preuves*, de París. Aquel trágico relato, en el que los jóvenes rebeldes acababan en el campo de concentración, dejaba en el alma un sabor enfermizo, como si el libro nos hubiese conducido a una enfermería de cuartel abandonado, a un triste rincón de este mundo, sin salida y sin ventanas. La juventud soviética está moviéndose bajo un yugo bien visible, al que trata de sacudir en silencio, sin atreverse demasiado a gritar su deseo de libertad. La tragedia de estos jóvenes es tanto material como espiritual; es la tragedia de un pueblo sometido a una tiranía avejentada en el Poder, mediocre e incomprensible. Su ejemplo no es aleccionador, ya que no implica en él la suerte de la Humanidad, sino la de un período histórico perecedero, exento de herencia.

La juventud norteamericana, en cambio, tiene otro problema que resolver. Su destino es representativo para la Humanidad, ya que su búsqueda es metafísica y su sed de perfección puede ser ejemplar. De aquí la pasión con la que las maneras y las manías de esta juventud son imitadas por todos los jóvenes de hoy, sean ellos de París o de Moscú, de Francfort o de Bucarest, de Montevideo o de Jakarta. Detrás de los modales del *hypster* hay una inquietud que no se acaba en sí misma, que envuelve en su melancolía y en su esperanza (o en

su espera) a todos los jóvenes del mundo. De esto da cuenta, de manera a veces genial, la conmovedora novela de Jack Kerouac.—VINTILA HORIA.

LIBROS DE PORTUGAL

LA POESÍA COMO TESTIMONIO

Después de *Movimento perpétuo* y *Teatro do mundo,* publicados respectivamente en 1956 y 1958, António Gedeão, una de las voces más recientes y, sin embargo, más maduras de la poesía portuguesa de hoy, acaba de dar a la luz su tercer libro de versos, titulado *Máquina de fogo* (1).

Este poeta, cuyo verdadero nombre, bajo el que ha dado a conocer varios libros escolares de divulgación de ciencias físicas y químicas y algunos trabajos de investigación de historia de la ciencia, es Rómulo de Carvalho; nació en Lisboa en 1906. Publicó, pues, su primer libro de versos a los cincuenta años. Por eso, ni en *Movimento perpétuo* ni en los dos siguientes se advierten los titubeos de quien busca afanosamente su camino, se plantea el problema de la temática adecuada a su carácter o lucha contra las asperezas de la técnica. Desde su primera aparición, Gedeão surge como un escritor hecho, maduro, de irrenunciable vocación humanista. Jorge de Sena afirma en el comentario que le dedica en la tercera serie de *Líricas portuguesas* (Lisboa, 1958), que es «poeta de admirables y, casi podríamos decir, excesivos recursos». El comentarista apunta al blanco, pero no da exactamente en él, lo que le lleva a rectificar la puntería cuando añade que es señor de «una notable seguridad rítmica y armónica, que continúa y desarrolla, con una fina cultura literaria, casi todas las conquistas literarias del modernismo». Este desarrollo tardío de los presupuestos modernistas —si admitimos la estimación de Jorge de Sena— únicamente podía llevarle, para evitar el escollo del amaneramiento, a un barroquismo que, si bien se advierte en los dos libros iniciales, empieza a ser abandonado en el que comentamos.

Cronológicamente, António Gedeão, de haberse incorporado durante su juventud a la vida literaria, habría coincidido con la generación de la revista *Presença* o con los epigonos de la misma. No lo hizo así y él sabrá por qué. Lo indudable es que Gedeão ha debido de

(1) Comp. e imp. nas oficinas da Atlântida. Coimbra, 1961.

escribir muchos versos antes de decidirse a reunirlos en volumen. La ponderación y la maestría, en contra de lo que pueden suponer algunos ingenuos, no se adquieren gratuitamente. ¿Por qué, pues, ha demorado tanto su aparición pública? Aun caminando por el terreno de las hipótesis, bueno será advertir, para tratar de situar la obra publicada hasta la fecha, que tal vez sintiera desvío, si no timidez, por difundir sus versos cuando, bajo el influjo de los principios de *Presença,* un lirismo más o menos desarraigado de la realidad inmediata era aplaudido por los lectores y la crítica. Hubo de imponerse la corriente neorrealista y evolucionar el panorama poético portugués hacia lo que, en su *Antología a novíssima poesía portuguesa* (Lisboa, 1959), han llamado Maria Alberta Menéres y E. M. de Melo e Castro «una manera específica de épica interior o... una forma dramática latente, ambas impregnadas de un criticismo doloroso y palpable» para que Gedeão creyese llegado su momento.

En nuestra *Antología de la nueva poesía portuguesa* (Madrid, 1961) decíamos que este poeta «transporta a una forma barroca y cargada de sabiduría tradicional los problemas de las tendencias más actuales». No nos apeamos de nuestro juicio, pero bueno será señalar que ante muchos de los poemas de *Máquina de fogo,* si bien su vocabulario continúa siendo barroco, sentimos la tentación de llamarlo sencillamente rico o pletórico, pues la línea expresiva se ordena de acuerdo con presupuestos tendentes, más que a la filigrana verbal, a conseguir un impacto rápido y preciso, a la manera neorrealista.

Por lo demás, se ve que a nuestro escritor no le preocupan demasiado las modas ni las escuelas. Si el poeta actual —porque pretende en el fondo crear otra especie de literatura— le importa no parecer un literato, Gedeão se inscribe dentro de una tradición expresiva que afecta por igual a su dicción y a su técnica. Y sin embargo... Hemos hablado al principio de humanismo. No lo hemos hecho a humo de pajas: en el poema «Amostra sem valor» dice:

Universo sou eu, com nebulosas e tudo.

Se trata de la concepción humanista del hombre como microcosmos. Pero, cuidado, el saberse reflejo o, más semánticamente, miniatura del universo, no quiere decir que ese otro mundo más grande y complicado, y muy especialmente las constelaciones de microcosmos que lo habitan, vayan a ser abandonados en beneficio de una estética egoísta. Y aquí, en esta coordinación de la esencial libertad del hombre con su subordinación a los imperativos de carácter sociológico, es donde reside el gran valor de la poesía de Gedeão. Se da en ella la condición exigida por Heidegger: «Pensar la verdad del ser quiere decir

a la vez: pensar la *humanitas* del *homo humanus*» *(Carta sobre el humanismo).* Sólo que los caminos de Gedeão son, como poéticos, más intuitivos que los de la filosofía. De ahí que la reivindicación heideggeriana del pensamiento aristotélico de que el poetizar es más verdadero que el filosofar se cumpla en toda su plenitud humanística en este libro de Gedeão, como se da —al margen de sistemas metafísicos o negadores de la metafísica— en la orientación hacia la realidad de las nuevas generaciones poéticas.

La *Máquina de fogo,* de António Gedeão, camina entre la ironía y la angustia. Angustia, porque reiterando el concepto rubeniano de que en el hombre existe mala levadura —concepto, por otra parte, viejo en la historia de la cultura—, el poeta afirma que

Os homens nascen maus.
Nós é que havemos de fazé-los bons.

Si al hombre, que nace malo, es el poeta quien ha de hacerlo bueno, ¿cómo no sentir por nuestra parte el tremendo peso que Gedeão descarga sobre su poesía? Sin embargo, el tono de este escritor no participa del nerviosismo de Papiniano Carlos o de los acentos sarcásticos de Gomes Ferreira. El arma de Gedeão es la ironía. Una ironía, cruel en ocasiones, que alcanza tonos patéticos, similares a los del Pessoa de *O menino de sua mãe,* en *Trovas para serem vendidas na Travessa de S. Domingos* o de sobresalto sorpresivo en *Dia de Natal* o *Anti Anne Frank.*

La decidida apertura hacia la realidad social que, en comparación con los anteriores del mismo autor, se advierte en este libro es un reajuste, no una rectificación. Un reajuste que, lejos de embargar la personalidad literaria de Gedeão, la sitúa, al exaltarla, en un lugar de privilegio, tanto por su poder expresivo y emocional como por su singularidad de medios y soluciones.

☆

Daniel Filipe, poeta caboverdiano, nacido en 1935 y residente en Portugal, acaba de publicar el octavo de sus libros, sexto de sus poesías y quinto, entre estos últimos, de los aparecidos bajo su nombre, puesto que en 1957 publicó, atribuyéndolo a un Raymundo Soares, el titulado *A ilha e a solidão,* por el cual le fué otorgado el Premio Camilo Pessanha del año anterior. Este escritor, uno de cuyos libros —¿conocería ya el título de Alberti?— se llama *Marinheiro em terra* (1949), tiene una personalidad contradictoria que sólo ahora, al publicar *A*

invenção do amor (2), parece definirse en el terreno del hombre y del poeta. Se define Daniel Filipe como hombre porque, abandonando ciertas coqueterías narcisistas (en *Marinheiro em terra* dijo que dentro de él cabía «la gloria de ir solo», y en *O viajeiro solitario* —1951— pedía que le dejasen ser «líricamente fútil») y ahondando en el surco abierto por *Recado para a amiga distante* (1956), se convierte, como dice Urbano Tavares Rodrigues, en «el cronista poético de una época». Se define como poeta porque sus versos, al hablar el lenguaje de lo real, ganan prestancia y calidad, se hacen flexibles y expresivos, inciden directamente en el ánimo del lector.

Ser cronista poético de una época no quiere, ni mucho menos, decir que la poesía corra el riesgo de convertirse en prosa, de perder su calidad específica. Hay muchas maneras de historiar: no sólo los autores anónimos de nuestro romancero, sino también Berceo y el Arcipreste, escribieron historia sin que sus obras dejasen de ser poéticas. En nuestra época —y pasando a los autores de lengua portuguesa—, Manuel da Fonseca y Gomes Ferreira, en Portugal, y Drummond de Andrade y Cabral de Melo, en el Brasil, continúan escribiéndola. Objetividad no es sinónimo de prosaísmo, ya que la realidad de las obras no reside en su superficie, sino en su fondo, el cual es, en fin de cuentas, su *ultima ratio*. Por eso, Daniel Filipe, en el largo poema (259 versos) que presta su título al libro, no deja de hacer la crónica de nuestro tiempo por el hecho de crear una anécdota que, si no fuese trágica, podríamos tratar de caricaturesca. Pero es que, a partir del suceso imaginario, la glosa poética nos va mostrando una terrible realidad histórica que se nos impone de manera incontestable.

La historia es bonita de contar: un hombre y una mujer se encontraron una tarde de lluvia en un bar

e inventaram o amor com carácter de urgência.

No hubo sensualidad en aquel encuentro. «Sólo el silencio. El descubrimiento. La extrañeza de una sonrisa natural e inesperada.» Los descubridores del amor no salieron a la calle dándose la mano: «Se despidieron, y cada uno tomó una dirección diferente», pero, sin embargo, iban «subterráneamente unidos».

Hasta ahora todo parece normal. Parece, pero no lo es: las esquinas de la ciudad se llenan de carteles que denuncian el suceso. La radio, la televisión, los periódicos, toman cartas en el asunto. De grandes causas, grandes efectos: la Policía ha organizado metódica-

(2) Col. Sagitario. Lisboa, s. f., pero impreso en 1961.

mente la caza de quienes osaron descubrir el amor. Se ofrecen recompensas en metálico a quienes capturen o ayuden a localizar a la pareja. Se cierran las escuelas para evitar que los niños sufran la contaminación de quienes ya se saben fugitivos. La alarma cunde por la ciudad, por el país. Y no es para menos:

Está em jugo o destino da civilizaçâo que construimos
o destino das máquinas das bombas de hidrogénio das
[normas de discriminaçâo racial
o futuro da estrutura industrial de que nos orgulhamos
a verdade incontroversa das declarações políticas.

Y todo porque un hombre y una mujer han descubierto el amor. La alegoría no puede ser más clara. Ni la retórica, más manifiesta. Porque en esta poesía, ya se está viendo, hay retórica, existe —para tranquilizar a quienes temen los prosaísmos— un planteamiento poético, una exaltación lírica, una intención satírica... ¿Qué más quieren los defensores de los valores eternos?

La historia que poetiza Daniel Filipe carece de desenlace, porque es la historia de todos nosotros, la síntesis de cuanto nos turba por incomprendido o porque lo comprendemos demasiado.

No vamos a analizar, uno por uno, los tres poemas de este libro. Sí diremos, para calificar literariamente a su autor, y salvando su personalísima manera de escribir, que dos influencias, una brasileña y otra portuguesa, se descubren en la poesía de Daniel Filipe. De una parte, la de Carlos Drummond de Andrade, su tono frecuentemente narrativo, la larga andadura de sus versos, la ironía sorpresiva y sorprendente, el lenguaje en ocasiones exaltado, en ocasiones coloquial; de otra, la de Egito Gonçalves, más patente que en el comentado en los otros poemas que completan el libro. Daniel Filipe, como el autor de *Memória de Setembro,* cifra su dignidad de hombre, incluso la necesaria para ser históricamente eficaz, en el amor a la mujer, a la compañera. Así se produce la síntesis de lo personal y lo colectivo, así es posible, sin dejar de ser un poeta lírico, hacer la crónica de nuestro tiempo sin renunciar a nuestra pequeña historia. Idea ésta que convendría meditar y que es, a nuestra manera de ver, la lección poética del último libro de Daniel Filipe.—Angel Crespo.

INDICE DE EXPOSICIONES

López García, «pintor de pueblo»

Es indudable la atracción que ejerce sobre el espectador sensible la pintura de este pintor, que viene del pueblo con una pintura pueblerina, hecha a conciencia de que sea así. No sabemos hasta qué punto habrá malicia en la producción de este artista, ni hasta qué punto habrá sinceridad; pero desde su última exposición en el Ateneo hasta esta de hoy sí existe un gran avance en la obra del pintor manchego López García. De lo que estamos seguros, y esto es un indicio, es de que los marcos que elige López García están «demasiado» elegidos en su «paletismo» para que sean auténticos, pues son ya muchos los años que este artista viene a Madrid para que no se haya enterado —que sí se ha enterado— de cómo puede enmarcarse un lienzo, aunque no dejamos de reconocer que sus elecciones son, a veces, muy acertadas, pues con ellas acentúa esa «veracidad» de sus temas. ¿Y cuáles son éstos? Un ejemplo sería suficiente. Todos conocen las fotografías que presiden comedores de pueblo, en las cuales un par de jóvenes o de viejos, ella tocada con velo o sin él, y el marido con boina, gorra de visera o sombrero, sonríen desde un mundo lejano que no volverá. Son retratos de boda reciente, o de bodas de plata o de oro...; también figuran esos retratos de la primera comunión de una muchacha de rostro aniñado y mirada lánguida, que murió una tarde cualquiera en un pueblo cualquiera, y de la cual, de un retrato pequeño, hicieron la ampliación orlada de luto por un «buen fotógrafo de capital». No faltan jóvenes de rasgos acusados, de las que nadie supo nunca nada y cuyos herederos siguen guardando el gran retrato, hecho por no se sabe quién.

Es un mundo sugerente y poético, en el cual hay toques de excelente pintor, cuidadas calidades y un hondo sentido español al que le va bien la poesía de Miguel Hernández.

López García tiene personalidad. En esta exposición, en la Sala Biosca, la hemos visto más acusada, y, desde luego, dueño de recursos técnicos que antes no veíamos en la profusión y seguridad de ahora. Estos recursos se aprecian también en sus esculturas y relieves. En unos existe un acento renacentista y en otros un marcado sabor popular, tanto en la inspiración como en la ejecución. López García ha ganado muchos puntos en esta última exhibición de su obra. No nos importa demasiado si el resultado es debido a una ingenuidad que sale del corazón o es producto de una elaboración mental. Sea como fuere, la obra es lo que importa, aunque ya particularmente nos satisfaría conocer la

verdad artística de López García, aun sabiendo de antemano que pudiera corresponder a un amaño. Pero el arte, al fin y al cabo, ¿no es inteligente y sensible amaño?

Lombera, pintor de caza y pesca

Toda una exposición dedicada a la caza y a la pesca. La amplia sala del Círculo de Bellas Artes adorna sus paredes con perdices, venados, truchas, salmones, etc. Naturalmente, el mérito que pueda tener la exposición es fundamentalmente documental. Un apurado realismo priva en la exposición, que tiene como mejores espectadores a los muchos aficionados a la caza y a la pesca, que ahora en época de veda, pueden recordar sus aficiones a matar animales contemplando las muchas especies que ha pintado Lombera, también cazador.

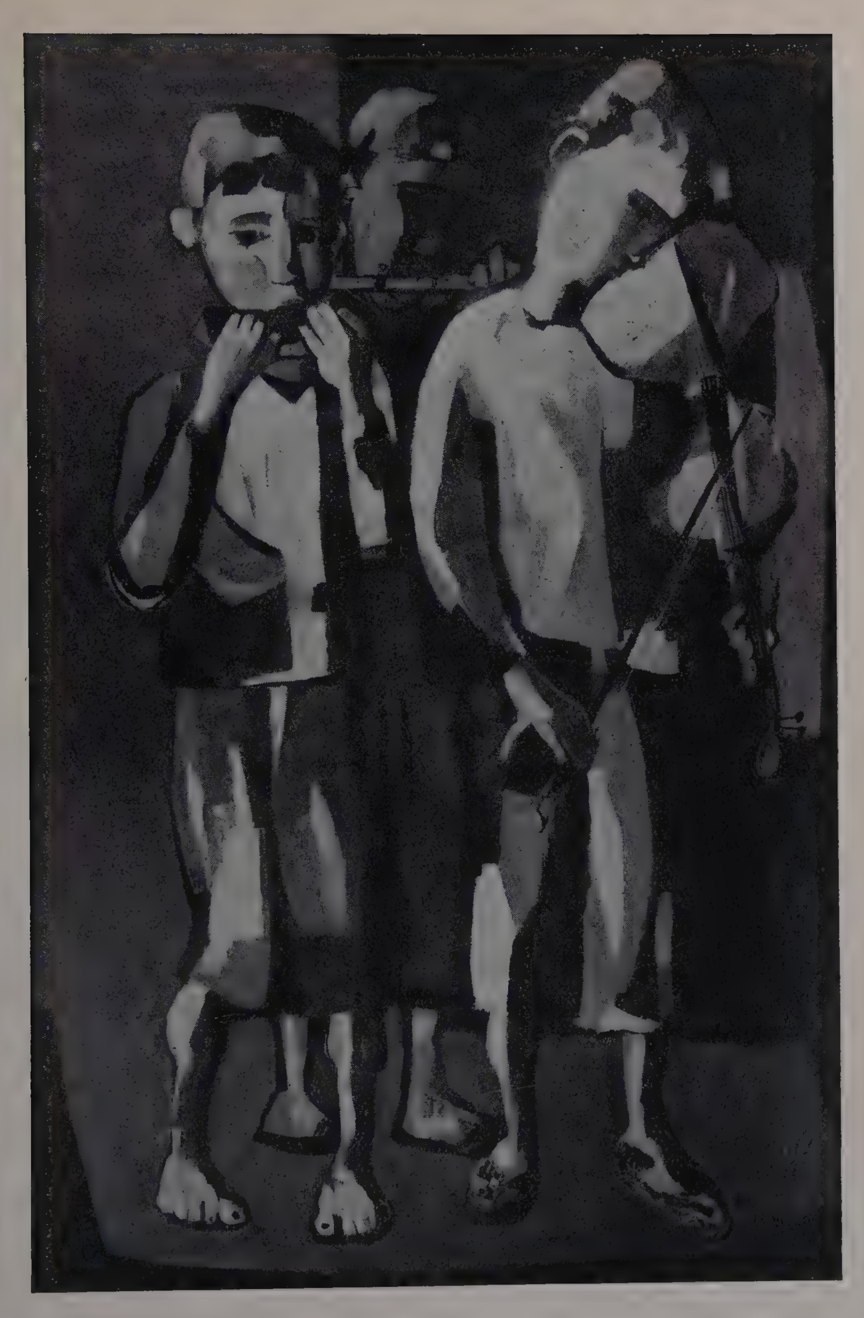
Entre los modelos expuestos hay algunos que tienen curiosidad propia, ya que su especie está destinada a extinguirse. Son ejemplo de ello el urogallo, al que dedican sus ocios los elegidos de la fortuna, que pasan hasta cinco días esperando ese instante en el que dice su endecha de amor para acabar con su vida.

Un bello destino..., el suyo.

Desde zarapitos hasta becadas, toda una teoría de las aves «dignas de ser muertas», tienen amplia exhibición en estos cuadros brillantes y «cromados», donde lucen y relucen plumas y pelajes de toda índole, así como escamas de toda índole también.

El conde de Yebes, experto cazador, nos dice sobre esta exposición: «En la obra de Aurelio de Lombera, y dentro del apasionante tema que aborda, a saber, la naturaleza, y dentro de ésta la caza y la pesca, preside algo de la mayor importancia. Y ello es su profundo conocimiento y amor a esa naturaleza y a esa caza. Es decir, conoce y siente lo que pinta como artista y como cazador y pescador. Para abordar este tema no basta dominar a fondo el dificilísimo arte del dibujo y de la pintura. Es preciso, además, conocer y saber sentir ese fabuloso mundo de la naturaleza, del campo y de los ríos... Si a esto unimos lo poco frecuente que va siendo esta especialidad entre nuestros pintores y dibujantes sacaremos en consecuencia el interés de esta exposición, en la que algunas de las obras, tanto en el conjunto como en el detalle y la calidad, puede equipararse a la de los mejores pintores que en la historia abordaron este tema incomparable.»

Como es sabido, el conde de Yebes es gran cazador, y es además notable escultor. Las dos cualidades le autorizan para enjuiciar esta exposición.



(*Orquesta infantil*, óleo original de BARJOLA)



(*Majestad*, obra de ANGEL FERRANT)

Tres premios de la crítica de Madrid: de Barjola a Picasso

Feliz ha sido la temporada llevada a cabo por el Ateneo de Madrid. Con sólo la cita de los nombres de Hartung, Mathiew, Licini y Vedoya habríamos hecho el elogio de una campaña que ha permitido conocer a los aficionados y a nuestros jóvenes artistas un paisaje plástico famoso en lo internacional. Pero al lado de ese conocimiento, esencial para el público y para seguir, de verdad, la evolución del arte contemporáneo, el Ateneo ha ofrecido, según es costumbre, una serie de exposiciones de nuestros valores actuales, y la lista ha sido excelente y los resultados óptimos. Por eso, al fallar el ciclo, siendo tantos los nombres y tantas las bondades de nuestra pintura actual, no era tarea fácil para la crítica llegar a resultados totales; pero la dificultad quedó subsanada por unanimidad en un nombre: Barjola.

Entre todos los expositores, la crítica coincidió en que el nombre de este artista era el que reunía mayores méritos. Barjola llegó a la pintura por el camino áspero, duro, difícil; el único con el cual se alcanza algo en el arte y en la vida. Frente a modos y maneras, frente a tanta pintura calcada de los libros extraños, frente a fórmulas de éxito y al «copio, copias, copiare», Barjola, encerrado en su torre de silencio, allá en tierra de Carabanchel, paseando solitario por los campos cercanos, quedando a solas consigo mismo día tras día en su estudio, ha realizado una de las obras más serias de la pintura de nuestro tiempo. En Barjola, en su responsabilidad consigo mismo —la única importante—, han tenido feliz plasmación las muchas corrientes de las cuales ha sido espectador. Siéndole fácil —muy fácil— realizar la pintura de éxito, de venta inmediata, ha preferido ser él quien imponga su pintura a los demás. Lo podía hacer, porque se sabía dueño de un secreto, de una nueva expresión, de unos cuadros en donde quedaba ese hallazgo que tanto cuesta encontrar. Se sabía poseedor de una comunicación inédita hasta su llegada a la pintura, que no era «de buenas a primeras», como hay tantos que creen llegar, acompañando a la llegada unas notas en equilibrio entre el álgebra y la trigonometría.

Los cuadros de Barjola, como toda la gran pintura, no necesitan otra explicación que la de mirarlos; ese saber mirar, que tanto demandaba Eugenio d'Ors, ante la pintura. Barjola, como nuevo Cézanne, ha estado años, muchos años, en su propia soledad, de la que tendría que extraer todas las experiencias. Barjola es un figurativo en esbozo. No puede dejar de serlo quien tan fuertemente siente la presencia del hombre, quien tiene necesidad de que la huella, triste huella del hombre, quede impresa en una teoría plástica. Y es aquí, en sus amarillos, en sus ocres apurados hasta la quintaesencia, en sus cadmios, en esos leves

rosas, extraños, del guardainfante de una princesa velazqueña, en donde la calidad pictórica de Barjola avala una remota figuración que impregna de una poesía directa, honda, penetrante, esos lienzos que ha premiado la crítica madrileña por unanimidad.

Y a la par, esa misma crítica ha premiado la obra del pintor griego Perdikidis, cuya evolución seguimos muy atentamente desde su primera exposición. Perdikidis es un pintor excepcional en rigor, en pureza de intención y en honestidad de concepto. Artista responsable de sí mismo, al igual que Barjola, la obra de Perdikidis anterior a la expuesta este año en el Ateneo era poco conocida. Nosotros recordamos, entre sus exposiciones primeras, las celebradas en la sala de la Dirección de Bellas Artes y en la Sala Buchohlz, exposiciones que marcan etapas —bien diferenciadas— en su producción hasta llegar a esta del Ateneo, en donde deja en signo, en grafismo de remembranza, una plástica que conoce bien desde su primera aparición. Aquí el oficio se hace esencia artística, dada la intención y la espléndida artesanía con que está trabajada la materia, para obtener fines ulteriores de casi una filosofía de la pintura.

Perdikidis, para nosotros, es un expresionista en límite de lo teológico. Spiteri lo define con acierto al decir: «Desembocando enteramente dentro de lo abstracto, reniega de todos los valores antiguos, y se esfuerza por extraer el significado secreto de las cosas. No se aleja, sin embargo, de lo real. Pero esta realidad está íntimamente unida al objeto. La multiplicidad del espectáculo del mundo ya no le emociona. Su atención se centra sobre entidades más precisas, que trata de hacer más accesibles interpretándolas y proponiéndonos al mismo tiempo descifrar su mensaje. Su furor expresionista, cuyos últimos vestigios estaban aún visibles en un breve período precedente, más por su inquietud y por la violencia cromática que por el tema, se ha apaciguado actualmente. Su espacio tridimensional de antaño ha sido sustituído por el mutismo inquieto del infinito de la nada. No existe espacio, ni siquiera un espacio universalizado, que se sitúe fuera del tiempo y de la distancia...»

Picasso

Otro premio de la crítica: la medalla Eugenio d'Ors, instituída por Fernando Oriol, se ha otorgado, también por unanimidad, a Pablo Picasso por la exposición realizada de sus aguafuertes en el Museo de Arte Contemporáneo. Con este premio, primero que obtiene en su patria el pintor malagueño, la crítica española ha reconocido un valor universal a través de una medalla que ostenta la efigie de Eugenio d'Ors,

gran amigo y comentarista excepcional que fué de la figura y de la obra picassiana.

Memoria de Angel Ferrant

Parece que fué ayer cuando oíamos la voz pausada, serena, inteligente, de Angel Ferrant en las memorables sesiones de la Academia Breve que dirigía Eugenio d'Ors, quien tanto gustaba de la obra y del parecer de este artista total que se nos ha ido para siempre, después de habernos hecho el regalo del premio de escultura de la Bienal de Venecia. Parece que fué ayer también cuando oíamos su palabra certera, incisiva, sabia, en los coloquios de la Universidad de Santander en el curso dedicado al arte abstracto, que fué el refrendo oficial del nuevo movimiento en España, cuando precisaba conceptos, ensayaba definiciones, abría horizontes y era escuchado por una juventud que conocía bien que quien hablaba era el maestro, tras muchas luchas, avatares, batallas, ganados día a día.

Parece que fué ayer cuando paseábamos juntos en amigable charla, como compañeros que éramos de profesorado en la Escuela de Artes y Oficios. Nunca mostró una queja a nadie; pero yo sabía bien de sus amarguras, incluso de las burlas de algunos; de su tesón, de su fe y de su entusiasmo. Entrar en la cátedra de Angel Ferrant era penetrar en un recinto en donde el magisterio se ejercía no con rutina, sino con entrega. Ferrant —como buen maestro— no imponía a sus alumnos una doctrina, ni sus teorías, ni sus trabajos. Les dejaba crear como mejor les pareciera, a su gusto, a su manera. El ejercía la misión de enseñar, no la de imponer un criterio. Todo le parecía excelente siempre que fuera bueno. Su misma obra es el más bello ejemplo de un quehacer amplio, jugoso, vario...

Una serie de malas venturas hace años acabaron con la salud de este hombre bueno y de este gran artista. Un accidente de automóvil y luego un mal que no perdona acabaron con un cuerpo vencido; pero no con un alma que siempre se resistió a ser vencida...

Hoy traemos a nuestras líneas el parecer de sus glosadores más eximios. Sea el primero Luis Felipe Vivanco, quien en libro al escultor dedicado decía: «En la obra de Ferrant debemos admirar ante todo la fuerza de la convicción que le ha mantenido en tensión decisiva frente a la hostilidad o apatía del ambiente. Debemos lamentar, en cambio, la falta de asistencia colectiva, que le ha obligado a reducirse de tamaño y le ha impedido realizar en materia definitiva sus más importantes y grandiosas concepciones. Tal vez por eso mismo Ferrant, al hablarnos de su obra, insiste tanto en considerarla como ensueños de escultor.

No importa. Su optimismo le mantiene con los ojos bien abiertos, con el pulso tranquilo, exigente y preciso.»

Y Ricardo Gullón enfoca así su obra: «En pocos artistas actuales hay tan poca literatura como en Angel Ferrant. Su obra está realizada desde un punto de vista estrictamente plástico, sin concesión al tóxico literario, y así, la composición, el tratamiento de la materia, y en el caso de sus móviles, el movimiento, han sido concebidos situándose en una posición que sería tan erróneo llamar de escultura pura como acertado decir de pura escultura.»

Y es su gran amigo y comentarista Westerdahl el que dice: «En la escultura contemporánea, la figura de Angel Ferrant aporta nuevas valoraciones y nuevos medios. Antes que descartar, Ferrant asimila. Su naturaleza abarca amplios estados y logra que converjan factores tomados por opuestos. Y así viene a ser él un producto también de su tiempo: escéptico y optimista, solitario y apóstol, creador y maestro: extraña mezcla, pero angelical cualidad.»

Parece que fué ayer cuando estuvimos en su última exposición, en la Sala Neblí. El agotamiento de la enfermedad se traslucía en su rostro. Estaba cansado. Una sonrisa cortés, amable, la que siempre acompañaba a su gesto, agradecía parabienes, enhorabuenas. Sabía que le quedaba muy poco tiempo de vida y que ésa era su última exposición. Miraba sus hierros con el buen amor de quien sabe lo mucho que pensó y sufrió para crear nuevas formas, distintas expresiones. Tenía a su favor el premio especial de escultura de la Bienal de Venecia y el recuerdo de sus triunfos, logrados en el Salón de los Once. Sabía que había cumplido con su deber y con su vocación; eso que tan pocos hacen.

Las palabras que José Luis Fernández del Amo puso en el catálogo parecían anunciar el próximo fin del gran artista. Decían así: «En la obra de Ferrant parece inaugurarse algo que ya es milenario. Algo que tuviese una muy prestigiosa dinastía. Novedad ilustre como el hijo de un rey. Yo creo que bien podéis venir a recrearos con ella. Y que Dios se lo pague...»

Y a buen seguro que Dios habrá pagado bien una vida honrada, clara y limpia de quien no tuvo otro aliento que ir en busca de la belleza, que es ir en busca de la Verdad y del Bien.

Exposición sobre Madrid

Desde hace algún tiempo, el Círculo de Bellas Artes quiere hacer honor a su nombre, y ahora, con motivo de la conmemoración de la capitalidad madrileña, ha organizado una atractiva exposición fotográfica que ofrece al curioso y al visitante una actual visión de Madrid,

tan necesaria de cuidar para el futuro. La dimensión de la ciudad hace que nuevos trazados, nuevas avenidas, nuevas perspectivas, se hayan presentado a nuestro conocimiento, y son muchos los madrileños que ignoran cómo es el nuevo Madrid, la fácil y difícil ciudad de nuestros afanes. Con buen criterio se ha querido —y se ha conseguido— brindar un paisaje desconocido que crece en nuestro torno y que nos parece lejano... Madrid es algo más que el Arco de Cuchilleros y la plaza de la Cruz Verde —lugares tan amados por nosotros—, y ese algo más es la realidad feliz que el público puede contemplar.

Más de 200 fotografías, muchas de ellas en color, se han seleccionado para hacer «el nuevo plano de Texeira», y sea el primer elogio para los servicios del Ministerio del Aire, que han logrado una impresionante vista de la ciudad, tomada a 4.500 metros de altura, desde un helicóptero. El resultado no puede ser más satisfactorio, atendiendo a que es la primera vez que podemos ver al «castillo famoso» que cantara Moratín desde un punto de vista nuevo, así como esas cercanías que algún día serán vergel, si los proyectos se cumplen.

El amante de la ciudad, el español viajero en la capital y el extraño pueden contemplar el desarrollo de una ciudad, sus ambiciones y la realidad de antiguas esperanzas. El Círculo de Bellas Artes ha cumplido con un buen deber de conocimiento contribuyendo, con esfuerzo bien dirigido, a la conmemoración de la capitalidad que un día fundó Felipe II, cuya estatua —réplica de la célebre de Pompeyo Leoni— muy pronto se alzará cercana al Guadarrama que él tanto miraba, adivinando la marcha de las obras que cantarían en piedra el gozo de San Quintín.

El humorismo de Herreros

Los buenos destinos de antaño, las antiguas esperanzas, tienen en Enrique Herreros al héroe que las ha llevado a buen fin. Su exposición en la sala de exposiciones de la librería Aguado, tan inteligente, tan certera, tan llena de buen oficio —hoy tan olvidado— de alto humor a lo Quevedo o Gracián, es algo más que la demostración de una maestía en la creación de tipos o en la ejecución de unas planchas, o de unos dibujos; es un poco de historia, de esa historia que luego se busca pasados los años, como ahora indagamos cerca del legado de Alenza o de Lucas. La obra de Enrique Herreros rebasa lo que se entiende por costumbrismo para ser otra cosa más importante, que llega a nosotros cuando vemos despacio su exposición y atendemos a unos aguafuertes que son magnífico prototipo de bien sentir y de bien expresar. Enrique Herreros, amigo de Solana, buscador de libros de viejo, coleccionista de *Quijotes,* de pisapapeles, de cerámicas, de recuerdos, de amigos y de

tanta cosa que signifique tiempo atrasado, sugerencias, ilusión o sueño, ha hecho esta exposición en el tiempo oportuno para que sepamos que contamos con él, con su gracia, con su talento, con su honda melancolía.

De Barjola a Jardiel

En la sala primera se han reunido las obras de estos artistas. Sea Barjola, tan primero en nuestras preferencias, el también primero nombrado en el recuento. Tras su exposición en el Ateneo, de cuya resonancia ya hemos hablado en esta misma nota, muestra en esta ocasión sus últimos cuadros, siempre con destino fuera de nuestras fronteras, en los cuales su gama anterior, tan exquisitamente insistente, se agranda con igual afán de pureza, con igual fervor por encontrar el último latido del color, con igual estudio, con idéntica meditación, con ese «sabor a obra bien hecha», bien pensada, que tiene la producción de este artista recoleto en sus rincones, inmerso en «su mundo», y con ese signo de gran pintor que sólo llegan a poseer los que de verdad llegan a la pintura por el camino difícil, que es el de la propia alegría: el de la propia intimidad».

Jardiel se empareja con Barjola en el concepto de la «nueva» figuración, y asienta aquellas maneras profundas de entender el oficio de la pintura que presentaba en sus primeras exhibiciones en la Sala Clan. Jardiel se halla también en la línea rígida de la pintura ratificando el Premio de la Crítica, que ante su última obra vuelve a votarle.

Isabel Santaló no desentona demasiado en el conjunto, aunque la levedad, la fragilidad del pensamiento y del resultado plástico es evidente.—M. Sánchez-Camargo.

ACTUACION EN MADRID DEL TEATRO DE ENSAYO DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

Del 2 al 11 del pasado mes de junio ha actuado en el Teatro Español la compañía profesional del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Santiago de Chile. El repertorio ha estado constituído por tres obras: *Versos de ciego,* de Luis A. Heiremans; *Deja que los perros ladren,* de Sergio Vodanovic, y *La pérgola de las flores,* una pieza de carácter folklórico.

Comencemos por decir que esta agrupación chilena ha alcanzado, en sus tres estrenos, un resonante éxito. Por la perfección de sus montajes, por la calidad de las obras, por la interpretación perfecta, el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Santiago de Chile deja

en Madrid muy gratos recuerdos, no sólo para los que somos espectadores fervorosos del teatro —del buen teatro, se entiende—, sino también para los que, con igual fervor, postulamos unas más íntimas y estrechas comunicaciones culturales entre España e Hispanoamérica. Algo —y muy profundo— hemos aprendido del alma chilena, de los problemas y de las esperanzas del hombre chileno de hoy, a través de estas obras elegidas por el Teatro de Ensayo. Su actuación en España ha sido un éxito artístico, sí. Pero, sobre todo —o quizá por eso— ha sido un éxito espiritual. Era todo un pueblo el que, desde el escenario, mostraba los recovecos más profundos de su intimidad. Y era todo un pueblo también el que aplaudía calurosamente, reconociendo a ese pueblo hermano. Decir esto no creo que sea sacar las cosas de quicio, sino ponerlas en su justo punto. No nos cansaremos de repetir que el arte y la cultura en general —y el teatro en particular— son el caz más firme y seguro para lograr la comunicación y comprensión entre los pueblos, las cuales, comprensión y comunicación, no son sino el primer paso en el cumplimiento de aquel imperativo bíblico, apto para todos los tiempos: «amaos los unos a los otros». De mí sé decir que amo a Chile de una manera mucho más poderosa después de haber asistido a las representaciones de este su Teatro de Ensayo.

La actuación en Madrid del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Santiago de Chile ha sido un éxito, sí. Y debe ser también un ejemplo, una incitación para que nuevas compañías teatrales hispanoamericanas surquen el Atlántico rumbo a España, a la par que nuestras mejores compañías teatrales lo surquen rumbo a Hispanoamérica fraterna.

Noticia de un teatro de ensayo

El Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Santiago de Chile se fundó en 1943. Era en su nacimiento un grupo de aficionados, encabezados por Pedro Mortheiru y Fernando Debesa, entonces estudiantes de Arquitectura. Bajo el patrocinio de la Universidad Católica nacía esta agrupación teatral, que debutó el 17 de octubre del 43 con una obra de autor español, José de Valdivieso: *El peregrino*.

De una manera progresiva, aquel grupo de aficionados consolidaba su prestigio, hasta constituir una compañía profesional. A los ocho años de su fundación se creaba una Escuela de Teatro, en la que los jóvenes actores adquirían un aprendizaje completo de su profesión —interpretación, impostación de la voz, música, danza, historia del teatro chileno y universal, etc.—. La duración de este aprendizaje riguroso es de tres años. En la actualidad, el Teatro de Ensayo cuenta con una biblioteca teatral de 1.582 volúmenes, así como también con un taller propio de

escenografía, sastrería y electrotécnica. Consta la compañía profesional de sesenta y siete personas —actores, directores, personal técnico y administrativo—, y las obras hasta hoy representadas —tanto chilenas como mundiales— alcanzan la bonita cifra de sesenta y tres.

El repertorio de cada temporada se confecciona de una manera rigurosa y consta, por lo general, de cinco obras. Un comité de lectura selecciona un lote de obras —chilenas y extranjeras—, y el presidente del Teatro de Ensayo, que desde hace siete años es Eugenio Dittborn, elige de ese acervo las cinco de la temporada. Seguidamente, Dittborn establece el orden en que se representarán esas obras y escoge para cada una al director más apropiado. Entonces ese director elige de la plantilla de actores de la compañía y de los alumnos de la escuela aquellos intérpretes más ajustados a los personajes de la obra. Y al hacerlo no tiene en cuenta «primeras figuras», puesto que en la compañía no se reconocen estos divismos periclitados; lo que importa es servir fielmente la obra en un espectáculo unitario y armónico. (A Silvia Piñeiro, extraordinaria actriz, vimos hacer un primer papel en *Deja que los perros ladren;* en la función siguiente, *Versos de ciego,* hacía, no obstante, un papel secundario. Y como nunca un papel es secundario para un actor que no lo sea, en ambas actuaciones nos pareció una actriz extraordinaria.)

Constituídos director, intérpretes, decorador, técnico en iluminación, modisto, etc., se comienza el largo trabajo de preparación de la obra. Los ensayos duran hasta que el espectáculo alcanza la debida madurez. No hay prisas. Lo que importa es la perfección, y por eso los ensayos se repiten cuantas veces sea necesario. Los de *La pérgola de las flores,* por ejemplo, duraron seis meses. De esta forma, cuando se levanta el telón no hay nada confiado al azar, sino que todo responde a los objetivos previstos. Un estreno de esta compañía puede fracasar, pues, muy difícilmente; desde la elección de la obra hasta el detalle escénico más insignificante, todo ha sido calculado, estudiado de una forma rigurosa y amorosa.

Esto —dirá el lector— es lo que se debe hacer. Y tendrá razón: esto es ni más ni menos lo que se debe hacer. Ahora bien, por desgracia, no es lo que frecuentemente se hace. Y en este punto, nuestra escena española ha de llorar un *mea culpa* como una casa. ¿Cuántas compañías tienen confeccionado un riguroso repertorio al comenzar una temporada? ¿Cuánto tiempo duran aquí los ensayos? ¿Se escogen aquí a los actores para las obras o las obras para los actores? ¿Encuentran aquí los jóvenes actores una escuela donde adquirir un aprendizaje óptimo y valedero? ¿Qué compañía tiene taller propio o una biblioteca teatral de 1.582 volúmenes? Mejor es no responder. Pero son preguntas que

deben encontrar una respuesta muy clara y precisa antes de cualquier elucubración sobre el estado actual de nuestra escena.

En este sentido, la compañía profesional del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Santiago de Chile también ha sido un ejemplo. Un ejemplo aleccionador, que, por supuesto, no sabrán recoger quienes tienen la obligación de hacerlo.

Crítica de tres obras chilenas

El repertorio presentado en Madrid por esta compañía constaba, como queda dicho, por tres obras chilenas. Añadamos que, siendo las tres productos nacionales típicos, abarcan aspectos muy varios y proceden de estilos diferentes. La «comedia musical», titulada *La pérgola de las flores* —libro de Isidora Aguirre, música de Francisco Flores del Campo—, era una pieza folklórica, alegre y desenfadada, llena de gracia y de garbo popular, muy próxima a nuestro «género chico». *Deja que los perros ladren,* drama en dos actos de Sergio Vadanovic, era un drama realista, inspirado en problemas sociales de actualidad. Finalmente, *Versos de ciego,* un «cuento de Navidad», en dos actos, de Luis A. Heiremans, era una obra emparentada, por un lado, con el teatro épico de Brecht, y de otro, con el teatro simbolista, recogiendo, además, no pocos aspectos costumbristas del alma popular chilena.

Repertorio tan variado nos ha ofrecido la posibilidad de atalayar casi simultáneamente las tendencias estéticas más saludables que imperan —o se abren paso— en la producción dramática chilena de hoy. En este sentido, *Deja que los perros ladren* y *Versos de ciego* son dos muestras importantes, sobre las que es menester formular un comentario crítico.

Sergio Vadanovic obtuvo con *Deja que los perros ladren* el primer premio en el Concurso de Obras Teatrales Chilenas, convocado por este Teatro de Ensayo en 1958. El estreno de la pieza significó un rotundo éxito de crítica y público. Ya con anterioridad, Vadanovic había estrenado con esta misma compañía —1952— una obra titulada *El senador no es honorable,* con la que obtuvo varios premios, entre ellos el Municipal de Teatro. Bipartido el teatro de Vadanovic entre una forma realista y de crítica social y otra vaudevillesca, a esta última pertenecen sus comedias *Mi mujer necesita marido* y *La cigüeña también espera.*

En *Deja que los perros ladren,* Vadanovic plantea el problema de la corrupción pública. Viven en la obra tres personajes altamente representativos de ese problema. Por una parte, un Ministro inmoral, en el que se hermanan la irresponsabilidad cívica y el afán de lucro, venga éste por donde viniere, lo que quiere decir que viene por un cauce no precisamente limpio. Por otra parte, Esteban Uribe —el protagonista de

la obra— representa al honrado funcionario que vive en condiciones precarias por no haber querido entrar en el juego de la corrupción. Un día, sin embargo, Uribe conoce ese juego y se deja arrastrar por él. Por último, Octavio, hijo de Uribe, es vivo símbolo de una juventud sin ideales, una juventud «perdida», pero no perdida por culpa de ella misma, sino por culpa de ese mundo corrompido en el que ha visto la luz. Carmen, esposa de Uribe, pone en el hogar, desde su espíritu bueno y simple, una nota de bonanza y de rectitud humana inconmovible. Esteban y Octavio llegarán a entrar en el juego de la corrupción —el primero para ayudar al segundo a no caer en ese juego; el segundo, para labrarse un porvenir que por otros caminos encuentra cerrado—. Carmen, sin embargo, mantiene desde el primer momento hasta el último su sencillez y su moralidad profundas, como una noble bandera.

Es Esteban el primero en reaccionar frente a la corrupción. Con ella, digámoslo así, había establecido un implícito pacto: él se dejaba corromper, pero justamente para conseguirle a su hijo un bienestar económico que le permitiese ser un hombre limpio. La corrupción, sin embargo, no acepta pactos; o, si los acepta, no los cumple. La corrupción se expande como el agua, si no encuentra el obstáculo de un dique en el sitio oportuno. Esto quiere decir que Octavio llega a corromperse aún más que su padre: llega a ser el secretario de confianza del Ministro. La reacción de Esteban es enérgica y su voz se revuelve poderosa contra esa corrupción que le ha traicionado. Esteban comprende ahora que el mejor legado que puede dar a su hijo no es el bienestar económico, sino el ejemplo de una entereza moral: buen ideal para una juventud sin ideales, que Octavio acepta finalmente —junto con otro personaje, el periodista Cornejo, hombre muy parecido a Esteban—. Este acto de reconocimiento moral, que los griegos llamaban *anagnórisis,* tiene toda la fuerza de un reclamo a la conciencia individual y colectiva de nuestro tiempo.

Diálogos, personajes y ambiente tienen un carácter realista. Las escenas están enlazadas con buen tino. Si alguna objeción tuviésemos que poner a la obra, ésta versaría sobre la elementalidad con que el autor resuelve la reacción psicológica de sus personajes y también sobre el ritmo demasiado rápido con que desarrolla la acción. Pero, en conjunto, la obra es de una gran calidad y responde por su forma y contenido al mejor teatro de nuestro tiempo.

También por su forma y contenido, *Versos de ciego* responde al mejor teatro de nuestro tiempo. Un lector perplejo pregunta:

—Pero ¿cómo dice usted «también», si por su forma y contenido *Versos de ciego* es harto diferente a *Deja que los perros ladren?*

Es obligado responder. Y la respuesta podría enunciarse sencilla-

mente así: el mejor teatro de nuestro tiempo no tiene por qué ser sólo —y de hecho no lo es— una forma estética exclusiva y un contenido temático exclusivo también. Muy al contrario, en el mejor teatro de nuestro tiempo caben formas y contenidos de muy distinta factura, pues lo que a la postre importa es que éstos reflejen al hombre de nuestro tiempo y su hora incierta, y que aquéllas —vínculo eficaz— tengan una calidad, por muy varias que sean. De otro lado, en arte, la variedad es riqueza.

Así, pues, *Versos de ciego,* tan diferente de *Deja que los perros ladren,* es también obra de nuestra época, y por cierto que una estupenda obra. Su autor, Luis A. Heiremans, es cuentista y dramaturgo. Su primera pieza dramática data de 1950. De entonces a hoy ha entregado un total de nueve obras, entre ellas *La hora robada* (Premio Municipal de Teatro, 1952), *La eterna trampa, La jaula en el árbol* (Premio Nacional de la Crítica, 1957), etc.

Con *Versos de ciego,* este Teatro de Ensayo irá al Festival de las Naciones, de París. ¿Y qué es *Versos de ciego?*

Hemos aludido a las dos tendencias que se yuxtaponen en la obra: la épica-brechtiana y la simbolista. Y probablemente el autor ha pretendido lograr una síntesis de ambas.

Sobre un tema argumental inspirado en la Biblia —los tres Reyes Magos que siguen la estrella hacia Belén—, Heiremans construye la pieza en forma de cuadros cortos y a la manera de un romance. Tres músicos de feria han visto una gran estrella luminosa, la Estrella, y lo dejan todo para seguirla. Al elegir esta andadura cumplen con la máxima de que «el que quiere obtener algo, tiene que dejar algo también»; máxima que, como un *leit-motiv,* se irá repitiendo a lo largo de la acción dramática.

En su andadura estos tres músicos encuentran a gentes humildes y sencillas como ellos, y éstas se les van uniendo hasta formar una pequeña comitiva en busca de algo que no saben qué es en realidad —la estrella— ni a dónde podrá llevarles. Pero ellos creen y esperan. Y continúan su andadura, difícil muchas veces, sin tener en ocasiones qué comer, haciendo frente a las tormentas que dificultan su marcha y ocultan la estrella. Pero ellos siguen, y caen, y se levantan, y siguen, y vuelven a caer y a levantarse, tras la estrella, que no es sino un vivo símbolo de la esperanza humana. Yo creo que al escribir esta obra, Heiremans ha tenido muy en cuenta aquella «estrella refulgente y sonora» de que hablaba don Miguel de Unamuno.

Y bien, ¿adónde lleva la estrella? El «sagrado escuadrón» —digámoslo con expresión unamuniana— no lo sabe. Cuando la obra termina, sigue sin saberlo. Durante el camino han ido desprendiéndose de todo

lo que tenían; es un ascético camino de perfección, tras la estrella refulgente y sonora, y sin embargo ese camino no tiene fin, o por lo menos no sabemos que lo tenga. Es el camino de la aventura humana.

Fuera del «sagrado escuadrón» han quedado los «barberos, los bachilleres, los duques disfrazados de Sanchos...», y que en la obra de Heiremans tienen otro nombre, pero son los mismos. Ellos también han elegido: han elegido acompañar un entierro, que, como un contrapunto a la estrella, vemos aparecer de vez en cuando en el escenario. Entierro y estrella vienen a ser como dos polos sobre los que gravita la vida humana. ¿Son estos dos polos el bien y el mal? Heiremans así nos lo dice.

Muchas ideas nos despierta *Versos de ciego*. Como *El séptimo sello,* esa extraordinaria película de Bergmans, que recientemente hemos visto en Madrid, *Versos de ciego,* que se le parece mucho, es una obra incitante y misteriosa, henchida de belleza y de poesía. Se recoge en *Versos de ciego* un buen acervo de tradiciones populares chilenas, bien en forma de estampas folklóricas, bien en los parlamentos de estos o aquellos personajes. Si tuviésemos que resumir brevemente lo que la obra nos parece, diríamos de ella que tiene todo el encanto, toda la sabiduría disfrazada de ingenuidad y toda la grandeza de las leyendas antiguas.

He aquí, pues, dos obras diferentes, pero que nos han gustado por igual. Con ellas, *La pérgola de las flores* completaba un repertorio rico y vario, fiel expresión del alma chilena y de su nuevo y valioso teatro.

Los montajes

La dirección de *La pérgola de las flores* corrió a cargo de Eugenio Guzmán, que ofreció un magnífico espectáculo. Del largo reparto destacaron, entre las intérpretes, Ana González, Elena Moreno, Maruja Cifuentes, Mónica Araya, Mireya Kulczewski, Eva Knobel, Mam Aldunate, Gabriela Montes, Nelly Meruane, Carmen Barros, Silvia Piñeiro, Lucy Salgado, Violeta Vidaurre, Matilde Broders, y entre los intérpretes, Unda, Ugarte, Montilles, Noguera, Pedraza, Beecher, Lorenzo, etc.

Deja que los perros ladren estuvo dirigida por Pedro Mortheiru. Obra de pocos personajes, exigía el cuidado de los más simples e insignificantes matices, de los detalles mínimos, y el señor Mortheiru supo conseguirlo. Magnífica fué la interpretación de Silvia Piñeiro. Los demás —Mario Montilles, Héctor Noguera, Ugarte y Hugo Sepúlveda— estuvieron bien ajustados a sus personajes. Dicción y movimientos en escena, impecables.

Pero la gran lección de lo que es una puesta en escena corresponde a *Versos de ciego*. El tono de la obra exigía un montaje espectacular, en el que estuviesen presentes los más vivos alardes con la mayor sencillez y austeridad. Eugenio Ditborn, director de esta pieza, lo ha logrado plenamente. Si la obra era buena, el montaje era mejor todavía, y en muchas ocasiones aquélla debía a éste no poco de su valor. Con un decorado simplísimo y funcional, pero muy bello a la vez; con una riqueza luminotécnica asombrosa; con excelentes música y canciones, el señor Ditborn ha movido a los actores en escena de una manera inteligente, consiguiendo en todo momento bellas estampas de una gran plasticidad, ritmo justo, ambiente adecuado. De la escenografía, iluminación y vestuario era autor Bernardo Trumper, y de la música y canciones lo era Juan Orrego Salas.

El reparto era muy largo: un total de más de treinta actores. Todos estuvieron muy bien, y el poco espacio nos impide alabarles en lo que cada uno merece justamente. Citemos los nombres de Ana González, Lucy Salgado, Elena Moreno, Eduardo Naveda, Mario Montilles, Héctor Noguera, Enrique del Valle, Archibaldo Larenas y tantos, tantos otros, que, bajo la dirección maestra de Ditborn, nos ofrecieron uno de los más bellos espectáculos dramáticos que hemos visto en Madrid desde hace mucho tiempo. No es difícil augurar a su participación en el Festival de las Naciones un importante éxito, del que todos —autor, director, intérpretes, etc.— se han hecho sobradamente acreedores.—Ricardo Domenech.

CRONICA DE POESIA

Una consideración objetiva del libro de Mariano Roldán que obtuvo el último premio «Adonais» (1) nos lleva inmediatamente, junto al reconocimiento de sus cualidades, a distinguir aún con mayor claridad el fenómeno de renovación que la nueva poesía andaluza está registrando. Su tradicional riqueza imaginativa y verbal, su condición suntuosa y barroca o popularista y grácil —tan señeramente representadas ambas por Góngora—, es decir, las claves básicas que movieron siempre el quehacer de los poetas andaluces, están ahora dejando paso, o haciendo sitio al menos, a ese aspecto poético, tan vigente y actual, de humilde sencillez expresiva y fusión con el sentir colectivo en busca del valor de lo cotidiano, cuyo primer gran adelantado en la poesía española con-

(1) Mariano Roldán: *Hombre nuevo.* Premio Adonais 1960. Adonais, volumen CLXXXV. Ediciones Rialp. Madrid, 1961.

temporánea fué el no por ello menos sevillano don Antonio Machado. La adopción de tales directrices —jamás confundibles con la inútil y alicorta «poesía social»— cunde hoy muy sensiblemente entre los jóvenes poetas del Sur, y qué duda cabe que en beneficio de la poesía meridional. Renunciar es enriquecerse. La dejación de las facultades con que se nació, en procura de un esfuerzo mayor; la búsqueda de formas de expresión, siempre valiosas, pero más distantes del «talento sotil y la agudeza eminente», parecen ya más necesarias que respetables. El de Mariano Roldán, poeta cordobés, o sea, automáticamente barroco, es, pues, un caso bien significativo de este claro fenómeno, si no de evolución general, sí, por lo menos, de incorporación. Recuerdo bien ciertos sonetos y canciones que Mariano Roldán publicó hace años en la revista cordobesa *Alfoz* y en otros cuadernos andaluces de poesía, versos netamente tocados del ángel marmóreo de Córdoba y del inevitable influjo del grupo cordobés «Cántico». De aquellas poesías de Roldán a estas de *Hombre nuevo* (no conozco sus libros anteriores) media, sin duda, un noble y conseguido esfuerzo. El curso de un día del poeta, desde que abandona el descanso hasta que vuelve a él; las impresiones, los recuerdos, los pensamientos de ese día anónimamente convivido con el mundo llano, como una mota más de él en la ciudad ajetreada, constituyen la armazón, profundamente humana, de su libro. Hay en *Hombre nuevo,* con el logrado y ya apuntado esfuerzo, calor y verdad, tono y buena mano, prediciendo su conjunto a un poeta con mucho más que decir en el futuro, y dueño ya de una voz cálida y ajustada.

☆

Tomás Segovia, joven poeta español residente desde la guerra en Méjico y en los Estados Unidos, y del que ya conocíamos un breve poema publicado hace diez años en *Platero,* de Cádiz, ofrece en *El sol y su eco* (2) un libro apretado, sensible, más volcado a lo cerebral que a lo cordial, y en el que se denota una lúcida inteligencia poética sumada a un ingente equipaje de cultura literaria y humanística. El libro aparece situado en una zona casi metafísica —recuérdense la poesía de Wordsworth, la del mejor Juan Ramón Jiménez—, de íntima convivencia con las fuerzas elementales de la Naturaleza, las cuales proporcionan al poeta, más que un medio de comunicación, una fórmula de pensamiento. La limpieza del verso y la claridad de las imágenes sirven de cauce adecuado a una poesía eminentemente conceptual, muy bien construída y que sólo en escasísimos poemas —como «No volverá» (pá-

---

(2) Tomás Segovia: *El sol y su eco.* Col. Ficción. Universidad Veracruzana. Jalapa, Méjico, 1960.

gina 83) o «Memoria» (pág. 107)—sale de sus rigores mentales para hacerse más comunicable o menos ensimismada. Indudablemente, las exigencias poéticas de Tomás Segovia (confirmadas también por la extensión y carácter de su obra, según puede apreciarse en la nota de contracubierta del libro) configuran un tipo de poesía valiosa, meditativa y transparente, cuyas calidades la eximen sobradamente de cierto exceso de conceptismo, conducente, en algunos parajes de *El sol y su eco,* a una luz bella, neutra y fría como de vidrio.

En contraste con la lograda edición, excelente portada y grata tipografía del volumen, afea a *El sol y su eco* —¿por qué?— una desdichada serie de dibujos, del que sólo el de la página 23 se salva vagamente.

☆

Una breve glosa editorial de solapa alude a este bello volumen (3) como a una «obra de divulgación», expresión que sólo en cierto sentido cabría admitir, ya que esta antología taurina se trata de un verdadero libro de poesía y está destinada como tal, por ahora y desgraciadamente, a grupos y lectores minoritarios. El trabajo de Rafael Montesinos ha consistido nada menos que en efectuar un laboriosísimo, exhaustivo, estudio de la poesía taurina de nuestro tiempo (poesía que alcanza muestras y extensión internacionales, aunque episódicas, con algunos poetas francesas e italianos e incluso con Rainer María Rilke) para ofrecernos su extracto último. «Mi intención al idear este libro —precisa Montesinos en su certero y extenso prólogo (págs. 7 a 30)— fué la de formar una antología con aquellos poetas que, dentro de un infranqueable límite generacional, más atención han dedicado al tema de los toros.» Su obra, pues, se atiene a un tiempo español, y, además, breve: aquel en que la poesía como tema taurino ha adquirido brillo y abundancia históricos. Desde el soberano y anónimo romance primitivo «Los mozos de Monleón» hasta las especulaciones surrealistas de un René Char o de un Michel Leiris, el tema de los toros se ha producido como una constante en todas las épocas y en todas las evoluciones de la poesía. Pero, desde luego, en ningún momento ha rayado tan alto como en el de la generación española llamada «del 27». Esta generación, incrementada con dos poetas, respectivamente anterior y posterior a ella —Manuel Machado y Rafael Morales, cuyo defecto y exceso cronológicos respecto al «27» no son tan apreciables como para prohibir su inclusión—, esta generación, decía, es la que nutre lo más rico y dilatado de la antología de Montesinos, mediante Fernando Villalón, Gerardo Diego, Federico

(3) Rafael Montesinos: *Poesía taurina contemporánea.* Edit. RM. Barcelona, 1961.

García Lorca, Rafael Alberti y Miguel Hernández. Hubiéramos encontrado oportuna la inclusión de dos memorables y contemporáneos poemas taurinos: la «Oda a Antonio Fuentes», de Joaquín Muntaner, y los versos elegíacos de Agustín de Foxá a «Manolete». Asimismo, la presencia de la espléndida «Oda a Belmonte», de Gerardo Diego, parecía recomendable. Mas también es verdad que, a la hora de las elecciones definitivas en poesía, no es posible nunca ponerse de acuerdo, y que una abdicación, por parte de Rafael Montesinos, de su rigurosa línea de acción hubiera hecho quizá imposible, por problemática, la creación de esta hermosa obra. En ella aparece fidedignamente reflejada toda la grandeza que puede alcanzar la poesía de los toros, y la lectura de tan diversos y escogidos poetas, al servicio esta vez de un solo asunto, es una experiencia excelente. Insistiremos en la calidad y el alcance del estudio inicial de Montesinos y aludiremos, en fin, al valor y al impecable gusto de la edición barcelonesa de RM.

☆

Dos libros femeninos y recientes (4 y 5), ambos de la editorial madrileña «Agora», cierran nuestra crónica de hoy. *Tema fundamental,* de la poetisa malagueña Concha Lagos, noveno volumen de versos de su autora, descubre nuevamente, a lo largo de sus cinco partes, la finura expresiva de Concha Lagos, dueña de un delicado mundo poético no exento de dramatismo, y revela su acrisolada experiencia y su buen pulso técnico. En cuanto a *Sin agua, el mar,* de Marina Romero, es, sobre todo, un libro secretamente patético dictado por la nostalgia de la patria, versos de exilio que encuentran forma en una poesía muy libre y directa, interrumpida a veces por algunos sonetos de excelente factura.—Fernando Quiñones.

---

(4) Concha Lagos: *Tema fundamental.* Edit. Agora. Madrid, 1961.
(5) Marina Romero: *Sin agua, el mar.* Edit. Agora. Madrid, 1961.

Sección Bibliográfica

PEDRO LAIN ENTRALGO Y EL TEMA DEL «OTRO»

Quizá, en nuestro primer contacto escolar con la filosofía, el profesor hablaba del mundo como de un amontonamiento de «objetos», de duras resistencias, señoriales y zahareñas, a las cuales el pobre entendimiento tenía que someterse como pudiera: curiosamente, el «objeto» por antonomasia, al poner ejemplos, solía ser la mesa tras la cual el profesor peroraba, sin advertir que una mesa es, no ya un mero artefacto humano, sino un auténtico mensaje autógrafo, con el testimonio funcional de un modo de vivir y con el estilo ornamental del gusto de una época. Luego, que algunos de esos «objetos» caminaran en dos pies e incluso tomaran apuntes de aquella explicación, resultaba algo inaudito, escandaloso.

Más adelante, el profesor aludía, ceñudo, a algún aguafiestas que se encerraba en el rincón de su «yo», no aceptando nada de fuera, sino a través de mil aduanas recelosas. Incluso, se hablaba del «solipsista», monstruo sin entrañas, que lo consideraba todo como caprichosa fantasmagoría de su mente. Tardamos años en tranquilizarnos viendo que no se hallaba otro ejemplar de «solipsista» que aquel telegrafista del cuento de Arcadi Averchenko, *Una filosofía original,* y que aun el calumniado Berkeley era en realidad un dialogador sensato y bien educado, un «hombre de buena compañía». Pero era evidente que en el mundo de un puro «cogito», el prójimo sólo podría ser, como decía aquel discípulo de Juan de Mairena, «un fantasma de mala sombra»: cuando Robinsón encuentra una huella en su playa, su reacción instintiva es encerrarse en la fortaleza que había construído «por si acaso».

De repente, un buen día nos dimos cuenta de que la situación del pensamiento, en este sentido, empezaba a estar donde siempre debió estar: en el sencillo punto de vista de que la vida es, para empezar, comunidad, antes que quepa hablar de «objetos» y «cosas»; de que, en la relación personal, lo primero es el «tú», la llamada; lo segundo, el «yo», la réplica; lo tercero, el «él» —la incoativa objetivación del que podía haber sido un «tú»—, y sólo mucho después, el «eso» inanimado. Sobre ese tema, el auténtico «tema de nuestro tiempo», y la base de toda «conciencia social», el reciente libro de Pedro Laín Entralgo (1) nos

(1) Pedro Laín Entralgo: *Teoría y realidad del otro* (2 vols.); «Revista de Occidente». Madrid, 1961.

da a la vez el *status quaestionis* y el planteamiento decisivo. No es un azar que se trate de un pensador doblado de historiador de la medicina: la actual medicina psicosomática, especialmente en lo neurológico, está sentando bases fecundísimas para la reflexión sobre el hombre. Por ejemplo, se había llegado a reconocer hace poco en la filosofía algo que durante mucho tiempo fué obvio para todos menos para los filósofos: que el hombre sólo es plenamente hombre cuando rompe a hablar —a articular algo, sonidos o líneas, como red de símbolos universales—, y que hablar es algo que sólo se empieza a hacer por contagio, y algo que, a su vez, está abierto a un «tú», de modo que el pensamiento no existe si no es volcado hacia otros y en comunidad. Pues bien; ahora los médicos nos hacen ver cómo esa comunidad es requerida desde antes del habla: el niño no llegará a tener mundo humano y lenguaje —ni aun siquiera «nervios» de persona, por decirlo así—, si desde los primeros meses de vida no está sumergido en presencia afectiva humana. El refrán dice: «El perro y el niño, donde ven cariño.» Pero ese cariño hace que el niño llegue a ser humano, mientras que al perro le deja en una periferia de singular alienación. Sobre este problema, Pedro Laín Entralgo estudia de modo iluminador el caso de los niños-lobos de Midnapore, y el fenómeno de la sonrisa en el niñito de pocos meses, esa maravilla desconcertante, a la vez tan totalmente humana y tan desvalidamente silenciosa.

No cabe, ante esta obra, intentar un resumen que, por la estructura de «tratado» que asume el libro, peligraría degenerar en índice. Pedro Laín, ejemplarmente escrupuloso y modesto, pese a las atmósferas y tradiciones inmediatamente circundantes, dedica el primer volumen de su obra a preparar los antecedentes directos del tratamiento intelectual del problema, a través de diversos pensadores, desde Descartes a Sartre, Heidegger y Merleau-Ponty; alguna vez quizá, por el mismo carácter funcional de estas síntesis, dejándonos con apetencia de ulteriores comentarios —por ejemplo, al esbozar sugestivamente el tema de la dialéctica del «señor» y el «esclavo» en Hegel, con su eco en Marx.

El segundo volumen desarrolla, en descripción y análisis, la cuestión de la «otredad» y la «projimidad». Sabido es que el término «otredad» procede de Antonio Machado, o, más exactamente, de su apócrifo Abel Martín, que, en su gran sistema neo-idealista, definía el amor como «la inmanente otredad del ser que se es». De Antonio Machado, en efecto, proviene el *leit-motiv* de este libro de Laín Entralgo:

Poned atención:
un corazón solitario
no es un corazón.

Y también:

Enseña el Cristo: A tu prójimo
amarás como a ti mismo,
mas nunca olvides que es otro.

Quizá, puestos en el punto de vista machadiano, podríamos pensar que Antonio Machado y sus apócrifos, de haber leído este libro, hubieran deseado mayor extensión y relieve para la parte «El encuentro heterosexual». Cierto es que Laín ya señala —aprovechando también un estudio de Julián Marías— que el hombre no es sólo sexual, sino sexuado, trazando además una excelente «fenomenología del enamoramiento»; pero Martín y Mairena no se habrían contentado con eso, y habrían subrayado que «el otro» propiamente dicho es «la otra».

La mujer
es el anverso del ser.

(O «el otro» para la mujer, y aquí volveríamos a la asimetría del mundo humano, aun en lo intelectual.) La asimetría y la fecundidad serían lo esencial en el amor —el «amor dorio», convienen los «complementarios» machadianos, sería no-amor, abominación ontológica: pues no hay «complemento» en el amor, ni «exceso», ni «defecto»: símbolo y fuente del misterio de la creación. Por algo cuando Marx se rebela contra la división especializada del trabajo como una de las peores «alienaciones» del hombre, tiene que aceptar que la «división del trabajo» implicada en la procreación resulta una «alienación» insuperable. (¿No sería el amor la única «alienación» positiva del hombre?)

Pero no podemos pretender hacer un registro de sugerencias y reflexiones marginales: ello crearía probablemente una idea errónea sobre la arquitectura, sistemática y precisa, de este segundo volumen, que, partiendo del comentario a la parábola del Samaritano como descubrimiento del encuentro con el prójimo, frente a los encuentros «objetivadores», que rehusan ser propiamente humanos, va ascendiendo gradualmente, desde los supuestos más humildes —incluso, desde el andar en dos pies: el animal atiende primariamente al medio y lugar en que gravita: cuando la víctima de nuestro pisotón distraído nos amonesta a mirar «dónde ponemos los pies», en rigor, nos está invitando a la animalidad— hasta el encuentro supremo, a la vez plenario y elusivo: el encuentro con Dios como tú.

En el «otro» encontrado se diversifican los tres planos complementarios: el «otro» como objeto —donde todavía cabe la forma regresiva, el trato deshumanizador del hombre como cosa, como «masa», como «fuerza» militar, como «brazos» de trabajo, o como el pobre «piernas»

que distribuye unos sobres—; el «otro» como persona, o sea, el mundo de la convivencia, de la comunicación, y aun de cierto tipo de amor; y, por fin, el «otro» como prójimo, o sea la plenitud del «otro» *desde* el amor. Y no son tres estratos superpuestos, sino que —tal es la máxima lección del libro— la «projimidad» es precisamente lo primario, lo elemental, lo básico. Donde me niegue a ver prójimo, acabaré no viendo persona. Y a su vez —y ésta es la gran apertura del libro—, ¿cabría «projimidad» sin elemento trascendental, sin Dios personal y amoroso? En otro sentido, ¿es posible una hermandad de huérfanos? Esa es la cuestión con que se tiene que enfrentar la «conciencia social» de nuestro tiempo.—José María Valverde.

UNA VISION REVOLUCIONARIA DE LA HISTORIA DE AMERICA

El sugestivo interés del discurso de ingreso del escritor venezolano Arturo Uslar Pietri en la Academia de Historia de Venezuela compensa el retraso con que ha llegado hasta nosotros. Por ello, no importa que haya sido leído hace algunos meses para que podamos resumir aquí los conceptos más esenciales de una obra que debería ser conocida y meditada por todos los historiadores y profesores de historia del ancho mundo hispánico.

No es necesario presentar a Arturo Uslar Pietri a los lectores de Cuadernos Hispanoamericanos. Tanto en América como en España se conoce bien su personalidad múltiple de gran escritor, novelista, historiador, crítico y hombre de Estado. Bastaría para acreditarle citar una sola de sus novelas, que es tal vez la más conocida: *Las lanzas coloradas.*

Uslar Pietri dedica su discurso al estudio de la historia. Antes de entrar en materia para referirse concretamente a su patria, expone con claridad y precisión algunas generalidades sobre la tarea de la historiografía científica en nuestro tiempo, que consiste en «llegar a escribir una historia sin intenciones, que sea a la vez el reflejo y la explicación del quehacer humano en todas sus dimensiones y variedades, donde junto a la fuerza del hecho económico esté el poder de la creencia; donde junto a la acción del héroe esté la acción del medio; donde junto a las técnicas del trabajo estén las obras del pensamiento; donde junto a la estructura social esté la concepción natural; una historia de los trabajos, de las acciones, de los pensamientos y de las creaciones; una historia de los grandes hechos y de las diarias tareas; una historia en que esté lo universal junto a lo peculiar de cada pueblo.

Una historia del hombre entero para la comprensión completa del hombre».

Una historia caprichosamente organizada

La historia que hemos solido escribir en Venezuela —dice Uslar Pietri— está entre las más alejadas de ese objetivo de comprensión y de integración. Y nosotros nos atreveríamos a añadir que algo análogo ocurre con las historias de las patrias que integran la Comunidad de Naciones Hispánicas. En congresos y asambleas se ha reconocido ya en varias ocasiones este hecho, pero la verdad es que hasta ahora han sido aislados y dispersos los esfuerzos para ponerle remedio. Pero veamos cómo razona el historiador venezolano sus críticas.

Empieza afirmando el nuevo académico que la historia de Venezuela, en la forma en que más activamente influye sobre la mente del venezolano medio, que es precisamente la de los manuales elementales donde aprenden los niños, es «un relato parabólico segmentado en tres tiempos. Es decir, una historia caprichosamente organizada en torno a una perspectiva arbitraria, con un borroso arranque, una culminación breve y fulgurante y una interminable decadencia». El primer plano del manual está hecho de los grandes hombres de la Independencia. «Más espacio —dice Uslar Pietri— ocupa uno cualquiera de los combates librados en esos quince años de heroica guerra, que los largos tiempos de domesticar el cacao y de introducir el trigo; más abulta el incidente de asamblea que ocupó unos días, que el lento y difícil proceso humano, económico y cultural de la función de los pueblos sobre la rugosa faz de nuestra geografía; más se detiene en la biografía de un guerrillero, que en el pausado cultivo de incorporación de nuestra sensibilidad al barroco.»

«Los tres siglos de vida colonial, en los que literalmente se hace el país y cobra algunos de los rasgos más característicos de su fisonomía física y espiritual, se reducen a un puñado de anécdotas de la resistencia de los caciques y de las cuitas de los conquistadores. Es como si toda la existencia colonial no hubiera sido otra cosa que el alba del día de la Independencia, y el siglo y medio posterior de vida nacional, el largo y melancólico crepúsculo de ese día de sobrehumana gloria. Es casi como si lo único digno de la historia hubiera comenzado en 1810 y hubiese concluído para siempre en 1830. Toda la historia de un país reducida a un lapso menor que la vida de una generación.»

No se trata, naturalmente, de empañar el cristal de la Independencia, sino de situarlo en su lugar y no como un hecho aislado. «No hay duda —afirma el académico— de que los venezolanos tenemos en los hombres y en los sucesos de nuestra Independencia un caudal de gloria

que es a la vez energía moral e invitación a la grandeza para el empeño de alcanzar un destino superior; pero también es cierto que todo lo que de positivo pueda tener esa hazaña cambia su signo al llegar a considerarla como agotada en sí misma, como fruto de un prodigio aislado e inexplicable, y al sacarla paradójicamente por eso mismo, del continuo creador y vital de la verdadera historia.»

Venezuela no nació en 1810

Y añade una frase que, escrita por un hispanoamericano, constituye hoy, al siglo y medio de la Independencia, el mejor honor para un español. «Por cierto podemos tener —dice— que no nació Venezuela en 1810 (y donde Uslar Pietri escribe Venezuela nosotros escribiríamos el nombre de cualquiera de las naciones de habla española o portuguesa). El país que con tan resuelto gesto se encara a la gran hora de la Independencia venía de muy atrás. Venía, por descontado, de un siglo XVIII muy rico en experiencia humana.» Uslar Pietri enumera los elementos principales que constituyen, a su juicio, esta experiencia, y añade estas frases significativas: «La historia colonial debe ser entendida por nosotros como la de la formación de la nacionalidad venezolana. En esos tres siglos, duros, magros y estrechos, se hizo Venezuela.» Y más adelante: «No sólo la lengua, sino una gran parte de las emociones y nociones de nuestra alma colectiva son herencia de la Edad Media castellana.»

El académico venezolano estampa en su discurso unas apreciaciones que hasta ahora no habíamos visto escritas ni en América ni en España. Dice, por ejemplo, que la derrota de Villalar, a pesar de que no combatiera allí ningún venezolano, tuvo más influencia en el destino de Venezuela que muchos combates de la Independencia. Y que la Bula «Universalis Ecclesiae», que estatuía el Patronato Real en las Indias, ha tenido más representación en la vida pública venezolana que muchas instituciones «adoptadas por nuestros congresos». «El advenimiento del despotismo ilustrado borbónico al trono de España tuvo más consecuencias para nuestro destino que muchas de las revueltas armadas en las que nuestros manuales de historia se detienen.»

La conclusión a que llega Uslar Pietri tras estas afirmaciones es a todas luces revolucionaria, aunque para algunos españoles haya sido ya objeto de meditación y materia de discurso y estudio. «Venimos —dice— por la Edad Media castellana de la Romania, y de una antigüedad mediterránea, latina, griega, hebrea y mesopotámica.» Resulta difícil, al llegar a este punto, extractar el luminoso y bellísimo pensamiento de Uslar Pietri, que recaba como antecesores del venezolano y del hispanoamericano de hoy nada menos que a entidades como el pensamiento

griego, el derecho romano, la casa y la creencia que vienen de Abraham. «Proyectada así y tejida en los milenios, podemos contemplar nuestra historia como una rica y venerable herencia moral y material que, salida de los sumerios y de los hebreos, pasa por los pueblos más creadores del Mediterráneo y termina por caracterizarse en la empresa de Indias de la Castilla del Renacimiento.»

Naturalmente, el ilustre escritor venezolano estudia luego el otro ingrediente fundamental de la nacionalidad americana, es decir, el autóctono. Pero este estudio no tiene ya novedad para nosotros, puesto que se ha hecho con frecuencia y en ocasiones de modo desmesurado. Por otra parte, los españoles hemos sido siempre los primeros en reconocer y exaltar los valores del mestizaje hispanoamericano. Lo singular de este discurso, y sobre lo que queríamos llamar la atención del lector, es este hermoso y fecundo enraizamiento con la historia que Uslar Pietri subraya y razona: «Si carecemos de una visión del pasado —dice— suficiente para mirar nuestro ser nacional en toda su compleja extensión y hechura, carecemos de historia en los dos sentidos: de historia como explicación del pasado y de historia como empresa de creación del futuro en el presente.»

Una actitud de integración

Desde hace mucho tiempo la Unesco tiene en su programa la necesidad de la revisión de los libros de texto en general, y especialmente los de historia. Nada hace tanto daño como los juicios históricos parciales. La Oficina de Educación Iberoamericana viene realizando también una tarea en este sentido, y en su servicio informativo *Plana* del 15 de abril de 1956 pudimos leer un extracto del informe de la Comisión mixta de profesores franceses e italianos sobre la forma en que deberían quedar redactados los manuales de historia de ambos países para explicar de modo más objetivo y con mayor tacto los hechos históricos. Más de 30 Comisiones internacionales bilaterales se han reunido para proceder al expurgo de los manuales de historia, siguiendo la proposición del eminente académico español don Julio Casares, y que sirvió de base a las primeras actuaciones en este sentido de la Sociedad de Naciones. Los congresos hispanoamericanos de historia y de Institutos de Cultura Hispánica han propugnado también esta misma necesidad.

Pero, con todo, lo impresionante del discurso de Uslar Pietri, que en sus aspectos esenciales hemos querido ofrecerles, está, a nuestro modo de ver, en que no se trata de expurgar nada, ni de limar asperezas en beneficio de la amistad o de la concordia. El profesor Uslar Pietri llega más lejos y más profundamente al tratar el tema de la historia de Iberoamérica. Su actitud es más revolucionaria y más creadora, porque

es una actitud de integración que viene a demostrar dos cosas fundamentales: que hispanoamericanos y españoles tenemos una historia común y que Castilla y España han sido el elemento de enlace de América con las culturas más antiguas y más importantes de la Humanidad. Hemos de agradecer de todo corazón al profesor Arturo Uslar Pietri esta aportación sugestiva y singular a un aspecto vital de la fraternidad hispánica y de la Comunidad Iberoamericana de Naciones, a una historia que, en frase del ilustre académico y escritor venezolano, «nos resulta la más completa empresa de rescate de la personalidad nacional». MANUEL CALVO HERNANDO.

ROMANO GUARDINI: *El Poder*. Ediciones Troquel. Buenos Aires, 1959.

No se trata del poder estatal ni se trata de un tema político en sentido estricto. Este libro trata del hombre, de una de sus facultades: el hombre «puede» hacer muchas cosas. Una de las manifestaciones de su «poder» que lo vuelve «problemático» y «peligroso» es, por ejemplo, la técnica: en ella, el hombre alcanza el climax del poder; pero, en ella, puede también suceder que lo que es una simpre facultad del hombre, se le independice y adquiera los caracteres de un monstruo. El subtítulo de la obra —mal traducido, quizá—dice así: «Ensayo sobre el reinado del hombre.» Más bien debería escribirse: «Ensayo sobre el poderío del hombre.»

Si miramos hacia atrás y nos preguntamos si existe «algo» que «no pueda» hacer el hombre, podríamos respondernos que lo puede todo: ha conocido la materia, ha dominado la naturaleza, ha llegado incluso a dominar y a oprimir a sus semejantes.

¿Pero será el hombre capaz de dominar su propio poder? He aquí el problema.

Las circunstancias históricas y culturales son tales que el problema es casi insoluble. Romano Guardini esboza, al final de la obra, el tipo de hombre que sería capaz de abordar y superar la crisis. Ese tipo de hombres es el que esboza asimismo en *El ocaso de la Edad Moderna*.

La época, a cuyo comienzo estamos asistiendo, tiene que cumplir esta tarea: «ordenar el poder de modo tal que al hombre le sea posible usarlo y, al mismo tiempo, subsistir en tanto que hombre». A nuestra edad no le interesa tanto el acrecentamiento del poder —que es efectivo y deseable—, sino, más bien y sobre todo, el que se lo pueda dominar.

Guardini estudia el Poder desde una perspectiva natural y luego desde la Revelación. Más adelante, tras haber descrito la nueva edad

y el nuevo hombre, examina las posibilidades de hacer algo positivo respecto al problema tratado.

¿Se puede hablar de «poder», refiriéndonos a la naturaleza? Para las mentes primitivas, sí. Según expresan sus mitos, la naturaleza está habitada por «numens» y «potencias»; pero sabemos, hoy, que no existe en la naturaleza una nota esencial del poder: la «iniciativa».

Tampoco la idea o la norma poseen poder, propiamente hablando: no obran por sí mismas; necesitan ponerse al servicio del hombre.

Para que exista el poder en el sentido propio del término, se requieren: una «energía» capaz de modificar la realidad y una «voluntad consciente» que sea capaz de proponer fines y conducir a ellos las fuerzas. Sólo el «espíritu» es capaz de poder.

El poder no está vinculado a un aspecto determinado del hombre: puede estar presente en todos sus quehaceres, acciones y sentimientos. En cualquier situación —conocimiento, posesión de la verdad, sufrimiento, privación, etc.— puede el hombre sentirse poderoso. El poder posee «carácter ontológico»: acompaña al hombre en cuanto hombre.

Esto nos conduce al plano metafísico y religioso: Dios creó al hombre dotado de poder. «Y, por fin, dijo (Dios): hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra: y domine a los peces del mar, y a las aves del cielo...» En el mismo libro se dice luego que se le infundió el «espíritu» y quedó formado como viviente, con alma «racional».

Según la Revelación, el hombre forma parte de la naturaleza, pero puede también situarse frente a ella: esto es así, por estar creado a imagen y semejanza de Dios. El poder es un «don» de Dios.

El hombre fué creado con poder: éste pertenece, esencialmente, a la existencia humana, posee carácter ontológico. Pero el hombre es soberano y poderoso «por gracia, en feudo y en sentido vicario». Sólo puede ejercer el poder con una responsabilidad hacia el que es poderoso de verdad y sin préstamo. «En virtud de esto, la soberanía se torna obediencia, servicio.»

Es también servicio por otra razón: actúa a través de la historia y de la cultura, sobre un dato previo: la naturaleza, que trae su origen directo de Dios.

El pecado original perturba este orden de cosas cuando Adán y Eva comen del «árbol del bien y del mal». Hay dos interpretaciones sobre este pasaje bíblico que vienen siendo aceptadas por una gran mayoría: el «comer» de aquel árbol significa que el hombre ha adquirido el conocimiento, la capacidad de discernir el bien del mal; esto, según unos. Para otros, significa la madurez sexual. Pero estas interpretaciones son apriorísticas: suponen que el hombre ha de hacerse

culpable para «poder» conocer, ser mayor de edad y de sexo, dueño de sí mismo y de las cosas.

Pero el sentido bíblico, expuesto en páginas anteriores a la de la caída, es que el hombre, por naturaleza y por don de Dios, domina —por tanto, conoce— a los animales y a la naturaleza en general y es capaz de desarrollar su vida, de crecer y multiplicarse.

El orden vuelve a restablecerse con la encarnación del Logos. Cristo realiza, él mismo, una soberanía que restablece la pérdida. «Es la *kyriotes* un señorío que se presenta bajo la forma del esclavo, un poder que se domina tan perfectamente, que es capaz de renunciar a sí mismo en una soledad tan grande como su soberanía.»

¿Podría hacerse una descripción de las formas en que se despliega el poder? Veamos las más importantes.

En primer lugar, el hombre muestra su poder al fabricar los objetos (etapa primitiva). Se eleva así por encima de las condiciones naturales. Luego, es capaz de actividades culturales. Pero, en la historia, hay un hecho decisivo para el poder del hombre: el conocimiento de las leyes de la naturaleza y de las condiciones en que se desarrolla: creando esas condiciones, podrá crear los efectos deseados. Consecuencia de ese hecho será la técnica.

Con esto, el poder del hombre se ha acrecentado. Pero esas estructuras nuevas de relación con la naturaleza «se alejan cada vez más de la organización humana directa. Obedecen a la voluntd del hombre y alcanzan los fines que éste se ha propuesto, pero adquieren, al mismo tiempo, una autonomía particular en su función y en su desenvolvimiento». El hombre se empobrece, en cierto sentido.

Pero, aparte de todo esto, el hombre «puede» dominar y oprimir a los demás.

Esta situación —que es la actual, la nuestra— se agrava con la ausencia de las normas éticas y de la responsabilidad que no ejercen su influencia moderadora sobre el poder. Tal fenómeno contribuye a que los mismos hombres se «entreguen» a ser víctimas del poder. La decadencia de lo religioso ejerce el mismo influjo.

Guardini atribuye al poder cuatro peligros: en primer lugar, el peligro de la «guerra»; otro, menos perceptible, consiste en que la «mentira» se vuelve natural; también lo es la «violencia»; el cuarto peligro revierte sobre los propios que lo utilizan, «destruyendo sus cualidades humanas». En nuestros días —en la época que sigue a la Moderna— se perfilan unos sentimientos con los cuales se puede poner remedio a esos peligros. Si para la Edad Moderna el mundo era infinito, para nosotros posee estructura, es limitado. «Ya no expresa simplemente la grandeza del ser que reclama la veneración, ni el infinito que pide

el don dionisíaco, sino que es la suma de lo dado, frente a lo cual resultan posibles, más aún, se los exige, una toma de posición, un juicio y un planeamiento.»

El concepto de relatividad supone que la existencia se compone de estructuras y de conjuntos en los cuales «los diferentes elementos son dados el uno con el otro, el uno por el otro, el uno en relación a otro».

Antes, el mundo era una especie de majestad sagrada. Hoy, es energía a disposición del hombre y «posee un carácter de movilidad, de plasticidad, de potencialidad, mucho mayores de los que traducía la imagen del mundo precedente».

La época que se está formando se caracteriza por la responsabilidad: se poseen medios de liberación, pero el peligro existe. Es cuestión de responsabilidad. La imagen de nuestra época «muestra un mundo que no prosigue un curso por sí mismo, sino que debe ser dirigido... Así, este mundo exige como corolario vivo al hombre capaz de *gobernar*».

Saber gobernar es saber ver los caminos de la realidad, la interdependencia de los hechos, dominar su curso, para asegurar, no ya el bienestar, sino la existencia misma de todos.

Las posibilidades de acción para el futuro se pueden reducir a dos, aunque Guardini sugiere muchas: la ascesis y la relación con Dios. La ascesis significa que el hombre se ocupa de sí mismo, se toma en sus manos: pero se toma en sus manos para no capitular nunca en los momentos decisivos, consigo mismo, para dominarse a sí mismo. Por otra parte, el hombre no es algo acabado, sino que existe en relación a Dios. Esta relación no hay quien la mueva —viene a decir Guardini—. Luego añade: «No es conveniente actuar, con respecto a las realidades, como si no existiera (Dios), porque, en ese caso, se toman su venganza... Dios es la realidad que funda todas las demás, comprendida la realidad humana. Si no se le rinde lo que por derecho le es debido, la existencia sufre.»—ROMANO GARCÍA.

HISTORIA DEL VERDADERO JAZZ (1)

Panassié —nacido en París, 1912— es reconocido como uno de los mejores teorizadores del jazz, al que ha dedicado numerosas obras. En 1932 fundó el *Hot-Club de France* para defender y propagar la verdadera música de jazz.

(1) HUGUES PANASSIÉ: *Historia del verdadero jazz.* Seix y Barral. Barcelona, 1961.

En la introducción al libro que comentamos explica el porqué del adjetivo «verdadero» al título de su historia. Trata de diferenciar el auténtico jazz —la música de los negros de los Estados Unidos de América, quienes fueron los que la estructuraron y dieron leyes propias— de otras especies músicas que los críticos mal informados suelen confundir con el rico venero originado por el particular sentido rítmico de los negros desarraigados, a los que tampoco debe confundirse con el negro antillano. La famosa cantante negra Marian Anderson no es, por ejemplo, una representante pura del canto religioso de los negros norteamericanos, por no estar acogida a la técnica vocal de tradición negra. Las auténticas cantantes de *spirituals* son Mahalia Jackson o Sister Rosetta Tharpe.

Un pueblo privado de libertad, en país extraño y con un elevado sentido del ritmo, canta como recurso moral. Los esclavos negros cantaban en el campo o en la orilla de un río al concluir la jornada de trabajo. Los misioneros enseñaron a los negros cantos de origen europeo, pero éstos los interpretaban de manera tan distinta que acabaron por crear tonadas originales, los llamados *negro spirituals*. No obstante la abolición de la esclavitud en 1865, los negros continuaron sufriendo la discriminación racial y un trato injusto. Así nació el *blue,* canto popular, especie de lamento o grito de rebelión, que, sin embargo, no es demasiado lastimero, pues los negros constituyen una raza rebosante de vitalidad y cantan el *blue* más para librarse de sus penas que para ahondar en ellas. Panassié estudia el movimiento, cita estrofas y datos técnicos, así como documentadas referencias discográficas. El jazz nació, en traslación orquestal, de los *blues* y de los *spirituals*.

Hacia fines del siglo XIX también los negros disponían de orquestas para anunciar por las calles los frecuentes desfiles, fiestas y clubs de la bulliciosa Nueva Orleáns. Cuenta Louis Armstrong la extraordinaria diversión que representaba para los habitantes de Nueva Orleáns el encuentro en plena calle de dos de estas orquestas rivales. Competían de manera excitante y deliciosa, y el público señalaba con sus aplausos al vencedor. La mayoría eran *amateurs*. Armstrong fué vendedor de periódicos, lechero, carbonero y otras cosas. Así nació el jazz, un ritmo que, en puridad, es siempre diferente al que puedan producir los blancos no hondamente vinculados a las tradiciones negras. Panassié se extiende sobre la instrumentación y determina la importancia capital de la batería en las orquestas y las improvisaciones sobre el tema. Se entiende por un buen *swing* la pulsación de la batería rítmica, suelta y vital. Otra característica importante del jazz consiste en que los instrumentos tratan de expresar igual tono y emoción que la de los cantantes de *spirituals* y *blues*. Concluye el capítulo citando nombres de

antiguos y famosos *jazzmen,* pertenecientes a la primera generación del jazz y llegados hasta nosotros por tradición oral.

Durante la primera guerra mundial el jazz, remontando el Mississippi, empezó a difundirse (los negros tocaban en aquellos célebres vapores de ruedas que hacían cruceros de placer entre Nueva Orleáns y San Luis. Ante el éxito, los músicos blancos se pusieron a practicar el jazz, adaptándolo a los oídos de *su* público y comercializando el producto, convirtiéndolo en algo dulzón e insípido. Para el público de los *dancings* sólo se trató de una nueva música de baile, y el vals y la polka fueron sustituídos por *fox trots, shimmies,* etc. Panassié, insistiendo sobre las casi inéditas virtudes del jazz, llega a la conclusión de que, con respecto al blanco, puede «considerarse como una lengua musical extranjera». Quien conoce sus secretos comprende que el jazz es una de las músicas más nuevas e importantes de nuestra época. Varios de estos secretos se refieren, por ejemplo, a la perfecta simbiosis que se verifica entre música y danza: el gran batería Sidney Catlett, interrumpiendo de pronto un solo, esbozaba una pequeña danza en torno a su batería, consiguiendo, por vía plástica y visual, completar una frase musical. El auditorio blanco, cuando el ritmo de *swing* va a alcanzar su momento cumbre, suele palmear, y esto es un error, ya que los negros sólo subrayan con palmas los tiempos débiles.

El mejor medio para introducirse en los secretos del jazz es la audición de buenos discos; jamás se ha podido estudiar o analizar el jazz sobre partituras. Durante mucho tiempo estas orquestas tocaron sin partituras y bastantes de sus componentes no sabían ni solfeo. La invención del disco tuvo gran importancia para el jazz. En las partituras sólo aparece el texto musical, mientras el disco contiene, además, las improvisaciones sobre el tema.

Fué Chicago, por su capacidad industrial y sus contratos remuneradores, la capital del jazz desde 1918 a 1928. Las orquestas se instalaron en las famosas *boites de nuit,* donde bebíase alcohol a pesar de la Ley Seca. Barrio negro, cabarets de South Side. La orquesta más famosa era la King Oliver's Creole, con los trompetas Joe «King» Oliver y Louis Armstrong. La influencia del primero fué decisiva, no sólo en la creación del estilo Nueva Orleáns, sino en la historia del jazz, ya que en él se inspiró el mejor de todos estos músicos: Armstrong. Los virtuosos de la época fueron Ladnier, Noone, Jelly Roll Morton, etc. En Chicago se difundió asimismo la costumbre de las *jam sessions,* algo parecido a lo que les ocurre a nuestros *cantaores,* cuya mayor emoción y capacidad expresiva suele manifestarse en un clima de ambientación y espontaneidad (vino, fiesta y alta madrugada). Una *jam sessions* organizada y con «taquilla» equivale a la adulteración del término.

Armstrong nació en Nueva Orleáns —1900— y aprendió a tocar la trompeta en un correccional. Luego se ganó la vida en oficios diversos y modestos, y por las noches acudía a los cabarets. Pronto destacan sus facultades, su poder de creación, virtuosismo y potente vitalidad. El célebre batería blanco Gene Krupa ha dicho: «No existe un solo músico de jazz, sea cual sea su estilo, que pueda tocar su instrumento durante treinta y dos compases sin pagar tributo musical a Louis Armstrong. Louis es quien lo ha hecho todo, y siempre el primero.» En efecto, «Satchmo» (apodo derivado de la precisión y poder de sus labios) une a su genio creador el dominio absoluto del instrumento y sus dotes de cantante excepcional, cuya voz velada y ronca, profunda, alcanza un dramatismo o una alegría socarrona de difícil emulación. La aureola de gloria que le procuró su gira por Europa en 1932 despertó el interés de los estadounidenses blancos, pues anteriormente Armstrong casi sólo había tocado para auditorios negros. También lo contrataron grandes firmas cinematográficas y, si bien nunca le concedieron, por ser de color, papeles de protagonista, habría sido —en la opinión de Panassié— actor tan sensacional como músico o cantante.
Duke Ellington también merece los honores de capítulo aparte. Director, compositor, arreglador, ha sido durante un cuarto de siglo la mayor personalidad en el campo de las grandes orquestas de jazz. Panassié cita a todos los músicos que componían las agrupaciones dirigidas por Ellington, con sus características, tales como las de Bubber Miley, que tuvo la idea de introducir en el pabellón de su trompeta una ventosa de las usadas por los fontaneros, produciendo así el ya popular sonido «u-aa-u-aa» y modificando la altura de la nota. Con esta sordina el instrumento de Miley «hablaba».

Durante la crisis financiera de 1929, muchos músicos negros, víctimas del paro, se dedicaron a otras profesiones. Ello, junto al comercialismo del género y a ciertos prejuicios inconsistentes, determinaron la desaparición del estilo Nueva Orleáns. El último conjunto de entonces fué el dirigido por el trompeta Tommy Ladnier y el célebre saxo-soprano-clarinete Sidney Bechet.

A partir de 1945 es cuando sufre el jazz la mayor adulteración. Algunos músicos negros, que hasta entonces habían tocado buen jazz, introdujeron en sus interpretaciones efectos propios de la música clásica y moderna europeas (Guillaspie y Parker), alejándose de las esencias populares. En el buen jazz, la batería es el corazón de la orquesta; distribuye su pulsación rítmica a todo el conjunto y facilita al solista la urdimbre sonora desde la cual improvisar sus *chorus*. Por el contrario, la sección rítmica *be-pop* toca caótica y atropelladamente, con la batería siempre en solista y entregándose a los mayores excesos. Otra

mala consecuencia del *be-pop* es que, además de no permitir al solista improvisar, impide que la gente baile sin preocupaciones. Panassié razona este mal gusto. Se trata de la virulencia que los prejuicios raciales tienen en Estados Unidos. La mayor parte de los blancos americanos estaban disgustados con el hecho de que las orquestas triunfantes (Armstrong, Ellington, Basie, Hampton) fuesen de color. Panassié, prosiguiendo su documentada y objetiva relación de estilos, rebrotes y vejaciones inferidas al jazz, nos aclara que el término *rock and roll* es, en realidad, «una evocadora expresión ideada por los músicos negros, que describe muy bien cierta clase de *swing*». Significa, en resumen, avanzar rodando o arrollando. El *rock* ha convertido en figuras estelares «terribles fantoches como Elvis Presley y Bill Haley, pálidos imitadores de muy notables artistas negros». En estas condiciones se producen toda clase de equívocos. «Pero ¿a usted le gusta el *rock and roll?,* pregunta uno pensando en los gritos con que se tortura al público bajo este nombre. «Naturalmente, ¡es magnífico!», responde el otro, refiriéndose al verdadero *rock.*

Muy a menudo la gente se pregunta hacia dónde va el jazz. Por ahora no va a ninguna parte, está bien donde está. La música de inspiración colectiva es eterna y muestra cambios a muy largo plazo. Panassié concluye su estudio confiando en que por fin el gran público empiece a comprender la esencia real y profunda del jazz. Estamos seguros de que su libro —que en nuestra edición viene aumentada con una magnífica discografía española —contribuirá a ello en gran medida. EDUARDO TIJERAS.

REGOYOS, PINTOR BAROJIANO ANTE TODO

El profesor Rof Carballo acaba de presentarnos, de manera emotiva y noticiada, la exposición de Regoyos.

Me extraña considerablemente que al profesor Rof Carballo se le haya olvidado una cita, precisamente la del hombre que presenta, tanto en lo humano como en lo literario y en lo artístico, una mayor afinidad con Regoyos. Dice Rof Carballo que el librito de Regoyos influyó «más de lo que se cree» en los escritores del 98, y añade que también en Zuloaga y en Solana. ¿Y nada más? ¿No hay ningún autor concreto del 98 con el que Regoyos pueda emparentarse con preferencia sobre los demás? No se comprende cómo el profesor Rof Carballo, que mete en el ajo de su semblanza muchas citas —España negra, más caminatas sombrías y medio pintorescas de mano de un holandés, dan por conclusión un Quevedo preliminar y un Cela actualísimo—, no nombra para

nada a don Pío Baroja, el único que tuvo de verdad con Regoyos una perfecta consonancia y casi diría que identificación.

Confieso que acudí a la exposición de Regoyos simplemente como barojiano. Del mismo modo que acudieron todos los barojianos de Madrid. La razón es sencilla. Pero el profesor Rof Carballo no parece entenderlo así, y a pesar del cúmulo de citas no se ha dignado mencionar a don Pío. ¿Por qué, digo yo, este olvido? ¿Es que no ha presentido Rof Carballo que el temperamento y la visión estética más próximos a Regoyos, entre tantos gallegos citados —Rof Carballo lo es—, son los de don Pío, el don Pío con fama de ogro y corazón de hermano portero de convento franciscano?

Quienes hemos conocido de cerca a don Pío y le hemos oído hablar interminablemente de esto y de lo otro, sabemos hasta qué punto corría por sus venas un vértigo de simpatía y de compenetración con Regoyos. Hasta tal punto que se nos ha quedado bien grabado que entre los dos existió, en lo artístico, verdadero paralelismo. Los dos son iguales y armónicos en negruras, grisuras y hasta rosuras. En la obra de ambos, en lutos y en azules, en horripilancias y en blanduras, se da una perfecta y total concomitancia. Como que esta comprensión mutua les llevó a tratarse no sólo con gran simpatía y verdadera amistad, sino como seres concordes en muchas cosas, principalmente en ideas estéticas. Creo que es Regoyos de las pocas personas de quienes Baroja ha hablado con amable simpatía, y acaso porque había comprobado más de una vez la sincera admiración que Regoyos sentía por él, como persona y como novelista. Regoyos un día lo lleva a Ategorrieta a que don Pío vea sus cuadros, y don Pío escribe: «Había algunos cuadros impresionistas muy bonitos.» Regoyos, por su parte, escribía a Baroja: «A la librería de aquí suelen mandar dos ejemplares de sus libros; el uno lo compro yo, y el otro se queda en la librería para siempre.» Dice Baroja que Regoyos escribía muy bien, y en el desastre de su casa perdió cartas de Regoyos «llenas —según el propio don Pío— de observaciones cómicas y pintorescas sobre la pintura». Viajaron juntos más de una vez y se rieron juntos. A Baroja le hacía gracia la risa de loco de Regoyos, risa que desconcertaba, porque era mucho más explosiva cuanto más tétrico o sombrío era el cuadro o el tema que la motivaba. Y Baroja ha dicho: «Yo hubiera podido tener cuadros de Regoyos, pues me quiso regalar varios; pero nunca me pareció bien explotar a los amigos.» El, sin embargo, dedicó muchas páginas a hablar de Regoyos y de su pintura.

Todo esto pudiera parecer pura cortesía y hasta quedar en el terreno humano de la amistad. Pero no es eso sólo. El maestro Azorín, que tenemos que considerar como el albacea del 98, ha escrito: «De Regoyos a Baroja, de uno a otro paisaje, del pictórico al literario, no hay más

que un paso.» Como que había una adecuación entre los dos creadores que tenía por fuerza que alcanzar a sus criaturas. Baroja solía decir que Regoyos era un «anarquista de la pintura». Brava afirmación, pero esta misma definición vale para Baroja, «anarquista de la literatura». ¿Puede darse mayor concordancia y semejanza? La misma aparente dureza, la misma profundidad disimulada, la misma ternura sobre los temas más descarnados, el mismo ánimo justiciero y escéptico, la misma asombrosa ingenuidad. Es tal la vinculación que puede hallarse entre los dos que creemos que si Baroja fuera pintor pintaría como Regoyos, y si Regoyos fuera escritor escribiría como Baroja. Ambos estuvieron de acuerdo en muchas cosas, diríamos que en las fundamentales. Y así leemos en Baroja: «Regoyos pensaba que el sol fuerte de las doce del día en un país meridional no se podía pintar; yo pensaba lo mismo que él.» Tampoco el mar le gustaba a Regoyos como tema, y Baroja escribe: «Supongo que el mar y el sol son más importantes para los niños raquíticos que para la pintura.» Incluso para analizar la obra de Regoyos pienso que no le hubiera sido del todo inútil alguna cita de Baroja al profesor Rof Caballo; por ejemplo, cuando dice: «Daba a su obra una impresión de realidad y de gracia infantil que no le ha dado nadie.»

En cuanto al epígrafe de «España negra», estamos muy de acuerdo con Rof Carballo en que hay que manejarlo «con la precaución más esmerada». Y de la España negra de Regoyos se podrían escribir muchas cosas sin acudir para nada a las crónicas judiciales inglesas, que son otra cosa. Por transparencia intencional, a veces, la «España negra» es la España amoratada, que pudo ser rosa y que se hizo cárdena, que iba camino del azul y se quedó en verde sombrío. También relacionar la España negra con el linchamiento de negros me parece fácil consecuencia de filósofo especulativo que maneja conceptos un tanto alejados de la realidad.

No nos dejemos arrebatar por el epígrafe, ni tampoco por el derrotero que siguen las citas del profesor Rof Carballo. Alguien, sin ver la exposición, podría creer que Regoyos tiene mucho que ver con el tremendismo o con el siniestrismo, como muy bien definió Marañón este derrotero que ha preferido tomar el presentador, alejándose, no sé si intencionadamente o no, del verdadero carácter de la pintura de Regoyos, de quien ha dicho Ortega que era «el Fra Angélico de las glebas y los sotos, que parecía ponerse de rodillas para pintar una col».

Lo siniestro, lo tremendista, en Regoyos es otro cantar. No saquemos a colación la palabra «desesperado», que tampoco sirve. No, Regoyos no puso bombas; no hay más que ver su exposición. Como tampoco las puso Baroja, siendo anarquista de mente y de corazón. No pusieron bombas de las que estallan, sino unas bombas más cordiales y piadosas

de lo que la gente cree. Todo en Regoyos, tras el paño oscuro y el luto sentenciado, era luminosa inocencia angelical, escondida hasta detrás de las calaveras.

A mí, personalmente, me sirve muy bien como introducción a esta exposición aquella semblanza que de Regoyos hizo don Pío: «Regoyos era hombre que, viviendo y trabajando de una manera juiciosa y sensata, parecía casi siempre disparatado y absurdo. Tenía una mezcla de ingenuidad y de alegría, una cara jovial y sonriente, con un ojo más alto que otro. A pesar de la imperfección frecuente de su dibujo, puede ser que Regoyos quede con el tiempo como el más original paisajista español de su tiempo.»

Y el tiempo les dió la razón. A uno y a otro.—José Luis Castillo Puche.

INDICE

Portada y dibujos del dibujante español Ferreira de la Torre.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

Desde 1948 esta Revista viene integrando el mundo hispánico en la cultura de nuestro tiempo • Por su atención a las manifestaciones profundas del sentir, del pensar y del crear hispanoamericano, y por su reflejo claro y español del latido espiritual de Europa, CUADERNOS es y seguirá siendo:

LA REVISTA DE AMERICA PARA EUROPA
LA REVISTA DE EUROPA PARA AMERICA

DIRECCION, SECRETARIA LITERARIA Y ADMINISTRACION

Avenida de los Reyes Católicos
Instituto de Cultura Hispánica

Teléfono 2440600

Dirección...	Extensión 250
Secretaría...	— 249
Administración...	— 221

M A D R I D

PRECIOS DE SUSCRIPCION

	Pesetas
Seis meses...	100
Un año...	190
Dos años...	350
Cinco años...	800
Ejemplar suelto...	20

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D. ....

con residencia en ....

calle de ...., núm. ....

se suscribe a la Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de .... a partir del número ...., cuyo importe de .... pesetas se compromete a pagar contra reembolso / a la presentación de recibo (1).

Madrid, ... de .... de 196........

El suscriptor,

La Revista tendrá que remitirse a las siguientes señas: ....

....

(1) Táchese lo que no convenga.

....

TITULOS APARECIDOS

La Independencia Hispanoamericana, por JAIME DELGADO.
Noticia sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca (hazañas americanas de un caballero andaluz), por CARLOS LACALLE.
Escritores hispanoamericanos de hoy, por GASTÓN BAQUERO.
Bosquejos de Geografía americana (dos tomos), por FELIPE GONZÁLEZ RUIZ.

TITULOS DE INMEDIATA APARICION

Bolívar, por JUAN ANTONIO CABEZAS.
Drama y aventura de los españoles en Florida, por DARÍO FERNÁNDEZ-FLÓREZ.
San Martín, por JOSÉ MONTERO ALONSO.
La música y los músicos españoles del siglo XX, por ANTONIO FERNÁNDEZ CID.
Cincuenta poemas hispanoamericanos (hasta Rubén Darío). Selección y prólogo de JOSÉ GARCÍA NIETO y FRANCISCO TOMÁS COMES.
Pedro de Valdivia, el capitán conquistado, por SANTIAGO DEL CAMPO.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR:

España: 15 pesetas - Resto del mundo: 0,50 dólares

Colección Nuevo Mundo

Boletín de suscripción

Don ....

con residencia en ...., calle de

...., núm. ...., desea recibir

............ejemplares de los títulos siguientes (1):

La Independencia Hispanoamericana.
Bolívar.
Noticia sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca.
Drama y aventura de los españoles en Florida.
San Martín.
Escritores hispanoamericanos de hoy.
Bosquejos de Geografía americana.
Cincuenta poemas hispanoamericanos.
La música y los músicos españoles del siglo XX.
Pedro de Valdivia, el capitán conquistado.

cuyo importe abonará ....
Indicar la forma de pago

.... de .... de 196.........
FIRMA

(1) Táchese lo que no interese.

REMITE

....
....
....

Rellene el presente Boletín y remítalo a: Distribución de Ediciones INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA. Avenida de los Reyes Católicos (Ciudad Universitaria). MADRID-3

REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS

(BIMESTRAL)

SUMARIO DEL NUMERO 119
(Septiembre-octubre 1961)

EDICIONES
MUNDO
HISPANICO